"LA CULTURA ARGENTINA"

JUAN B. AMBROSETTI

Supersticiones y Leyendas

Región Misionera - Valles Calchaquíes
Las Pampas

Con una introducción de
SALVADOR DEBENEDETTI

BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646
1917

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/supersticionesyl00ambr_0

Nelson J. Argüello
Junior

SUPERSTICIONES Y LEYENDAS

JUAN B. AMBROSETTI

Nació en Gualeguay (Entre Ríos) el 22 de agosto de 1865, dedicándose desde su juventud a los estudios etnográficos en que alcanzó merecido renombre. En Paraná, con el profesor Pedro Scalabrini, contribuyó a la formación de un museo de ciencias naturales, realizando más tarde numerosos viajes al Chaco, Misiones, Pampa Central, Valles Calchaquíes, Puna de Atacama, región Magallánica, etc. En todas partes recogió cuantiosos materiales de estudio.

En 1906 fué nombrado Director del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires), dando extraordinario impulso a su organización y al enriquecimiento de sus colecciones. La Facultad le nombró doctor "honoris causa", profesor y académico, a cuyos títulos reunió los de miembro efectivo u honorario de numerosas instituciones científicas nacionales y extranjeras.

Representó al gobierno argentino en los congresos científicos de Nueva York (1902), Viena (1908), Buenos Aires (1910), Londres (1912), Ginebra (1912), Roma (1912), Wáshington (1915), etc.

Durante treinta años escribió numerosas monografías etnográficas y arqueológicas, consignando el fruto de sus investigaciones en las diversas zonas que recorrió. Describió materiales de gran valor para la prehistoria americana y para el conocimiento de las razas indígenas que ocuparon diversas partes del territorio en que se ha formado la nacionalidad argentina. El índice bibliográfico de sus publicaciones ha sido compilado por el Dr. Salvador Debenedetti, para la edición del volumen "Leyendas y Supersticiones", editado en 1917 por "La Cultura Argentina".

Falleció en Buenos Aires el 28 de mayo de 1917, a los cincuenta y dos años de edad.

"LA CULTURA ARGENTINA"

JUAN B. AMBROSETTI

Supersticiones y Leyendas

Región Misionera - Valles Calchaquíes
Las Pampas

Con una introducción de
SALVADOR DEBENEDETTI

BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646
1917

Ambrosetti y su obra científica

En la ciudad entrerriana de Gualeguay, nació Ambrosetti el 22 de Agosto de 1865. Cursó sus estudios en Buenos Aires y a los veinte años de edad aquel modesto joven, sin más bagaje "que su cerebro lleno de ilusiones" y la seriedad de todo buen explorador, partió rumbo al Chaco, formando en la comitiva de naturalistas que se disponían a recorrer aquella región. Las alegres incidencias de este viaje, la nerviosa expectativa del que por primera vez se lanza a una aventura por tierras que deslumbran por sus tradiciones, sus fábulas y sus misterios, han sido escritas por Ambrosetti en un pequeño libro, lleno de gracia y de curiosas observaciones. El autor de esta obra se ocultó bajo el pseudónimo de Tomás Bathata.

Fué al regreso de este viaje que el joven explorador se detuvo en la ciudad del Paraná, donde se desarrollaba precariamente el Museo Provincial, fundado en 1884 por el gobernador Racedo y dirigido por el Profesor Scalabrini. "Contagiado, dice Ambrosetti en una de sus monografías, por los mismos sentimientos de desprendimiento del profesor Scalabrini y queriendo contribuir con mi grano de

arena al progreso de mi tierra, no vacilé, y al ser incorporado al Museo doné todas mis colecciones, en su mayor parte de zoología y etnografía, completando por derecho así su base''. ¡Curiosa coincidencia! Ambrosetti inició su carrera científica donando a un Museo su naciente colección y cerró el ciclo de su vida donando también, pocos días antes de su muerte, su valiosa colección etnográfica y arqueológica al Museo de la Facultad de Filosofía y Letras. Así la vida de este hombre comienza y termina con actos de ejemplar desprendimiento.

El 28 de Abril de 1886 el gobernador Racedo nombraba al ''joven naturalista entrerriano, don Juan B. Ambrosetti, director de la sección zoológica del Museo con la dotación mensual de 60 pesos moneda nacional''. No podía haber temor alguno de que los fondos del erario provincial peligrasen en beneficio de la ciencia, pues, por el mismo decreto, se destinaban ''25 pesos mensuales para excursiones científicas''.

A pesar de aquella mísera limosna oficial el museo provincial de Paraná se desarrolló de tal manera y tan desproporcionalmente con el subsidio que, en 1887, contaba con 14.577 objetos, de los cuales 490 constituían la serie arqueológica y etnográfica reunida por Ambrosetti. La importancia de este museo quedó evidenciada cuando hombres de ciencia de la talla de Ameghino y Holmberg uti-

lizaron parte de su material en sus publicaciones de naturalistas.

A partir de su primer viaje a Misiones, realizado en 1890, las exploraciones científicas de nuestro territorio, en las que Ambrosetti coopera como arqueólogo, no se interrumpen. Desde entonces irá arrancándole sus secretos a las selvas misioneras o a las pampas monótonas, a los apartados valles calchaquíes o a la desesperante puna de Atacama, a los caldeados e ingratos valles catamarqueños o a la riente quebrada de Humahuaca que, paso a paso, insensiblemente, conduce de la lujuria tropical al helado páramo del altiplano andino y desde las poéticas cumbres del Anconquija y de las laderas empinadas que caen hacia Tafí hasta las frías soledades magallánicas.

Allá irá el tenaz viajero con su piqueta al hombro, para sorprender en los repliegues del terreno o en escondida caverna la tumba solitaria que el amor y la piedad indígenas quisieron substraer a las miradas de la posteridad. De ella extraerá el ajuar fúnebre que manos solícitas depositaron en torno del muerto para hacer llevadero su viaje eterno; devolverá a la luz del día los artefactos funerarios del arte indígena, elaborados entre lágrimas, en la hora amarga de las despedidas últimas; de su estudio inferirá el género de vida del inhumado: si vivió consagrado a empresas guerreras, si fué un cazador en las altas cumbres o en

los tupidos algarrobales, si fué un pastor de llamas en los silenciosos valles o un agricultor pacífico en las hondas quebradas.

Y siguiendo su viaje de exploración descubrirá ciclópeos monumentos de granito, levantados en muy lejanas horas, para marcar, tal vez, la expansión de una raza, el límite de una conquista o la celebración de un hecho grandioso cuya memoria no debía perderse en el andar de las épocas; descubrirá cementerios ignorados, paraderos transitorios, recintos fortificados y templos a medio caer en cuyos desvencijados altares, entre las grietas de los muros, quedó olvidado el cántaro de las bebibidas libatorias, en la tarde en que el sacrificio divino fué interrumpido por inesperado acontecimiento que sembró el terror en la congregada tribu.

Y en su afán de saber, en su afán de descubrir, irá más allá nuestro viajero, desafiando los ríos engañadores, las inclemencias de las alturas, los prejuicios y desconfianzas de las gentes lugareñas, tanto más arraigados y temibles cuanto más sencillas e ingenuas parecen; irá más allá y alcanzará los campos de cultivos que malezas seculares cubrieran y llegará al límite de las ciudades muertas y penetrará en sus recintos por las mismas tortuosas sendas, trajinadas un día por el indio montañés, y posará su planta en el corazón de la vivienda indígena donde el viento, denudando el suelo, dejó

al descubierto los fogones prehispánicos. Allí el explorador evocará el pasado: se alzarán de nuevo las viviendas de piedra, humearán los fogones y las sombras de los muertos, volviendo a la vida, vagarán por la ciudad como en los ya lejanos días, entre el bullicio de los niños y los cantos de las mujeres. Así, en esos momentos de evocación, yo ví muchas veces a Ambrosetti, en nuestros largos viajes de exploración por las solitarias ruinas de nuestras extinguidas culturas indígenas. Entonces aquel viajero cuya cara traducía siempre una sonrisa, se tornaba serio y mustio, inclinaba su plateada cabeza, tornaba su vista a la tierra, adquiría su robusta silueta la rigidez de una montaña y en pocos momentos su alma se había envuelto en la misma imponencia de los estupendos ocasos andinos.

Ninguno de nuestros hombres de ciencia viajó tanto como Ambrosetti, ni ninguno reunió con tanta conciencia un material arqueológico tan rico y variado como el reunido por él. De ello pueden hablar varios museos de nuestro país.

Puede decirse que la región del Noroeste argentino la recorrió palmo a palmo; planteó sus problemas arqueológicos induciéndolos de los materiales exhumados. Su conocimiento de aquella zona fué completo y por ello con harta justicia afirmó el doctor Quesada: "se había convertido en un alto exponente de la cultura argentina, si bien su

ingénita modestia ocultaba — a los ojos de quienes no estuvieran menudamente informados de la reputación envidiable de que gozaba en el mundo intelectual — el extraordinario prestigio que rodeaba a su nombre en el extranjero''; y el doctor Levene sintetizó su vida de esta manera: ''La mentalidad de Ambrosetti y su obra científica es inseparable de su corazón. Ambrosetti acentuó una línea nueva en la docencia de la Universidad de Buenos Aires, enseñando a investigar''.

Y así fué, en efecto. Desde su incorporación a la facultad de Filosofía y Letras, en 1905, como director de su Museo Etnográfico, Ambrosetti inicia la que podríamos llamar su segunda época. Aquel museo, fundado a iniciativa del Dr. Norberto Piñero, teniendo como base un puñado de objetos calchaquíes de bronce que donara el Dr. Indalecio Gómez, había de absorber por entero la vida de Ambrosetti. A él le dedicó toda su energía, por él se desveló y hacia él atrajo las miradas de muchas personas y moviendo sus sentimientos de liberalidad consiguió donaciones valiosas y apreciables concursos. Así el nombre de mucha gente está vinculado al desenvolvimiento del Museo Etnográfico cuya riqueza actual lo coloca en el primer rango entre los museos sudamericanos de su especie.

Si bien es cierto que los museos no tienen término en su obra y que por su finalidad pueden ser considerados como instituciones perennes, aje-

nas, sin embargo, a toda acción cristalizadora, Ambrosetti no colmó su aspiración como director. Había concretado el afán de sus últimos días a darle al Museo un local apto para exhibir al público sus tesoros, y por largas sendas y pesados trabajos aspiraba a sacarlo a la luz del pleno día, desde el fondo de la obscura catacumba en que está casi enterrado. No debemos culpar a nadie, sino a los tiempos, esto que constituye un mal nacional: los buenos museos en pésimos locales. Baste recordar las largas peregrinaciones de Berg y Ameghino a fin de obtener un poco de luz para salvar las riquezas del Museo Nacional que peligran en la carcomida casa de la calle Perú. Y Ambrosetti — como Berg y como Ameghino — se fué sin haber realizado su sueño. La muerte le sorprendió, cuando desde los últimos peldaños de su obra presentía la serenidad de un cielo diáfano, bajo cuyas luces habría de exponer los resultados de su tesón de largos años consagrados a aportar diariamente un valor positivo al edificio científico que construía, desde el más grave de los silencios, sin más armaduras que su escudo de modestia, su constancia sin límites y su gran amor.

Como director del Museo Etnográfico, Ambrosetti tuvo la firme convicción que los museos no deben ser depósitos, almacenes, donde se acopian las cosas venidas de todas partes y de todas maneras. La importancia de los museos no debe ba-

sarse en el número de piezas conservadas sino en la documentación precisa, antecedentes, condiciones y todos aquellos datos de cuya interpretación pueda desprenderse una conclusión. Todo objeto de museo que no esté acompañado por sus exactos antecedentes, puede ser motivo de deleite estético, pero en realidad, es moneda sin valor. Los museos deben alejarse del común criterio de los coleccionistas particulares y huir de las seducciones de la cantidad por la cantidad misma; sus colecciones antes que para el público son para la ciencia, por cuanto la ciencia hará que el pueblo las comprenda, las interprete y goce con su presencia.

Ambrosetti sustentando estas ideas impulsó el Museo Etnográfico en el sentido de convertirlo en un verdadero laboratorio de investigaciones y, en consecuencia, desde el primer momento, trazó un plan de exploraciones arqueológicas, a ejecutarse sistemáticamente, y que habría de comprender todas las zonas de nuestro país. En parte ha sido realizado y debemos esperar que, en futuro más o menos próximo, y siempre que las autoridades universitarias le sigan prestando su justa atención, el plan de Ambrosetti haya abarcado los más amplios límites. Entonces habrá que pensar en las regiones que están fuera de nuestras fronteras; llevar hasta allá los rigurosos métodos de investigación arqueológica para ir jalonando en forma estable y definitiva el más serio de los problemas prehistó-

ricos americanos: la cronología de las culturas extinguidas y sus recíprocas vinculaciones.

Para llegar a la realización de aquel vasto plan, Ambrosetti, con el empuje de un nuevo conquistador, alentado por la esperanza de hallar nuevos descubrimientos, se lanzó personalmente sobre el terreno de las investigaciones, presidiendo las diez primeras expediciones arqueológicas de la Facultad de Filosofía y Letras, que establecieron sus campamentos, anualmente, en distintos puntos de nuestras regiones del noroeste. De esta manera la citada facultad consumaba por su intermedio el primer esfuerzo sudamericano tendiente al conocimiento sistemático de nuestro pasado prehistórico. Los resultados inmediatos de estos viajes y de otros realizados en distintas ocasiones han sido el origen del Museo Etnográfico cuyo desenvolvimiento no ha cesado y cuya riqueza en series documentadas arrojan, en este momento, la alta cifra de 25.000 ejemplares, muchos de ellos de extraordinario valor.

Complemento de su larga labor fué la acción que desplegó en las numerosas misiones científicas en el extranjero. Su voz, en defensa de las ideas que sustentó, se dejó oir en los congresos de los americanistas de Nueva York, Viena, Londres y Wáshington, en el de prehistoria de Ginebra, y en el de arqueología de Roma. Tales son los rasgos más salientes de la vida de este hombre que pierde la ciencia y la docencia de la Universidad de Buenos Aires.

No era de prever que su robusta armazón, puesta a prueba en innúmeras campañas, cayera arrasada de modo tan brutal, en una hora en que la madurez del pensamiento y la meditación sobre la labor realizada se preparan a dar el fruto definitivo.

Pero su espíritu flota entre nosotros y quedan sus enseñanzas y sus consejos como norma a seguir, como ejemplo que debemos imitar. Su espíritu poseía ese claro optimismo, excepcional, porque excepcionales son los hombres que no han sentido la amargura de un dolor ni el peso de una derrota. El espontáneo optimismo de Ambrosetti era la resultante de su vida y de su obra: a aquélla le dedicó el sosiego de sus horas mejores; a ésta toda su energía. Jamás sufrió mengua su fe científica; no creyó en los obstáculos; desconoció las vacilaciones, y la misma serena intensidad presidía su juicio sobre un grave problema de la ciencia o sobre los hechos que a diario se producen.

Clarovidente y perspicaz siempre, observador sutil e ingenioso, hasta en el mínimo detalle supo sacar provechosas enseñanzas de todo cuanto cayó bajo el radio de su mirada. Por eso su obra es una montaña de datos, muchos de ellos ya muy bien aprovechados y otros que no tardarán en serlo.

Amó de veras y amó tanto que su vida, llana

y recta, colocada en un nivel superior, recuerda una de aquellas rutas que el afán indígena, en su ansia de expansión, trazara a cordel sobre el altiplano andino en los ya lejanos días prehistóricos. Y por sobre todos sus amores culminó su amor de patria, traducido en la obsesión de juntar nuestras cosas viejas, de buscar en ellas el encanto que tienen las pátinas, y el perfume que difunden las cosas milenarias. Su sentimiento profundo de argentinidad, se afianzó con el perfecto conocimiento de nuestro ambiente patrio en sus distintas épocas y, tal vez, con las nostalgias sentidas en sus largos viajes por tierras no familiares. No fundaba Ambrosetti su nacionalismo sobre resurrecciones de cosas muertas. Lo muerto, muerto está, y sólo puede tener un lugar en los museos. El espíritu que presidió el desarrollo de extinguidas culturas no puede volver y vano es todo esfuerzo para revivirlo. Por eso se fué definitivamente una parte del alma indígena y lo poco que de ella queda, se irá, de manera irremediable, por el cuesta abajo que la civilización nueva le ha impuesto y para la cual no habrá diques capaces de contenerla.

El indio terminó su cometido el día que por tierra americana cruzó el primer acero templado. A la cultura presente no le corresponde otro papel que el de asistirle en su hora final, haciéndole soportable su agonía y prepararle piadosamente

sus exequias. No habrá contendientes en el reparto de la herencia indígena: la ciencia será su única y universal heredera.

He procurado reunir dentro del marco que impone la síntesis, los rasgos más salientes de la vida de Ambrosetti, cuya muerte ha abierto un inmenso claro en la raleada fila de los que perseguimos el conocimiento de nuestro más remoto pasado. Pasaremos a analizar, dentro de la misma norma, su labor científica.

La bibliografía de Ambrosetti es numerosa y variada: aproximadamente a ochenta alcanza el número de sus monografías publicadas en las tres últimas décadas, en los órganos oficiales de nuestros museos, academias e institutos, en actas de congreso y en algunas revistas extranjeras.

En un principio se dedicó a las ciencias naturales dando a la publicidad algunos estudios sobre biología, zoología y paleontología. En estas dos últimas ramas de la ciencia concentró su atención de manera especial a temas referentes a su provincia natal.

Luego describió sus repetidos viajes en folletos y conferencias: Misiones, la Pampa Central, Los Andes y los Valles Calchaquíes le dieron oportunidad para presentar, en cuadros animados, los caracteres de aquellas regiones considerados desde distintos puntos de vista. Misiones, por ejemplo, le subyuga: sus condiciones físicas y econó-

micas le hacen prever un excelente desarrollo industrial y agrícola; los caracteres étnicos de las distintas nacionalidades que pueblan aquel territorio y el debido aprovechamiento de sus distintas capacidades le llevan a considerar, como problema primordial, la necesidad de poblar sistemáticamente aquel territorio. Ambrosetti proyecta entonces—1892—la conveniencia de establecer colonias militares en Misiones como único procedimiento para fomentar poblaciones rápidas. Nadie puede dudar de la doble finalidad de este proyecto: una, de orden económico local y otra de orden político externo.

Tres viajes realizó a la región misionera y en las descripciones que de ellos nos quedan se diseña la orientación futura que imprimirá a su pensamiento. Con su habitual modestia, decía, en 1894, después de haber reunido un buen caudal de datos etnográficos, arqueológicos y antropológicos sobre el Alto Paraná: "escribo sin pretensión alguna; soy un simple aficionado y sólo deseo que mis viajes puedan, aunque sea en parte, dar a conocer aquella admirable región".

Y más adelante, cuando entregado de lleno a la obra que el Instituto Geográfico Argentino realizaba, enriqueciendo su naciente museo, Ambrosetti, de vuelta de su tercer viaje a la misma comarca, deslumbrado por la naturaleza que acababa de contemplar, afirmaba con dejos de melancolía:

"pasarán los años, quizá, sin que me sea dado volver allí, pero el recuerdo de aquellas selvas grandiosas... jamás se borrará de mí, y cuando llegue la época en que se vive de recuerdos, éstos acariciarán la mente rejuveneciéndola ante el éxtasis siempre renovado de aquella naturaleza deliciosa". Durante este viaje fueron descubiertos algunos yacimientos funerarios, de origen guaraní, en las inmediaciones de Yaguarazapá.

La larga jira que efectúa por la Pampa Central, en 1893, le hace reiterar una vieja declaración: la necesidad de recoger datos y observaciones publicables a fin de contribuir al mejor conocimiento del país. En la monografía que a propósito escribe se revela un poderoso espíritu de viajero observador. Anota las distintas modalidades de la población, sus condiciones de vida e informa buenamente sobre los escasos indios pampas, desplazados de sus centros primitivos, entregados a largas correrías y amoldándose paulatinamente a las exigencias que impone la nueva cultura, infiltrada en la comarca. Previó con clara visión su porvenir y preconizó su categoría de rica provincia.

Un viaje al límite patrio, en la lejana puna de Atacama, le brinda ocasión para describir desolados paisajes y notas del mortificante ambiente, en páginas sueltas y sentidas. En los límites de tierra extraña Ambrosetti no puede contener su emoción y su sentimiento de patria explota en entusiasmos incontenibles.

En la vieja hacienda de Molinos, en la provincia de Salta, evoca el pasado colonial: la familia patriarcal, las costumbres sin torturas, las esperanzas limitadas, la vida sin cuidados, el arte colonial con sus estilos sujetos al capricho y a la mediocre inventiva de los artistas de entonces.

Fué, tal vez, aquí, bajo los sonoros corredores de la casa solariega; entre el ir y venir de la respetuosa servidumbre indígena; en el ambiente montañés que, alejando al hombre de la hora presente, le incita a pensar en lejanos pasados o en dudoso porvenir; en la semiobscuridad de las amplias salas, cuyo embaldosado piso fué gastado bajo el roce de las nativas sandalias, y cuyo artesonado, de puro viejo, cayó en pedazos sin que mano piadosa lo devolviera a su puesto; en este ambiente, oasis ansiado del viajero que trasmonta los Andes, buscando reposo a la fatiga, tal vez Ambrosetti acarició el primer sueño de constituir un museo colonial, sueño que realizó más tarde en su propio hogar.

En esta serie de obras, que constituyen la primera fase de la producción de Ambrosetti, manifiéstase como naturalista y viajero, y se destacan una serie de valores positivos que creo indispensable puntualizar: abundante caudal de observaciones, exactitud de los datos recogidos y variedad de los temas tratados. Pero donde la actividad de Ambrosetti se desarrolla de manera más eficaz, más

intensa y general, fué en los estudios sobre arqueología argentina. Su primer trabajo de esta naturaleza data de 1892, describiendo en él algunas alfarerías calchaquíes que hacia aquella época existían en el museo provincial de Entre Ríos y que habían sido reunidas personalmente en la provincia de Tucumán. En esta primera monografía manifiesta la idea que con tanto tesón habría de defender hasta el final de sus días: el problema de la nación calchaquí y la dispersión de su cultura, desde la frontera de Bolivia hasta la provincia de Córdoba.

Las investigaciones arqueológicas de Ambrosetti pueden dividirse en dos series: en la cuenca del río de la Plata y sus tributarios, y en la región del Noroeste Argentino.

Entre las primeras merecen citarse las observaciones múltiples consignadas a raíz de algunos descubrimientos que efectuó en 1885, en el Departamento de Victoria, provincia de Entre Ríos, consistentes en fragmentos de alfarerías quebradas, toscas y del tipo común, que investigadores posteriores han constatado en toda la cuenca del Plata. Las características de los paraderos precolombinos de Goya le hacen sospechar su origen *payaguá*, al cual atribuye también el túmulo de Campana, descubierto en 1877, negando que ambos restos arqueológicos sean de procedencia *guaraní*.

La descripción de yacimientos funerarios en el Alto Paraná, sus condiciones, caracteres y su ma-

terial exhumado, le convencen que en una época lejana un pueblo poseedor de una cultura se distribuyó a lo largo de nuestros grandes ríos desde el Guayrá hasta el delta del Paraná, y afirma sus conclusiones en la semejanza de objetos encontrados en dicha zona. Cree que sea la cultura guaraní que en su dispersión alcanzó aquellas comarcas y que, en ningún caso, ni el Paraguay ni Misiones han sido cuna de esa raza. Como vemos, Ambrosetti, aborda el problema de las migraciones de los pueblos litorales y, si bien en este sentido seguía las huellas de arqueólogos conocidos, aporta nuevos datos que, acumulados a los que descubrirán otros investigadores, aclararán en forma definitiva el problema esbozado.

Y no sólo fué la arqueología del litoral su preocupación en sus viajes por aquella zona: reunió, además, cuanto dato pudo recoger sobre los indios que actualmente ocupan el territorio: estudió sus caracteres étnicos, recogió los restos de su música perdida y de sus monótonas danzas, y al hablarnos de sus usos y costumbres inicia en nuestro país los estudios de *folk-lore*, es decir, *"lo que sabe el pueblo"*, lo que ha quedado de su leyenda y de su tradición. De algunos pueblos estudió el idioma, prestando de esa manera una contribución de valor a las investigaciones ligüísticas americanas, cuyos progresos y conclusiones, en este momento, son verdaderamente asombrosos.

La segunda serie de investigaciones las realizó, como tengo ya dicho, en la región de nuestro noroeste, o sea la calchaquí propiamente dicha. Las cuarenta monografías que, aproximadamente, escribió sobre temas arqueológicos locales son la base inconmovible sobre la cual reposan las conclusiones a que se ha llegado en el dominio de la arqueología. Verdad es que Ambrosetti llevado por su natural entusiasmo adelantó conclusiones dudosas que luego tuvo que desechar. No olvidemos que se trabajaba en una época que bien podemos llamar precursora de la verdadera disciplina arqueológica. Esta ciencia, entre nosotros, no había conquistado su independencia; sus métodos eran deficientes por razones tan claras que omito exponerlas. En realidad para las gentes, en general, arqueología significaba curiosidad y un arqueólogo, un mero curioso, tal vez un maniático, quizás un vulgar coleccionista. ¿Qué encanto puede tener el pasado, si este pasado se refiere de modo especial a los pobres indios? ¿Qué le importa a la edad presente o a la venidera saber si la misma olla que se usó en las cocinas indígenas sirvió después para enterrar a los muertos? ¿Qué valor tiene el conocimiento del arte incipiente, deformado por esforzadas tentativas y dolorosos ensayos de nuestros indios? ¿Para qué guardar cacharros sucios, incoloros unos, cargados de hollín otros, pintados o simples, grandes o pequeños, casi siempre desprovistos de ele-

gancia? ¿Por qué afanarse por estas cosas viejas, americanas, si en cualquier bazar de barrio, por pocos centavos, se compra una Venus de Milo o una danzante de Tanagra? ¿Qué debemos a los indios para que se hagan acreedores de nuestro conocimiento? ¡Si a lo menos nos hubieran dado algo de la patria y un poco de sangre!... Reflexiones como éstas aún llegan a nuestros oídos. Es que no hemos alcanzado todavía el desinterés necesario para juzgar a los hombres y, en muchos casos, lo que es más elemental, justificar sus tendencias. En la colmena de la ciencia no hay zánganos; los que no trabajan están excluídos de ella; ni siquiera por piedad pueden tener cabida.

Y Ambrosetti tuvo en aquella colmena un puesto prominente, desde la primera hora. Sin perder de vista el terreno general de nuestra arqueología, dedicó preferente atención a los estudios del pasado calchaquí, de su cultura, — la mejor entre las nuestras, — cuyos vestigios cubren toda la región cordillerana del noroeste.

En 1895 explora las grutas pintadas de Curuhuasi y el Chural, en la provincia de Salta, y ante la procesión de las extrañas figuras humanas, trazadas con firmeza sobre la roca viva, ante aquellos extraños personajes armados o portadores de trofeos, ante las llamas en marcha con su diminuta carga, interpreta el arqueólogo aquella representación como

un episodio guerrero, un desfile de vencedores cargando el botín conquistado.

El poco conocimiento de la cultura calchaquí llevó a Ambrosetti a reunir en una extensa memoria todo el material arqueológico conocido hasta entonces. Era la primera vez que se ensayaba un estudio general sobre tan importante región. Es imposible pretender conocer las modalidades de la civilización calchaquí si no se tiene en cuenta esta obra — "Notas de arqueología calchaquí" —, notable por su contenido, precisa en la descripción, verídica en el dato y altamente meritoria por cuanto representa el primer esfuerzo tendiente a presentar, en forma completa, los distintos aspectos de una cultura local. Estudió todas las fases de su arte: ídolos funerarios en dolientes actitudes; fetiches para que la vida tuviera su coronamiento en un amor bueno y duradero; amuletos para que los rebaños no mermasen ni los campos se agostasen por inclemencia de los tiempos; urnas votivas representando figuras humanas con variadas expresiones; cántaros funerarios en los que comúnmente se sepultaba a los niños y en ocasiones a los adultos, rodeándolos de los objetos de su predilección o pertenencia; placas, cetros, discos y campanas de bronce de capital importancia por su significación, por su lujo y por su trascendencia. Trató de descifrar el valor convencional de los símbolos pintados o grabados en la cerámica y les asignó un valor meteorológico.

Basado en el *folk-lore local,* del cual Ambrosetti era un profundo conocedor, y en las condiciones de ambiente en que se desarrolló la cultura calchaquí, creyó ver en las curiosas representaciones de serpientes, sapos y avestruces signos, símbolos verdaderos que el alma indígena, en su deseo de vida, trazó en la esperanza de que los dioses buenos aumentaran el caudal de las acequias o enviaran oportunas y salvadoras lluvias. Sólo el que ha recorrido aquellas apartadas regiones sabe de la sed que tienen los raquíticos plantíos y de la lucha sin tregua que libra el hombre contra una naturaleza avara e inclemente.

Las condiciones no han variado mucho; el ambiente prehispánico y el actual es más o menos el mismo y la lucha del hombre, hoy como entonces, no conoce descanso. El esfuerzo indígena fué más grande que el actual y así lo atestiguan los restos de poblaciones desarticuladas, en inaccesibles cumbres, suspendidas sobre abismos, como nidos de águilas. Ello determinó el carácter que llega hasta nuestros días: la naturaleza dió al alma indígena su severa tristeza y aridez, su silencio y su aparente impasibilidad, su monotonía y su resistencia. Habituado el indio durante largos siglos a contemplar las mismas montañas, el mismo estrecho horizonte limitado por los lomos de las cordilleras, el mismo río y el mismo cielo, se hizo sedentario, fijó su definitiva residencia, modeló sus hábitos y en su alma

se arraigó el más grande de sus sentimientos que sobrevive a pesar de las dominaciones sucesivas: el horror a la llanura.

Ambrosetti por el conocimiento de lo actual trató de llegar al del pasado prehistórico; y si no lo consiguió, en definitiva, no sólo lo intentó para nuestras culturas extinguidas, sino que trató de establecer vínculos entre éstas y sus vecinas.

Siguiendo la tradición de Lozano, sostuvo con calor la tesis que los incas no dominaron la región calchaquí, contrariamente a las afirmaciones de los conocidos cronistas. En ningún momento negó, sin embargo, la existencia de vinculaciones entre las viejas culturas peruanas y las del altiplano boliviano y las nuestras. Ya en 1897, cuando descubrió los *menhires* del valle de Tafí, tuvo la intuición que aquellos monumentos ciclópeos — cuya finalidad todavía está por descifrar la arqueología — debían referirse a la época en que florecía la estupenda cultura de Tiahuanaco en los alrededores del lago Titicaca. Esta correlación entre ambas culturas se ha afianzado a raíz de las exploraciones que posteriormente se verificaron, y hoy ya nadie duda que mucho antes que empezara a diseñarse el desarrollo cultural incaico, existían contactos entre nuestros pueblos montañeses y los que dominaban el altiplano andino.

Si la dominación incaica en la región andina es un hecho innegable según los cronistas, es in-

negable también que aquella civilización no consiguió absorber a ésta por infiltración ni por dominio. Los puntos de semejanza que ambas ofrecen no son suficientes para sostener que una dió origen a la otra. Y si así hubiera sucedido, las semejanzas que ofrecen son tantas y tan variadas, que habrá que admitir desarrollos paralelos y evoluciones locales que han respondido a iniciativas de carácter también local. Todas las civilizaciones prehispánicas americanas presentan formas particulares propias, aunque entre ellas se encuentre, con un poco de esfuerzo, algo común que es necesario referir a un origen común. Y ni siquiera se salvan de esta peculiaridad aquellas culturas que en ciertas regiones de América aparecen esporádicamente.

En Calchaquí este fenómeno es harto visible: existen formas que sin duda o son de importación o han evolucionado por imitación, y al lado de éstas, otras que son genuinamente un producto local. Esto no se explica de otro modo si no se admite un principio de autonomía en el desarrollo del arte. Y así lo sostuvo Ambrosetti al determinar los límites de la civilización calchaquí y al enumerar sus caracteres de la siguiente manera:

Ruinas de habitaciones; restos de canales de riego; ruinas de los recintos de defensa y de las torres cilíndricas fortificadas; *menhires;* abundancia de petroglifos y pictografías; abundancia de

urnas funerarias de tipos diversos; generalización de motivos ornamentales y constancia y uniformidad del instrumental de cobre descubierto.

Tales razones impulsaron al arqueólogo a sostener la remota antigüedad de la civilización calchaquí; y comparando ésta con otras, dispersadas a lo largo de la cordillera andina, afirmó la semejanza que presentan los restos arqueológicos argentinos con los de los indios pueblos, en la América del Norte. De esta manera creía Ambrosetti que ambas culturas eran los eslabones extremos de una cadena continua: los intermediarios, rotos bajo la presión que ejercieron influencias extrañas, habrá que rastrearlos. "Nuestros calchaquíes, decía, estudiados en minucioso detalle, nada tienen de peruanos, y mucho menos de los de la época incaica y si algunos rastros hallamos comunes a ellos, creo que deben referirse a una época muy anterior: a la de las grandes invasiones continentales". Y por esta vía trató de puntualizar las semejanzas entre los nahoas y calchaquíes, siguiendo muy de cerca las sospechas de Chavero que establecen una gran migración de pueblos a lo largo del Pacífico y al occidente de la cordillera andina. A los datos que con anterioridad había anotado, Ambrosetti agregó algunos nuevos, sacados de los elementos *folk-lóricos,* comunes entre calchaquíes y pueblos.

Un breve estudio sobre algunos yacimientos fu-

nerarios de la provincia de Santiago del Estero, ampliatorio de los que habían dado a conocer autores anteriores, le conduce a inferir que la cultura diaguito-calchaquí se extendió hasta aquella provincia, marcando, en consecuencia, el límite oriental de su dispersión hacia las selvas. Moreno, hablando de las alfarerías exhumadas en Santiago, afirmó que eran más finas y más elegantes que las de Troya y Micenas.

Una vez más, de la comparación de ciertos vasos ceremoniales de procedencia calchaquí, infiere semejanzas marcadas entre nuestra cultura del noroeste y la que sostuvieron los indios pueblos.

El descubrimiento de una tumba indígena, realizado en 1902 por algunos buscadores de minas, la exhumación de rico ajuar funerario en el que abundan objetos de oro, bronce, madera y hermosos cántaros decorados, plantearon por primera vez la importancia de una ciudad muerta, ubicada en el corazón del valle calchaquí y que, posteriormente, el mismo Ambrosetti habría de explorar y estudiar en toda su extensión: la ciudad de "La Paya".

El conocimiento de la arqueología de la provincia de Jujuy hasta el año 1902 era harto incompleto: algunos ejemplares exhumados de tumbas en Rinconada, las colecciones del museo de La Plata, cuyo catálogo había sido publicado, y las series depositadas en el Museo Etnográfico de

Berlín constituían el caudal arqueológico de una región que tantas sorpresas había de dar en lo sucesivo. Ambrosetti encaró su estudio y basándose en las semejanzas de material y simbolismo, en la igualdad de las condiciones del medio y en el testimonio de los cronistas, afirmó que la cultura prehistórica de la provincia de Jujuy tenía que identificarse con la calchaquí. Nuestro autor, más tarde, durante las sistemáticas exploraciones que se hicieron en la quebrada de Humahuaca, rectificó su juicio primitivo y con la honradez científica que fué su característica, no vaciló en comprender su error y se apresuró a comunicar sus conclusiones en las reuniones del congreso de los americanistas de Buenos Aires.

Amplió con nuevas noticias descriptivas la arqueología de la puna de Atacama; removió sepulcros, visitó ruinas y petroglifos, y afirmó una vez más las evidentes afinidades entre la cultura atacameña y la calchaquí. De esta manera Ambrosetti llevaba la dispersión de esta civilización hasta límites no conocidos por entonces. Viajes posteriores y estudios recientes han puesto de manifiesto la imperiosa necesidad de establecer distingos entre ambas culturas sin negar por ello estrechas correlaciones. Sobre esta importante cuestión, el año pasado, en el Congreso de Ciencias naturales reunido en Tucumán, con motivo de una disertación sobre hallazgos arqueológicos en Atacama, Ambro-

setti dió a conocer las mismas sospechas de von Tschudi sobre la posibilidad que el idioma atacameño puede ser el *cacán,* lengua desaparecida y hablada por los antiguos calchaquíes. Los vocabularios de este idioma, del cual se sabe a ciencia cierta que fué estudiado y recogido por Bárcena, deben encontrarse entre la abigarrada documentación de algún ignorado archivo. Habrá que esperar el día de su descubrimiento.

En su gran afán de dar a conocer totalmente el arte calchaquí, reunió en un trabajo integral todos los artefactos de bronce conocidos hasta 1904, procedentes de aquella región. Estudió la industria minera en los tiempos prehispánicos, su desarrollo, métodos e importancia, los procedimientos de fundición y el conocimiento indígena de las aleaciones. Los bronces calchaquíes deben ser considerados como tales so pena de declararse en rebeldía contra lo que demuestra la química. Los descubrimientos más recientes de moldes y crisoles evidencian que la industria minera prehispánica se extendió hasta los valles preandinos de la provincia de San Juan.

El estudio del bronce calchaquí realizado por Ambrosetti constituye una de las monografías de más valor sobre una de las fases más originales del arte calchaquí.

Con el mismo entusiasmo y con la misma sincera convicción defendió su obra y sus ideas sobre la

cuestión calchaquí. A ella había dedicado su vida; le pertenecía en toda su amplitud, desde el momento que le había arrancado sus secretos más íntimos y vió culminar su obra cuando sus estudios completos, sistemáticos, sirvieron de plataforma para fundar el primer ensayo de cronología de las culturas argentinas extinguidas en el noroeste.

Me refiero a las investigaciones arqueológicas realizadas, bajo su dirección, en los yacimientos de Pampa Grande y en la ciudad prehistórica de La Paya. Los tesoros de centenares de tumbas y de viviendas derrumbadas fueron exhumados pacientemente, restaurados, descriptos y comparados para llegar, en suma, a la conclusión que en Pampa Grande, se superpusieron las culturas, y La Paya mantuvo un activo intercambio, en tiempos remotos, con los pueblos establecidos allende la cordillera, debiendo ser considerada como tipo genuino de ciudad calchaquí.

Tales son, en brevísimo resumen, los puntos capitales de la producción científica de este ilustre muerto cuya desaparición prematura nos cuesta creer. Día vendrá en que al historiarse la ciencia argentina, cuyo peso es bien apreciable en el mundo, sea necesario destacar las figuras prominentes de los que trabajaron con la conciencia puesta en el ideal científico que no repara en sacrificios ni le mueve vulgar interés. Ambrosetti en la historia del pensamiento argentino tendrá que aparecer co-

mo creador de tendencias, de orientaciones nuevas y como padre de una obra que no ha de perecer, aun cuando le haya tocado actuar en una época que casi podríamos llamar precursora de la arqueología argentina. Su mérito indiscutible estriba en que construyó un edificio con los materiales que él mismo elaboró y aportó con tesón en largos días de peregrinaciones y en largas horas de esperanzas. Conocedor como nadie del mar por donde navegaba, tuvo siempre la clara visión de la costa donde había de fondear. No conoció escollos ni detenciones en el camino. Navegaba y navegaba bajo un cielo sereno, con la mar en calma, el espíritu lleno de fe y el corazón pletórico de bondad. Tal era su viaje cuando cayó la noche en mitad del día. Y aquel viajero, aquel navegante lleno de confianza y optimismo, vió que su nave se detenía en plena ruta y que era inevitable fondear. Y su ancla tocó fondo: la Eternidad.

SALVADOR DEBENEDETTI.

PARTE I

Folk-lore de la región misionera

Cap. I.—Las supersticiones de la región misionera [1]

I. El Payé. — II. Prácticas funerarias. — III. Supersticiones relativas al amor sexual. — IV. Supersticiones relativas a los animales. — V. La "hormiga de corrección". — VI. Supersticiones relativas a las faenas rurales. — VII. Supersticiones relativas al juego. — VIII. Supersticiones relativas a los vegetales. — IX. Supersticiones terapéuticas.—X. La Bendición, El Compadrazgo y la Leyenda del Mboi-Tatá (Víbora de fuego).

La zona de donde proceden estos datos de psicoetnografía abarca en primer término la región argentina y paraguaya del Alto Paraná: una parte de la provincia de Corrientes, el territorio de Misiones, el sud del Paraguay y la región del Alto Uruguay; por los elementos brasileros que allí viven, muchos de sus elementos provienen del folk-lore de los estados de Río Grande y Paraná.

---

(1) Accediendo a instancias de la dirección de la "Revista de Filosofía", el Dr. Juan B. Ambrosetti habíase puesto a la obra de redactar las notas y datos que tenía recogidos sobre supersticiones y leyendas indígenas: capítulo interesante para la psicología etnográfica, la historia de las religiones y la lógica social de los pueblos primitivos.

Pocos días después de entregarnos estos capítulos, falleció, casi de improviso, cuando se preparaba a ordenar y describir los in-

La gran mayoría de los habitantes de esas regiones son de habla guaraní, paraguayos y correntinos; y, naturalmente, muchas creencias y supersticiones son propias de su carácter, de su pasado y de sus elementos étnicos.

Descendientes los más de la mestización de india y de españoles que en el siglo XVI asentaron sus reales en la Asunción, aquella "ciudad tan regalada" y a la que "algunos por baldón con mal aviso, la llaman de Mahoma Paraíso", según el famoso arcediano Barco de Centenera, forzosamente deberemos hallar en su folk-lore viejos elementos hispano-moriscos, mezclados con otros guaraníes, salpimentados con motivos religiosos católicos, deformados de acuerdo con la mentalidad propia de esos campesinos criollos que viven la vida de los ríos, obrajes y yerbales.

Esa vida jugada a cada instante, entre las mil penurias y peligros de los trabajos del bosque eternamente virgen, pues el pasaje del hombre por entre sus lianas y maraña es siempre transitorio, tiene que ser por fuerza supersticiosa; esta superstición, acrecentada por la más estupenda ig-

---

mensos materiales etnográficos y arqueológicos reunidos en tres décadas de incansable labor.

La dirección de la "Revista de Filosofía" confió a su ya eminente discípulo y continuador, el Dr. Salvador Debenedetti, la tarea de estudiar y juzgar su obra; su trabajo constituye la introducción más legítima a este volumen póstumo.

norancia, se ha infiltrado en todos sus actos, desde el trabajo hasta los vicios.

Pueblo alegre y de gran viveza mental, ha tratado de sacar un gran partido de la magia simpática en provecho propio; y haciendo honor a sus ilustres antepasados ha abundado en las prácticas que se refieren al amor sexual y al juego, a la vez que ha conservado cierto número de leyendas, algunas de origen indio deformadas por los aportes posteriores (1).

En el presente estudio expondremos lo que se refiere a las supersticiones; otro consagraremos a las leyendas. Unas y otras, directamente recogidas y presentadas en su forma original, constituyen un interesante capítulo de psicología étnica americana, rico en datos sobre las formas embrionarias de la lógica social.

I. — El Payé

El Payé es un amuleto que puede ser hecho de

---

(1) A pedido del director de la "Revista de Filosofía" hago un paréntesis a otras tareas actuales, reanudando los trabajos folk-lóricos que comencé a publicar en el año 1893, en la ya muy rara "Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires" fundada por el doctor Eduardo L. Holmberg.

Este material de primera mano, recogido en mis viajes hace veinticinco años, ha permanecido casi inédito. Además, como los datos obtenidos no fueron totalmente publicados, creo oportuno darlos a conocer, a fin de que puedan servir para estudios posteriores. La falta material de tiempo hace que las libretas de viaje queden en gran parte, casi siempre, inéditas; con ello todo el tra-

las cosas más variadas; muchas veces debe serlo en determinados días, horas y circunstancias.

El Payé es casi siempre personal, fabricado "ad-hoc" y especialmente dedicado a una determinada misión; no he conocido payés de uso general como nuestras mascotas, por ejemplo; en la región visitada por mí todos los datos recogidos están de acuerdo con esto.

Este amuleto hay que cuidarlo, y cuando en su composición entra la piedra imán, es necesario darle de comer de tiempo en tiempo, es decir, agregarle pedacitos de agujas, que es creencia que son devorados paulatinamente por la piedra.

En otros intervienen el agua bendita y se supone por este solo hecho que el Payé está bautizado, lo que hace que el que lo posea se abstenga de relaciones sexuales, llevándolo consigo; este es el caso de la moneda de plata (Payé de la amistad) colocada en la pila de agua bendita a la entrada de la iglesia, con la intención de que todo el que entra y moje su mano en la misma agua quede de amigo.

---

bajo de recopilación y de observaciones concluye por perderse y muchas veces de un modo irreemplazable, sobre todo los de este género; las nuevas poblaciones, por motivo del progreso, van olvidando o desusando las creencias de las viejas, o modificándolas por contactos exóticos que concluyen por modificar sensiblemente su significado primitivo. Dejando a otros la tarea del estudio comparativo o bibliográfico, por las razones antedichas, en este trabajo no haré más que volcar el contenido de las páginas de mis viejas libretas de viaje, acrecentando lo ya publicado con nuevos datos adquiridos en un viaje posterior.

Igual precaución hay que tener con el Payé fabricado con hueso de muerto — preferentemente de criaturas infieles, es decir, sin bautizar —, pulverizado, mezclado con cera y colocado furtivamente debajo del mantel del altar para que quede consagrado durante una misa.

Lo mismo pasa con los Payés fabricados con el paño blanco y angosto que colocan en las cruces de los cementerios o caminos señalando el lugar de una muerte repentina, asesinato, etc., llamado *Curuzú Yegüá*, que es muy recomendado contra las heridas de bala.

Muy castos son también los Payés que representan un santo; éstos se ponen bravos (Santo pochi), porque son muy delicados, y es necesario hacerlos dormir afuera, sobre todo los trabajados en viernes santo, antes de salir el sol, porque los tienen por bendecidos; éstos son hechos con la madera de la raíz de laurel. San Felipe y Santiago, excelente para poder domar caballos, por lo que están presentados siempre a caballo; San Marcos, para tener coraje, por representarlo allí con un toro; San Antonio, cuyas virtudes de taumaturgo en general son harto conocidas y su tratamiento nunca es de lo mejor porque es santo de rigor: se le emplea colgándolo del pescuezo para que señale la dirección donde se hallan las cosas perdidas, o presta otros servicios más o menos reñidos con su carácter.

Pero los dos Santos más curiosos, aunque fabricados con diversas materias y de creación netamente popular, son: San Son, hecho con la punta de un cuerno de toro, como animal de fuerza, para conseguirla, pues creen que Sansón, el héroe hebraico, es un santo, descomponiendo la palabra. El otro es un santo más serio: San La Muerte, que suele hacerse de plomo, flaco y cabezón, con apariencia de esqueleto, fabricado también en viernes santo, excelente contra la bala y el cuchillo; es también muy delicado: hay que hacerlo dormir afuera y no pelear con él sino en los casos graves, pues la muerte del contrario es infalible.

Estos Payés tienen también sus inconvenientes, al punto que muchas veces imponen tantas restricciones que concluyen por hacer que sus mismos dueños les tomen miedo, y no ha faltado caso de que, en un momento dado, uno de estos pecadores aterrorizados haya corrido a la iglesia para hacerse bendecir y quebrar así la influencia del Payé.

Uno de los más fastidiosos, o traicioneros, es San Antonio, usado para no cansarse y ser guapo en el trabajo, fabricado en este caso en viernes santo, de un guacho o retoño cerca de la raíz de un árbol de Yerba-mate; hay que velarlo el día de su santo y no dejarlo solo, porque si no incendia la casa donde se queda.

II. — Prácticas funerarias

Siendo por demás conocido el velorio de las criaturas, más o menos igual en todo el territorio de la república, y practicado por la gente de campo bajo el nombre de velorio del angelito, considero superfluo describirlo en este trabajo.

Baste decir, para los que ignoren en qué consiste, que es creencia general que las criaturas de corta edad, muertas sin haber podido pecar, van derecho al cielo, siendo allí transformadas en ángeles; así, en vez de sufrir mucho por la pérdida del hijo, los padres se consuelan, y con este motivo celebran bailes ante el cadáver, alternados con algunas oraciones.

Estos bailes, siempre muy concurridos y de animadísima diversión, son costeados por el padrino de la criatura muerta, así como el cajón y la cruz que se coloca sobre la sepultura.

En Misiones hay una costumbre muy curiosa. Al año del velorio, la familia va al cementerio y trae a su casa la cruz, que precaucionalmente se fabrica articulable sobre un tronco clavado sobre la tumba.

Esta cruz, junto con todas las flores secas y las cintas de los ramos que adornaban el cadáver el año anterior, y religiosamente guardadas desde entonces, son colocadas en una mesa bien adornada y se vuelven a velar.

A esto se llama velorio de la cruz, y con este motivo hay nuevo baile, costeado otra vez por el padrino.

En estos velorios intervienen muchas veces lloronas o rezadoras profesionales.

Pasado el novenario del difunto, los parientes más próximos hacen la limosna de Dios (Tupá mbahé), que consiste en dar algo a los pobres, desde carnear una res hasta repartir unas cuantas chipás o mandioca, según los posibles de cada familia.

El velorio de personas mayores es más serio, excluyéndose los bailes y chacotas.

En esa región no hay sepultura sin su correspondiente cruz; más aún: si en cualquier parte es asesinado alguno, o cae muerto de alguna afección orgánica, o lo fulmina un rayo, etc., aun cuando no se entierre allí, se coloca también una cruz para memoria del hecho y ese lugar es reputado tan sagrado como una tumba. Todo el que pasa por ella se descubre; algunos, llenos de mística superstición, no dejan de rezar por el descanso del alma del que fué.

En algunas partes adornan las cruces con trapos blancos que colocan suspendidos de los brazos, como se usa en las iglesias para Semana Santa (Curuzú yeguá).

Más original es otra costumbre observada principalmente en Corrientes: la de llevar al pie de

las cruces fruta, dulces, chipá, etc. (1), para que el que pase por allí se sirva de ellas, con la condición de que rece sobre la tumba por el alma del finado; todos tienen buen cuidado de hacerlo para que el muerto no se irrite y tome venganza. Está muy generalizada, también, la costumbre de prender velas sobre las sepulturas.

Estas cruces son también llamadas *Curuzú de las ánimas* y muchas de ellas tienen al pie varias piedras, principalmente las que se hallan cerca de algún arroyo; esto es debido a los viajeros que se las ofrendan a falta de velas, pidiéndole que les sea propicio el viaje, no les llueva en camino, etcétera (2).

Las cruces viejas suelen ser transportadas a las casas para encenderles allí velas y hacerles oraciones, porque se tiene la creencia de que sirviendo a la cruz se sirve al muerto.

Son reputadas muy milagrosas las cruces colocadas en los árboles donde se ha suicidado algún individuo y por extensión el árbol mismo es tenido por milagroso.

Todo este respeto supersticioso por los muertos, tratándose de restos cristianos, se troca en

---

(1) Pan de almidón, de mandioca, de maíz, etc.

(2) Compárese esta costumbre de los viajeros con la igual de la región Andina: es decir, el depositar piedras en las Apachetas a objeto de propiciarse la buena voluntad del "genius loci", la "Pacha mama" para cruzar los malos pasos en las serranías.

A propósito de viajes en la Región Misionera, el primer lunes del mes de agosto es reputado día aciago para viajar.

desprecio cuando se trata de restos de indios; como los consideran infieles, se ríen de ellos, son capaces de romperlos y aventar sus fragmentos.

La creencia en las malas visiones (mbai pochí o angüé mbai entre los guaraníes) de almas en pena, es frecuente; á los fuegos fatuos les atribuyen ese origen y dicen que se entretienen en atajar a los viajeros en los caminos. Un medio excelente para poder pasar, atropellando ese obstáculo, es atar un rosario bendito (que muchos llevan consigo) en la pata delantera del caballo.

Estas malas visiones pueden ser producidas también por el diablo o por brujas; en el primer caso, los perros, de noche, se ponen a aullar en cuanto se aproxima a las casas, y el remedio para conjurarlo es colocar boca abajo en el suelo la chancleta o zapatilla del pie izquierdo y ponerse a rezar; en cuanto a las brujas, que se suponen mujeres de mala vida transformadas en pájaros y pueden penetrar de este modo a las casas, lo mejor contra sus maleficios es tirarle con los calzoncillos o castigar el aire con un rosario bendito.

En cambio de todos estos malos elementos, hay algunas almas buenas, como, por ejemplo, la del "negrito del pastoreo", que murió azotado por sus amos por una falta que no había cometido,

en tiempos muy anteriores a la guerra (1); éste ayuda a encontrar las cosas o animales perdidos, con sólo ofrecerle una pulgada de vela. Buena es también la de Yanuario, un pobre que se comide a todo, principalmente en los trabajos de campo; así en los rodeos, cuando es necesario, le gritan: *¡Ataje Yanuario!* y él ataja los animales, no sin protestar, pues muchas veces les contesta: "*sólo se acuerdan de Yanuario para trabajar y nunca para comer*", aludiendo a la extremada miseria que pasó toda su vida (2).

III.—Supersticiones relativas al amor sexual

El amor puro, ideal, sólo es un bello privilegio de las personas civilizadas. A medida que se desciende en la escala humana, y aun en la social, desaparece para ser suplantado por el instinto eminentemente animal, en el que no se ve más que los dos sexos, macho y hembra, que se buscan impulsados por la necesidad de conservar la especie.

Las formas exteriores que pueden rodear y ayudar esta aproximación, o la conquista de la mujer, son muy variadas en todas las tribus y razas, ya

(1) Del Paraguay, se entiende; esta leyenda es de la época colonial. También se usa ofrecer una vela a San Benito; pero como este Santo es negro, no es difícil que lo confundan con el negrito del pastoreo o viceversa.

(2) Esta leyenda es de origen brasilero.

sea que se trate de una legítima y duradera posesión, o de una simple seducción transitoria.

En países primitivos, tan afectos a la leyenda y a lo sobrenatural como la región que me ocupa, el caso de la simple seducción es muy general, dada la vida seminómada de los habitantes, su origen y la herencia indígena que pesa sobre ellos todavía.

Por eso no es extraño que empleen ciertos talismanes o Payés, en cuya eficacia tienen una fe ciega, ya que también muchas personas civilizadas los emplean, convencidas de su poder.

A mi buen amigo don Patricio Gamon, de Villa Azara, quien tantos datos me dió, debo también muchos de los siguientes, que se refieren principalmente a los paraguayos y guaraníes (1).

Talismán para hacerse invisible a voluntad. — Un día viernes, porque ese día es el apropiado para todas estas cosas, hay que matar un pájaro muy raro, el Tingazú (2), y ese mismo día se lleva a un lugar desde donde no pueda oirse el canto del gallo; allí se cava un pocito y se entierra el desgraciado pájaro, después de haberle agujereado la cabeza y colocado con un poco de tierra tres habillas en los sesos.

Ocho días después se va a ver si han brotado las

(1) Los indios guayanás, de origen camé, habitan principalmente sobre el Alto Paraná, en una pequeña aldea denominada Villa Azara; puede decirse que ya están incorporados a los paraguayos y muy mezclados con ellos; según parece, son descendientes de los restos de las reducciones jesuíticas, allí refugiados.

(2) Es el Cuclillo: "Coccigus cayanus". (Azara No. 265).

semillas, conduciendo una criatura inocente. Entonces el operador saca una de las tres hojas que han nacido y poniéndosela en la boca pregunta al muchacho, que está a una distancia de diez o doce varas, si lo vé, a lo que contesta que sí; toma la segunda hoja y repite la misma operación, con igual resultado; al fin, con la tercera hace lo mismo, pero esta vez ya el muchacho no lo vé y naturalmente se pone a llorar y a buscarlo.

Viendo que el talismán surte efecto, saca la hoja de la boca y vuelve a ser visible para el muchacho; el operador guarda entonces la hoja, para emplearla cuando la necesite.

Este talismán es muy buscado por los Don Juanes nocturnos; felizmente para la humanidad, nunca lo consiguen, pero puede muy bien servir de pretexto.

Talismanes para el amor. — Para ablandar el corazón de alguna mujer inaccesible a las protestas de un galán, es muy eficaz, según dicen, escribir el día viernes, con la séptima pluma del ala izquierda del pájaro Urutaú (1).

Las mujeres rebeldes no resisten si se les pide el sí en viernes santo.

Hay muchos otros procedimientos, pero estos entran en la categoría de los Payés, como los confeccionados con el cabello de la mujer requerida, pie-

(1) Urutaú ("Nyctibius cornutus") es un pájaro de la familia de los "Caprimúlgidos", cuyo canto refieren al llanto los poetas.

dra imán y cera; las cerdas de colores determinados, colocadas dentro de los cigarros con que se invita (1); el llevar escondida una aguja comprada en viernes o llevar consigo recortes de las diez y nueve uñas, menos la del dedo pulgar de la mano derecha (2). Entre los indios Cainguáes el forro de las colmenas que hace la abejita *Yetey* dentro de los árboles, es reputado buen Payé. Estos indios fabrican también un brebaje con jugos de distintas yerbas preferidas por los animales, como el toro-caa (yerba del toro), el tapü-caa (yerba del tapir), mutú-caa (yerba de la perdiz), lorito-caa (yerba de las cotorras), Guachu-caa (yerba del venado), todo esto mezclado con miel de Mandoví, una abejita silvestre del grupo de las Meliponas.

Pero nada surte más efecto que llevar en el bolsillo un pequeño envoltorio que contenga una mezcla de sesos y plumas de Caburey (3) junto con bermellón. Este último talismán es muy usado en Misiones y aun en Corrientes. Hallándome en esta ciudad, un indio Chunupí, con gran misterio, sacó de entre un atadito unas plumas de Caburey que me quiso vender diciéndome "para

---

(1) No hay que olvidar que en esa región suelen fumar los dos sexos.

(2) Sobre las uñas, es muy general la creencia de que ejercen una acción atractiva sexual; en Buenos Aires, cuando un hombre anda trastornado por una mujer, es frecuente oir decir que le han dado cerveza con uñas.

(3) Caburey ("Glaucidium ferox") es una lechucita llamada también Rey de los pajaritos.

china!!", es decir, bueno para seducir chinas; deduje que este artículo debe ser buscado por los Tenorios del bajo pueblo y representa para esos indios un objeto de comercio.

Los indios Cainguáes tienen también la creencia de la eficacia del bermellón, y los peones yerbateros raspan los tarros de pólvora, que generalmente se hallan pintados de color rojo, vendiéndoles el polvo como bermellón, por gallinas, mandioca u otros alimentos.

Los Cainguáes, cuando quieren conseguir alguna india, le muestran el bermellón y la invitan a acompañarlos al monte, diciéndoles que si no lo hacen se llenarán de horribles llagas; ante tal amenaza difícilmente resisten.

Aparte de que puedan realmente creer en la eficacia de estos talismanes, me inclino a creer que suelen ser pretextos para vindicar la inocencia en cualquier caso, y más de una seducida ha de decir entre llantos y sollozos, al sufrir reconvenciones, cuando la naturaleza concluye la obra empezada por el amor: "¿Y qué culpa tengo yo si él tenía Payé de bermellón y Cuburey?"

Las mujeres, en cambio, una vez que han conseguido amante o novio, difícilmente lo largan, para lo cual pueden usar ciertos procedimientos aconsejados para *ligarlos;* éstos se basan en dar a beber disimuladamente, en el mate o en cualquier cosa, y aun en los cigarros, pequeñísimas dosis de

sangre menstrual, o sencillamente hacer que el hombre duerma sin apercibirse sobre alguna pieza de ropa interior manchada con lo mismo.

Además, para estar seguro el uno del otro y saber a qué atenerse, puede arrancarse durante el sueño cualquier secreto colocándole sobre la boca del estómago y comprimiéndolo suavemente, un saquito conteniendo un poco de tierra extraída sobre una sepultura y hacerle las preguntas correspondientes.

Si el hombre se declara culpable, puede reducírsele a la impotencia, ya sea ligándolo o simplemente colocándole debajo de la almohada un ajo macho.

Si una persona tiene cola de paja, no debe sentarse en ningún mortero, sobre todo si no quiere que la madre de la joven que festeja lo llegue a pillar.

En los noviazgos no se debe comer en la olla, so pena de que llueva el día de bodas.

Casados ya, en el momento del parto es de lo más eficaz, para que no haya novedad, colocarse el sombrero del marido, o atarse sus calzoncillos alrededor del cuerpo, y en último caso fajarse con la cincha de la montura de su caballo.

En aquella región existe también la leyenda de la "Mula ánima", que es de origen español, pero bautizada en guaraní bajo el nombre de *Tatá hujá;* también se refiere a la "mujer de cura aban-

donada por éste''; y se presenta igualmente, en forma de mula que anda de noche echando fuego por los ojos, tascando el freno, corriendo por todas partes y produciendo grandes ruidos, con lo que espanta a los otros animales.

IV.—Supersticiones relativas a los animales

De acuerdo con la variedad de su fauna, abundan en esta región las supersticiones y leyendas en que los animales representan un papel importante. Muchas son, sin duda, de origen español; pero en otras se advierte el origen indígena, aunque más tarde fueron cristianizadas.

Empezando por los monos, se cree que los comunes, del género *Cebus*, en su origen fueron niños; hallándose trepados a un árbol comiendo fruta, fueron maldecidos por la virgen, por haberse burlado de ella, pues a su pedido de darle fruta para el niño Dios, le tiraron cáscaras.

En cambio el Carayás o mono barbudo, del género *Mycetes*, fué un hombre (aba cué), maldecido por su padre por haberse burlado de él durante su borrachera. Es el cuento de los hijos de Noé.

De los carnívoros, al Puma o León (Felis Concolor) temen matarlo con arma de fuego, porque, como es muy inteligente, comprende lo que le espera y cuando le apuntan se pone a llorar.

Sospecho que en esta conseja debe de haber

alguna leyenda antigua que no he podido descubrir. Sin embargo, me inclino a creer que haya en ella un resto de totemismo.

El tigre tiene un gran papel en las leyendas de metamorfosis, como la del Yaguareté Abá, por ejemplo, de la que me he ocupado en otra oportunidad con mayor extensión.

Es creencia que este animal tiene que hacer todas las noches siete leguas de camino. Por otra parte, el hueso del pene de este animal, envuelto en un fragmento de su cuero, es llevado al cuello para tener fuerza y valor personal (magia simpática).

Este amuleto debe ser extraído personalmente.

Una noche, hallándonos acampados en la costa de un arroyo, mientras hacíamos la cruzada desde el Alto Uruguay al Alto Paraná, por la Picada de Paggi a Paray-Guazú, observé con extrañeza que mi tropero (brasilero) ponía cuatro tizones encendidos en el suelo, en forma de cruz, y orinaba sobre ellos; luego los tomó uno por uno, y diciendo ciertas palabras que no pude distinguir, tiró uno a cada viento. Interrogándolo respecto de su curiosa práctica, me respondió que era para que no se acercasen los tigres, teniendo por muy eficaz aquel conjuro.

Otro de nuestros peones, brasilero también, llevaba sobre el pecho un gran escapulario, que, según él, le había salvado la vida, refiriéndome lo si-

guiente: Hallábase mi peón (Márquez se llamaba) zapecando (1) yerba, cuando sintió que el escapulario le golpeaba tres veces en el pecho; sobresaltado se dió vuelta y vió cerca de él un tigre en actitud de atacarlo. Asustado, le tiró con un tizón y salió disparando a gritos; sus compañeros acudieron, y dando sobre el rastro con los perros, se internaron en el monte, no sin antes prohibirle a Márquez los siguiera, pues como se hallaba con escapulario no darían con el tigre; tiene aquél la virtud de ahuyentar las fieras.

Lo sucedido con Márquez es explicable: el tigre, cuando está por saltar sobre su víctima, produce un ruido cartilaginoso con las orejas, que por allí dicen de castañetas, y naturalmente de un modo instintivo el peón, al oirle, dió vuelta y miró; en cuanto al escapulario, nada tiene de extraño que le hubiera golpeado el pecho, dada la posición agachada en que se encontraba, el movimiento propio de su trabajo y el tamaño del mismo.

Ya hemos visto la participación que tienen los perros para descubrir las brujas; aquí sólo agregaremos que anuncian también la visita de personas extrañas revolcándose en el suelo.

---

(1) Zapecar yerba es un término de los yerbateros brasileros que indica la primera operación que sufre la hoja después de cortada del árbol y que se reduce a chamuscarla ligeramente sobre un gran fuego que se hace allí cerca.

En los yerbales paraguayos a esto llámase overear la yerba.

El Aguará (*Canis Jubatus*) proporciona el riñón que, seco y colocado en la extremidad de un palo, sirve para matar las serpientes venenosas con sólo acercárselo.

El Anta o Tapir, además de servir de remedio para algunas enfermedades, da fuerzas a los que usan correas para cargar bultos hechas con su cuero (magia simpática).

El cerdo es la cabalgadura del fantasma del monte llamado *Caapora*; pero esto es sólo por extensión, pues la verdadera cabalgadura es el Chancho del Monte o sea un *Dicotyle;* los guaraníes llaman también al cerdo *Cristiano cué,* y en un relato del nacimiento de Cristo dicen que ese cristiano se transformó en cerdo por haberse quedado dormido y no haber ido a saludar al niño Dios.

La Comadreja o Micuré (*Didelphis*) en esa misma oportunidad tampoco se presentó, por estar recién parida y sucia, a pesar de su buena voluntad, habiendo sido premiada por esto con la bolsa marsupial.

El Oso hormiguero o *Jurumí* (*Mirmecophaga jubata*) tiene fama de preñar a distancia, con sólo mirar la hembra.

Las aves abundan también en las leyendas; ya conocemos el gran papel que desempeña el Caburey (*Glaucidium ferox*) en la fabricación del Payé. Es también consecuencia de la magia simpá-

tica. Como creen que este animal atrae a los pájaros, sus plumas conservan el poder atractivo y pueden emplearse para atraer mujeres.

El Ñacurutú o buho (*Buho Magellanicus*) magnetiza al gato y a otros animales.

El Cuervo negro (*Cathartes*) anuncia lluvia, y nunca le tiran porque la escopeta queda húmeda para siempre.

Anuncia también lluvia el Tucano (*Rhamplastos*) cuando cambia de isla (de monte); el Saracura (*Aramides Saracura*) cuando canta, anuncia viento norte o cerrazón (1).

El Casero u Hornero (*Furnarius rufus*) no debe matarse ni destruir su nido porque estos hechos producen tormentas.

La Perdiz común (*Nothura maculosa*) no puede beber sino cuando llueve, pues las gotas deben venir del cielo cuando quiere la virgen, siendo que ésta la maldijo y la dejó sin cola por haberle espantado el burro que montaba en la huida a Egipto.

La Perdiz del Monte o Macuco (*Cripturus obseletus*) preserva de las mordeduras de serpientes con sólo llevar consigo su cabeza seca. (2)

---

(1) El caballo cuando se pone catingoso anuncia también lluvia y el lobito de agua ("Lutra") cuando nada aguas arriba anuncia bajante del río.

Los guayanás dicen que llueve cuando canta "el araí ya" (dueño de la lluvia).

(2) También da el mismo resultado una cola de serpiente.

El Picaflor es considerado animal sabio, y colocado debajo de la puerta de entrada de un negocio atrae a la clientela; entre los Kaingange, cuando vuela cerca de los ranchos, es indicio de novedades.

El Pitanguá o Guira mitá (*saurophagus*), cuando canta cerca de una casa anuncia preñez o próximo nacimiento; en cambio cuando pasa el Anó o Yaguazú Guirá anuncia la muerte de alguien.

Sobre el Urutaú (*Nictibius Groseus*) hay dos versiones. Una es que fué una persona que no quiso visitar al niño Dios y por eso llora arrepentido desde noviembre a enero. La otra es también aplicada al Carau (*Aramus Scolopacius*) y fué una joven que hallándose en un baile, le avisaron que su madre se moría; como estaba muy entretenida no se apuró, encontrándola muerta al llegar a su casa. Tanto fué su dolor que se transformó en pájaro que llora siempre. Al Urutaú le llaman también *Güeimí-cué* (vieja que fué).

Entre los cantos populares hay unos versos en que se hace mención del Urutaú bajo este nombre:

Vide en Amante pareja
el Mocoí-cogoé (es una perdiz),
y por la noche asemeja
una tristísima queja
el canto del Güeimí-cué.

Entre los cainguáes existe la creencia de que

cazando con cimbra un Carau y revoleándolo vivo de una pata se le hace llorar; recogiendo las lágrimas en una hoja y colocándola detrás del chiripá o taparrabo de la mujer, ésta llorará por el amante o marido durante su ausencia.

El Gallo tiene fama de haber dado el primer grito cuando el nacimiento de Cristo, anunciando la nueva; el buey preguntó: *¿dónde?*, la oveja respondió: *en Belén,* y el lorito dijo: *creo.* Como se ve, estas palabras, arregladas de acuerdo con la más o menos exacta semejanza de los gritos de estos animales, resultan onomatopéyicas.

El Chajá (*Chauna chavaría*), que generalmente vuela en parejas, tiene esta leyenda sobre su origen, basada también en lo anterior.

Dos muchachas se hallaban lavando a la orilla del río cuando llegaron Jesús y San Pedro; habiéndoles pedido agua para beber, le alcanzaron espuma de jabón y por esto fueron maldecidas; al quererse ir, por decir *yajá,* que en guaraní quiere decir vamos, dijeron *chajá* y salieron volando transformadas en pájaros. Desde entonces su cuerpo tampoco sirve para nada, pues su carne dicen que es pura espuma, de donde proviene el conocido dicho popular: "Pura espuma como el chajá".

Entre los reptiles, el Teyú de las casas, es decir una lagartija, posiblemente el *Acrantus viridis,* llamada *Ambere,* proporcionaba su grasa a los muchachos de escuela para untarse las manos y que-

brar las palmetas de aquellos célebres maestros de antaño, entre cuyos preceptos se encontraba el famoso "la letra con sangre *dentra*"; en Buenos Aires, los alumnos contemporáneos de los paraguayos que nos ocupan, creían obtener el mismo resultado confeccionado en la misma palma de la mano una cruz de pelos pegados con saliva.

De la Iguana (*Podinema teguixin*) se extraen anillos de la cola para evitar las insolaciones; este es otro caso de magia simpática, pues como ellos ven que estos animales generalmente se encuentran bien al sol, creen que sus anillos caudales pueden comunicar esa misma resistencia a los que los llevan.

Las serpientes, en general, son muy temidas, pues en aquellos lugares abundan las venenosas, y, como hemos visto ya, varios son los payés usados para precaverse de sus mordeduras.

No conozco sino pocos casos en que estos animales sean objeto de prácticas supersticiosas.

Cuando se encuentran dos juntas se aprovechan para el juego, como veremos.

Existe, sin embargo, un juego que aún se practicaba en San Cosme en la época de estos apuntes; parece corresponder a una antigua ceremonia cuyo significado habría que rastrear; apunto sólo el dato. Este juego consiste en tomar viva una serpiente de cascabel o de la cruz — que son las más temibles, — se les ata bien la boca, para que no puedan morder, y sobre la cabeza se ata también un premio en dinero: uno o dos pesos.

El que desea obtener el premio, necesita retirar el dinero de la cabeza de la víbora sin hacer movimiento involuntario alguno al ser agredido por la serpiente. Huelga decir que muy pocos son los que pueden conservar su sangre fría al recibir la atropellada del reptil. Difícilmente matan a las víboras cuando viajan, porque temen tener contrariedades (1).

V.—La Hormiga de Corrección (2)

Una noche, hallándonos comiendo en una casa de Tacurú-Pucú, sentimos un inusitado tropel de ratones por el techo, y vimos caer unas cucarachas y grillos sobre la mesa; inmediatamente corrió el grito: ¡La Corrección! ¡La Corrección! y todos salimos fuera.

Un inmenso ejército de hormiguitas había invadido la casa por un costado y avanzaba amenazador, sin que nada le detuviese, recorriéndolo todo. Los gritos de los ratones se oían más seguidos y continuamente percibíamos el ruido de algún cuerpo que desde el techo caía: cucaracha, grillo, araña, etc.

Aquel bochinche diminuto, que debería ser te-

---

(1) Igual creencia tienen si encienden un nuevo fuego en un fogón antiguo.

(2) En la obra del doctor Holmberg, Viaje a Misiones, pág. 228, se hallan datos interesantes sobre este animal.

rrible con un micrófono, aumentaba; parecía una ciudad tomada por asalto; las hormigas en masas compactas subían, bajaban, lo registraban todo en su marcha, y ¡ay del animal que encontrasen por delante!: miles se le prendían en las patas, en el cuerpo, en la cabeza, por todo, mordiéndolo con furor.

Aquella avalancha liliputiense era inexorable, limpiaba y seguía limpiando de huéspedes incómodos.

Una hora después, el ejército abandonaba la plaza conquistada, para empezar en otra su tarea benéfica. Tuvimos suerte, porque si nos agarra en cama, hubiéramos debido necesariamente escapar en paños menores.

Allí dicen que si el hombre no se mueve mientras la Corrección le pasa por encima, no lo muerden; pero ¿quién puede resistir impasible aquella cosquilla sombría de miles de hormigas que durante un cuarto de hora se divierten en pasearse por el cuerpo, por la cara, por el pelo, etc.? Se necesitaría tener, no sólo sangre de pato, sino también ausencia completa de sensibilidad en la piel.

Muchas personas cuando encuentran la Hormiga de Corrección la convidan para que pase por sus casas, para que las limpien; algunos lo hacen en versos, como estos:

Hormiguitas, hormiguitas,
pasen por casa juntitas

para limpiar los rincones
que están llenos de bichos y ratones.

Y aseguran que la Corrección acepta la invitación y pronto se aparece en la casa a prestar sus servicios.

Otros, por el contrario, creyéndolas inútiles y por evitarse el fastidio de tener que saltar de la cama a deshoras de la noche, rodean la casa con ceniza, o, cuando las encuentran, hacen una cruz delante de ellas, en el suelo.

Lo cierto es que una vez que se retiran, dejando la casa sin bichos, no se puede cantar victoria, porque los fugitivos, pasado el peligro, vuelven a ocupar sus puestos de costumbre.

VI.—Supersticiones relativas a las faenas rurales

La vida rural está sujeta a un gran número de supersticiones y prácticas supersticiosas, que se siguen con más o menos fe según las mayores o menores condiciones de alejamiento de los centros poblados y el carácter étnico del personal de peones que actúan en ella.

El peón del Alto Paraná, paraguayo o correntino, es uno de los mejores que conozco, sin entrar a juzgar sus condiciones personales, que pueden ser a veces pésimas; posee, en cambio, una admirable adaptación a los más variados

trabajos, casi todos muy penosos; generalmente es excelente jinete y hasta domador, buen trabajador con el hacha en los obrajes de maderas, buen peón para lidiar con tropa de mulas y con carretas de bueyes; yerbatero eximio en cualquiera de las múltiples faenas que se requieren en esta explotación, y, por fin, nadador, constructor de balsas con el agua hasta el pecho, y navegante por ese río lleno de peligros, entre mil piedras, correderas y remolinos.

Y ante todo esto, sonriente siempre entre las mayores penurias, plagas de insectos y necesidades sin fin.

Estos hombres que constantemente tienen que hallarse cara a cara con el peligro siempre renovado entre esas selvas casi vírgenes, ríos torrentosos, fieras, enfermedades y asechanzas de todo género, y que después de toda esa *vía crucis* no tienen más compensación que el alcohol, el juego o la Venus barata, no pueden menos que ser en extremo supersticiosos.

Como la vida es por fuerza nómade, cambiándose de campamento de tiempo en tiempo, o en las estancias se trae ganado de otras partes, una de las primeras operaciones es la de aquerenciar los animales. Hay varios sistemas para ello.

Si se trata de vacas, lo mejor es cortarles un mechón de pelos de la cola y enterrarlos en la tranquera del corral. Si son caballos de afuera,

ponerles una trenza de su misma crin, untada con grasa de gallina; es creencia que la gallina se aquerencia en cualquier parte. Si el caballo es entero, al evirarlo enterrar los órganos extraídos en la puerta del corral; si se le evita esta operación, se le arranca una cerda, se coloca dentro de un caracol, se tapa con cera virgen y se entierra en la misma parte. Si es un perro no hay nada mejor que envolverle la cabeza con la camiseta o calzoncillos del patrón.

A los pollos, para preservarlos de las pestes, el remedio es colocar en la cocina, cáscaras de huevos de la nidada en un platito.

Si se carnea, hay muchas personas que no comen la carne el mismo día porque creen que necesita más de veinte y cuatro horas para estar muerta del todo. Si la víctima ha sido un ternero es necesario que la vaca madre no lo extrañe; para esto basta con golpearla desde lejos con la pata del hijo.

Como es muy frecuente que los animales se lastimen entre el monte, y por lo tanto se agusanen las heridas a causa de las moscas, la curación se hace por medio de ceremonias o palabras. He podido recoger dos. Una de ellas consiste en hacer un nudo corredizo con una paja y mirar al sol por el agujero hecho así, ir cerrando éste poco a poco mientras se reza un padre nuestro y luego tirar hacia atrás la paja anudada. Esta operación es necesario repetirla tres veces.

El segundo método es brasilero y se efectúa con tres pajitas de igual tamaño que se colocan en la boca, una al frente y las otras dos divergentes en las comisuras de los labios. Se van arrojando una a una hacia atrás, repitiendo cada vez las siguientes palabras que son un conjuro:

"Bicho que estáis en esta Bichera
que a Deus no alabáis
morto seráis".

Los domadores tienen también sus prácticas; muchos acostumbran poner en el mango del rebenque un hueso del pescado raya; otros usan llevar en el bolsillo derecho del pantalón un trozo de piedra imán, porque creen que al bolear la pierna sobre el lomo del animal, éste, bajo el influjo de la piedra, queda dominado.

El jinete que quiera domar y no caerse del caballo debe levantarse muy temprano, y cuando sale el lucero cebar bien un mate y ofrecerlo con buena voluntad a una persona anciana del sexo masculino; luego que lo ha tomado, se saca la bombilla y vuelca la yerba, haciendo corcovear el mate, porque así corcovea el caballo.

Una vez hecho esto, se saca con el dedo la yerba que no ha caído y que siempre queda pegada al mate, para refregarse con ella las piernas, montando inmediatamente, seguro de no caerse. No deja de ser interesante esta comparación entre el

mate y el caballo, y entre la yerba y el jinete; es una ceremonia de magia simpática.

Para enlazar animales sin errar tiro de lazo, se debe raspar con el cuchillo la punta de una mano de mortero que sea de madera de alecrín. Luego se mezclan las raspaduras con cera bendita y se coloca el todo en un trapito, en el remate del lazo, donde se ata la argolla.

Pero aún hay otro payé mejor para el lazo, aun cuando su preparación es algo difícil.

Al efecto, el jueves santo, hay que buscar y elegir una palma pindó y limpiar el terreno alrededor del tronco, pidiéndole al mismo tiempo que no haya animal que al ser enlazado no caiga al suelo.

Al día siguiente, viernes santo, bien de madrugada, antes de que se oiga el canto del gallo, se extrae al pindó un trocito de la raíz, del lado que sale el sol primero, y luego se repite la operación del otro lado, curando las heridas con bermellón y cera virgen cruda, reservándose una parte de esta mezcla.

Luego el hombre debe ir solo a enlazar y voltear un padrillo — cosa muy difícil — y una vez en el suelo pedirle cariñosamente fuerza para casos análogos, cortándole, al mismo tiempo, un poco de la crin de la cruz para mezclarla con la cera cruda, el bermellón y los pedacitos de raíz de pindó, para colocar todo envuelto en un trapito en la argolla del lazo.

El lazo hecho con este payé no sólo no erra tiro, sino que no hay animal, por fuerte que sea, que no se le venza.

Es tan fuerte el payé que si se deja el lazo olvidado en el corral y el dueño se aleja, el lazo lo sigue, sobre todo a la hora de siesta, porque siente el sol; llegado el lazo a las casas, penetra sólo en el galpón y se arrolla automáticamente.

Como es natural estos lazos no existen, pero en las consejas populares se asegura que famosos domadores o enlazadores los han tenido.

VII.—Supersticiones relativas al juego

El juego, como he dicho, está profundamente arraigado y forma parte de la vida de esa gente; muchas veces juegan pequeñas cosas porque no tienen más: pilchas de ropa, tabaco de mascar, etc.

Como no se resignan fácilmente a dejar todo librado a la suerte ciega, tratan siempre de ganar, echando mano de todos los medios ilícitos posibles, que en esa curiosa mentalidad supersticiosa toman el carácter de simple viveza.

Si dos peones trabajan en el monte, en el corte de madera y cruzan una apuesta es seguro que, por lo menos, uno de ellos ha colocado en el ojo del hacha un poco de piedra imán (Curundú), en la creencia de que lo ayudará a vencerlo, renovándole

las fuerzas hasta que el otro se aburra y deje el campo.

Si se trata de riñas de gallos, harán tragar un poco de azogue al preferido; si no lo pueden conseguir, rasparán el reverso de un espejito para dárselo.

Muy poderoso talismán es fabricar el bebedero del gallo de riña con madera de la astilla de árbol que más lejos haya sido arrojada al ser fulminado por un rayo.

Si se hacen empollar los huevos sobre bosta de mula también será bueno; y si se desea que el gallo tenga pelos en las patas no habrá más que hacerlos empollar sobre algodones.

En las carreras de caballos es excelente el procedimiento de cortar los pelos de las ranillas de las patas del caballo contrario, para que pierda fuerzas y no pueda ganar; esto recuerda un poco la leyenda de Sansón, y quizá por analogía crean que el medio es eficaz.

Para hacer perder al caballo se le arranca una cerda de la cola y con ella se manea un sapo, el que se entierra vivo en el andarivel donde aquél debe correr.

Para el juego de cartas hay muchos sortilegios, desde velar durante una noche el naipe hasta untarse los dedos con piedra imán antes de cartear.

Otros, el Jueves Santo entierran en un lugar

retirado parte del naipe, a las 12 de la noche, y vuelven a recogerlo a la misma hora al día siguiente, Viernes Santo; creen encontrar entonces en ese mismo lugar a "alguien" que les dirá cuál será la suerte que tendrá ese año en las jugadas.

Si un jugador al ir a jugar se encuentra en un camino con dos caracoles juntos, o dos víboras en igual caso, aprovechará para extender un pañuelo de seda nuevo de manera que esos animales crucen por encima de él; logrado esto, levantan las cuatro puntas colocando dentro un naipe nuevo y atando en una de esas puntas el dinero destinado a jugar.

Un gran Payé es el del caballo que debe ser de color uniforme (tapado), sin ninguna pinta de color blanco; para ponerlo en condiciones hay que hacerle ayunar tres viernes seguidos. Al amanecer del último sábado le liman un poco los dientes de adelante y mezclan lo extraído con cera virgen, raspaduras de un naipe y bermellón, con lo que hacen una pelotita que guardan secretamente en su persona.

Al ir a jugar van montados en este animal que les dará suerte mientras coma, para lo cual el jugador va acompañado de un amigo que se encarga de mudar constantemente de pasto al animal para que no interrumpa su comida y con ello la suerte de su dueño.

A pesar de estos payés, otros jugadores se preca-

ven tratando de saber si tendrán suerte o no, para lo cual encienden simultáneamente dos mechas de algodón, iguales, y ven cuál es la que se consume primero; o si no hacen elegir, por medio de un niño inocente, una entre dos monedas, también iguales.

IX.—Supersticiones relativas a los vegetales

También los vegetales pagan su tributo a la superstición popular.

La yerba mate es reputada como árbol santo, y ya hemos visto que su madera es buscada para fabricar santitos, payés, etc., para ser buenos jinetes, y para otras cosas.

Los indios Cainguáes tienen fama de tener adivinos. Estos toman la yerba canchada, la ciernen con un cedazo, la colocan sobre un banco y la queman, mientras que, cubiertos con un gran lienzo, aspiran el humo; así empiezan a hablar, prediciendo el porvenir.

Para esta operación es menester que el día sea sereno y haya buen sol.

Más adelante, al tratar de los fantasmas del bosque de este Folk-Lore, veremos la importancia que tiene la yerba, a punto de tener su personaje mítico especial.

La higuera y el banano tienen "póra", es decir, se cree que en ellos hay como incrustada una especie de alma o fantasma, que de vez en cuando

produce quejidos; para no oirlos se prefiere tener estas especies lejos de las casas.

Al banano le han creado una leyenda igual a la del negrito del pastoreo; dicen que es el alma de éste la que se queja, al reventar y dar su fruto.

Dicen que en las plantas de banano hay machos y hembras; cuando alguna no da frutos la hacen abrazar con un hombre para que dé.

De la higuera dicen que florece en Viernes Santo y da sólo una flor; como ésta es un gran Payé, conviene recogerla. Para ello es necesario ir solo con una sábana, a las 12 de la noche, porque a esa hora cae al suelo; pero el hombre debe ser muy valiente, pues tiene que pelear por su posesión con seres invisibles que le tironean de la sábana, y le hablan a través de porongos o mates para asustarlo.

También el Amambay florece en Viernes Santo y en Noche Buena; pero sólo la primera flor es Payé y para obtenerla es necesario ser muy rápido y estar con la vista fija, para poder tomarla en cuanto abre la flor, pues hay muchos seres y animales que están también en acecho y hay que ganarles el tirón.

Para salvar la mandioca de las heladas es bueno proporcionarse un contra, que es una rama de la misma planta cortada en Viernes Santo.

Para obtener buenas cosechas, se tira en las en-

crucijadas de los caminos que van a los ranchos, chala de maíz y cáscaras de maní.

Hay un maleficio llamado "Caraguatay" que parece es empleado en las venganzas por cuestiones sexuales: abandono del amante o despecho de rechazados.

Felizmente es muy raro. En el Paraguay hay un dicho muy antiguo *"Ombó Caraguatay"*, es decir: le han aplicado el Caraguatay.

Su origen debe ser indígena; como dato es muy importante, pues recuerda otro procedimiento parecido, usado en Java por las mujeres abandonadas (1).

El Caraguatay es una planta parecida a un pequeño cardo; su traducción sería pequeño Caraguatá, que es una bromeliácea espinosa. La conseja popular dice que aunque parezca planta no lo es, sino un conjunto de gusanos diminutos, que mantienen a su alrededor la tierra seca y estéril. Es

---

(1) En Java, los blancos casados con malayas no pueden volver a Europa. He aquí lo que cuenta el viajero Desiré Charnay:

"S'il brave l'interdiction, la vengeance veille implacable: il ne saurait l'éviter, il est de plus sans défense contre elle. C'est le poison sous toutes ses formes, poison lent, inconnu et ne laissant aucune trace".

"Si l'homme part, la femme ne montre ni désespoir ni colére; sa douleur, comme son ressentiment, est silencieuse. Une fois en route, le mari éprouve un malaise, il maigrit; les digestions se troublent, sa maigreur augmente, il devient étique, c'est un cadavre.

Le médecin appelé á le soigner ne connait rien á ce cas bizarre, ses ordonnances son vaines. L'état du malade empire; trois mois, six mois, il traine une existence douloureuse sans

muy peligroso recogerlos; hay que colocarse en favor del viento y volcarlos sobre un papel con la hoja de un cuchillo; luego se dan a la persona a quien se quiere hacer daño, mezclados en cualquier comida o bebida, pues son tan pequeños que aislados no se ven. A la víctima, al tiempo de haberlo ingerido, se le producen llagas en distintos puntos del cuerpo y muere en medio de dolores atroces.

En Java, según Molins, se usa como veneno el pelo corto y negro que rodea el nudo del bambú verde y que produce el resfrío incurable, la bronquitis crónica o la tisis pulmonar, según vaya a establecerse en las fosas nasales, bronquios o pulmones.

Es muy singular que en el folk-lore americano se halle un sinónimo de esta costumbre malaya; tenemos otras coincidencias curiosas, como el uso de la cerbatana y flechitas venenosas del mismo tipo, los trofeos de cabezas de enemigos, etc.

---

qu'un accident quelconque vienne éclairer l'homme de l'art; puis, en fin, des tumeurs se forment aux flancs, á l'abdomen, aux poumons, et le malade s'éteint dans des douleurs intolérables. Oú était ce poison? D'oú vénait la maladie? Du bambou. Le bambou est un roseau qui semble des plus inoffensifs; oui, mais il posséde au dessous des gaines qui garnissent chaque nœud de sa tige une multitude de petits dards imperceptibles, poussière de fléches acérées, que la femme a su mêler aux aliments du mari avant son départ. Ces dards ont envahi l'organisme, pénétré dans les poumons, déterioré l'estomac ou perforé les intestins; les abcés ne sont que le résultat final de l'introduction de corps étrangers dans les organes." (Tour du Monde: "Six Semaines à Java", 1880, 1er. Livre.)

X.—Supersticiones terapéuticas

La medicina de la campaña parte del aforismo popular de que los remedios de botica pierden su eficacia fuera del pueblo; por eso, en el campo, hay que recurrir a otra clase de agentes terapéuticos.

Naturalmente los payés son los remedios por excelencia; pero como la humanidad no se resigna fácilmente a esperar la acción sobrenatural sin la ayuda de algo positivo, tiene que satisfacer esa necesidad empleando una cantidad de substancias, algunas por demás estrambóticas.

No me he ocupado en recoger datos sobre el empleo de los vegetales, porque en su mayor parte están contenidos en la conocida obra del Hermano Montenegro, y casi todos se usan sin carácter supersticioso, si exceptuamos la lima agria que sería un sánalo-todo, siempre que fuera recogida a las doce de la noche de un Viernes Santo.

Los remedios animales son de lo más disparatado, lo que, por otra parte, no es de extrañar, puesto que en la farmacopea europea se empleaban muchos otros semejantes sin que se ruborizaran ni los que los ordenaban ni los que los expendían.

Algunos de los que aquí indico eran usados por los mismos españoles en la época colonial, como la pezuña del Anta (*Tapirus Americanus*), que se tomaba raspada o pulverizada en forma de te en

cualquier cocimiento aromático, ya fuera para el mal de corazón, ya para detener la hemorragia consecutiva de un parto.

Para esto último se tenían por muy eficaces las arañas que se encuentran almacenadas en los nidos de barro de la avispa albañil (*Pelopeus figulus*), conservadas en alcohol de caña.

Un barbijo o barboquejo de cuero de tigre, cura las torceduras de aire del pescuezo.

Un emplasto de tres moscas pisadas con cera virgen hace madurar la parte donde se ha introducido una espina, facilitando, por lo tanto, su extracción.

El cuero del ratón, pelado y fresco, aplicado a una herida de bala, permite la extracción de ésta; pero el gran remedio es tener una "contrabala", formada por un objeto similar de cera virgen con la punta de asta de toro.

El mismo cuero de ratón puede servir para hacer correr un tumor de un lado a otro, y los polvos de este animal asado son excelentes para el empacho.

La mordedura de serpiente se cura cortando el grueso de la cola de ésta y aplicando la carne viva sobre la herida: la carne se pone verde por la absorción del veneno. Este remedio es usado también por los indios Vilelas del Chaco.

Nada diré del empleo de las grasas de los diferentes animales, tan difundido en todas las pobla-

ciones rurales y en la terapéutica colonial, tan amiga de untos y de emplastos; sólo apuntaré que la grasa del cuervo negro (*Cathartes urubitinga*), el ave basurera por excelencia, que tiene un olor imposible, sirve para friccionar a los variolosos.

A estos pobres enfermos se les administra también brebajes conteniendo el famoso azúcar del campo, o excremento blanco de perro.

Para precaverse de esta enfermedad se aconseja a los sanos vacunarse directamente con las pústulas de los enfermos o acostarse a su lado.

Contra las epidemias, es muy común en Misiones, como en el Estado de Río Grande del Sur, ver sobre los ranchos y las puertas de los corrales pequeñas cruces de madera, que son colocadas allí como preservativos de las epidemias, tanto en las personas como en los animales.

X.—La Bendición, El Compadrazgo y la Leyenda del Mboi-Tatá (víbora de fuego)

En mis viajes por la región misionera, observé, principalmente en el Paraguay, en muchas casas donde pasábamos, una costumbre harto fastidiosa, y sobre todo incómoda; me refiero a la de pedir la bendición, cuya exageración la vá haciendo ridícula.

A los padres, abuelos, padrinos, tíos, hermanos mayores, personas ancianas y viajeros, las criatu-

ras y muchas que no lo son, piden la bendición con las manos juntas y la cabeza descubierta.

Si sólo se concretaran a pedirla, no sería nada, pero algunos llevan su respeto al extremo de rezar antes un rato delante del candidato y luego piden la dichosa bendición. Y la bendición se pide al levantarse, antes y después de comer o almorzar, y finalmente, al irse a acostar, de manera que a veces es insoportable.

En una casa, como tenía la mano derecha ocupada con el mate, impensadamente eché una bendición con la otra, acompañada de la frase consagrada: Dios te haga un Santo. No lo hubiera hecho así; rápidamente cundieron, con aire de asombro y disgusto, estas palabras ¡¡Le ha echado la bendición con la izquierda!!

Reflexioné; y para no dejarlos con la espina, llamando a la criatura otra vez, hice que volviera a pedírmela, y con mucha seriedad con la mano derecha volví a dársela, con tanta maestría, que la familia quedó muy satisfecha. Nunca me lo habrían perdonado, si no hubiera vuelto sobre mis pasos.

Para pedir la bendición, no se hace cuestión de edad: hay hombres con tamañas barbas que no tienen inconveniente en pedirla. Más aún: he visto a un brasilero, peón de yerbales, que por el sólo hecho de que el señor Manuel Romero, mi compañero de viaje al interior de Tacurú, era hijo de

su padrino de casamiento, le vino a pedir delante de mí, la bendición, lo que no dejó de sorprender a ambos.

Si a un padrino de bautismo el ahijado no le pidiese la bendición, cosa muy rara, sería lo suficiente para que hubiera un gran disgusto entre los compadres, por no haber sabido educar bien a su hijo.

El compadrazgo, entre aquella gente, tiene una gran importancia; es uno de los vínculos más sagrados que pueden unir a dos personas, y en muchos casos de la vida, allí, en medio del desierto, este lazo moral es lo único que puede oponerse al egoísmo innato tan desarrollado en las sociedades semiprimitivas.

En mi primer viaje a Misiones por el Alto Uruguay hice notar la gran afición que tienen los pobladores de la región Misionera del Brasil al compadrazgo; entre ellos llega a la exageración, pues tratan, con una sola criatura, de tener un número considerable de compadres, valiéndose del siguiente procedimiento, bastante original por cierto.

Nace la criatura, y ya tiene sus padrinos señalados para que echen la primera agua, llamada del Socorro; pero si éstos no pueden asistir al acto y se hacen representar, no sólo no pierden sus títulos de padrinos, y por lo tanto de compadres, sino que los representantes, a su vez, los adquieren, de

modo que ya serían cuatro padrinos; pero si éstos a su vez son casados, las respectivas esposas o consortes también adquieren esos títulos, de manera que, sólo para el agua del Socorro, tendría la criatura, en este caso, cuatro padrinos y cuatro madrinas: total ocho.

Para el verdadero bautismo el caso es igual, otros ocho; ya son diez y seis. Para la confirmación, la mitad u otro tanto, de manera que un padre aficionado a los compadres puede tener hasta veinte y cuatro por hijo, lo que es una suma respetable.

Cuando el compadre es celoso de su título y tiene medios a su disposición, a veces se hace cargo, aun en vida de los padres, de la educación del ahijado; pero, en general, rico o pobre, él es el que paga la fiesta del bautismo, y de cuando en cuando, según sus posibles, le hace regalos de ropa, etc.

Entre compadres no es permitido, y se reputa grave falta, el pronunciar palabras obscenas, y si alguno lo hace inconscientemente debe pedir disculpa al otro, so pena de un disgusto serio a causa de hacer poco caso del sacramento sagrado que los une.

Aun más; un compadre puede exigir del otro lo que no se puede conseguir por otros medios, como por ejemplo, el hacerle abandonar una pulpería estando borracho, o que cese una riña que puede

concluir en puñaladas, etc., sin mengua de su honor, puesto que el sacramento está sobre todo.

Hechos de esta naturaleza he observado muchos, y gracias a esto, las comadres, cuyos maridos son algo aficionados a Baco, o al juego, y pasan varios días fuera de casa, van a empeñarse con los compadres para que, validos de su influencia, los reconduzcan al hogar.

El respeto y la protección de los compadres es mutua y nunca uno de ellos permite que en su presencia se hable mal del otro sin defenderlo por todos los medios, aún arriesgando la vida. Para conservar los respetos que se deben entre compadre y comadre, y teniendo en cuenta la fragilidad humana, existe la previsora leyenda del *Mboi-tatá* (víbora de fuego) que se reduce a lo siguiente:

Si los compadres, olvidando el sacramento sagrado que los une, no hicieran caso de él, faltando la comadre a sus deberes conyugales con su compadre, de noche se transformarán los dos culpables en *Mboi-tatá,* es decir, en grandes serpientes o pájaros que tienen en vez de cabeza una llama de fuego. Estos se pelearán toda la noche, echándose chispas y quemándose mutuamente hasta la madrugada, para volver a comenzar la noche siguiente, y así *per secula seculorum,* aun después de muertos.

No sé hasta qué punto temerán algunos compadres al *Mboi-tatá.*

Cap. II.—Fantasmas de la selva misionera

I. La Caá-Yarí (Abuela de la Yerba). —II. La Caá-Porá (Fantasmón del Monte). — III. La leyenda del Ahó-Ahó. — IV. El Yasí-Yateré. — V. El Pombero o Cuarahú Yará (Dueño del Sol). — VI. El Curupí. — VII. El Yaguareté-Abá (El indio-tigre). — VIII. El Lobisome. — IX. Fantasmas del Agua.

I.—La Caá Yarí (Abuela de la yerba)

Esta interesante leyenda, india en su origen, y modificada después, en la época de la dominación jesuítica, es exclusiva de los Yerbales Paraguayos y sus protagonistas son los mineros (1).

Gran parte de ella la debo a la amabilidad de mi particular amigo don Eloy Rodríguez, yerbatero de Tucurú Pucú (costa paraguaya del Alto Paraná), y su complemento lo he recogido en los yerbales, de boca de los mineros, los que tienen por esta leyenda un gran respeto supersticioso; no ha sido poco el trabajo que me ha costado po-

(1) Minero es un término yerbatero, empleado en el Paraguay, que sirve para indicar a los peones que van directamente al monte a desgajar las plantas de yerba mate, y a esta operación se llama: trabajo de mina.

der reunirla a fuerza de trozos dispersos, usando de mucha paciencia.

Dios, acompañado por San Juan y San Pedro, bajó a la tierra y se puso a viajar. Un día, después de una jornada penosa, llegaron a casa de un viejito, padre de una hija joven y bella, a quien quería tanto que para que se conservara siempre inocente fué a vivir con ella y su mujer en medio de un bosque espeso, en donde aun no había penetrado hombre alguno.

El viejito era sumamente pobre; pero, a pesar de eso, tratándose de forasteros, los hospedó lo mejor que pudo, y mató en su obsequio la única gallina que tenía y se la sirvió de cena.

Al ver esta acción, y cuando quedaron solos, Dios preguntó a San Pedro y San Juan qué harían ellos en su lugar, a lo que contestaron ambos que premiarían largamente al viejito.

Dios, entonces, lo hizo llamar, y le dijo estas palabras: "Tú que eres pobre has sido generoso; yo te premiaré por esto. Tú posees una hija que es pura e inocente y a quien quieres mucho; yo la haré inmortal, para que jamás desaparezca de la tierra".

Y Dios la transformó en la planta de la yerba mate, y desde entonces la yerba existe, y aunque se corte vuelve a brotar.

Pero los mineros dicen que en vez de transformarla en yerba, la hizo dueña de la yerba, y que

existe aún en los yerbales, ayudando a los que hacen pacto con ella.

El minero que quiere hacer pacto con la Caá Yarí, espera la Semana Santa, y si está cerca de un pueblo entra a la iglesia y promete formalmente que vivirá siempre en los montes, se amigará con ella, jurando al mismo tiempo no tener trato alguno con otra mujer.

Hecho este voto, se encamina al monte, depositando en una mata de yerba un papel con su nombre y la hora en que volverá para encontrarse con ella.

El día de la cita, el minero debe tener gran presencia de ánimo, pues la Caá Yarí, para probar su valor, antes de presentarse, lanza sobre él víboras, sapos, fieras y otros animales propios del monte, sin otro objeto que el de probarlo.

En recompensa de su serenidad, se aparece la Caá Yarí, joven, hermosa y rubia. Entonces el minero renueva sus juramentos de fidelidad y desde aquel día, cuando va a cortar yerba, cae en dulce sueño, durante el cual la Caá Yarí le prepara el rairo (1) con diez y ocho a veinte arrobas de peso, acompañándole al despertar y ayudándole a sostenerlo por detrás, hasta llegar a la balanza. Como

(1) Rairo es otro término yerbatero, que sirve para indicar el paquete de hojas de yerba colocadas en una especie de red de cuero, de forma cuadrada, y que el minero lleva a la espalda, sujetándola con dos asas debajo de los brazos. Generalmente, pesa de ocho a diez arrobas, o sea 80 a 100 kilos.

la Caá Yarí es invisible para todos, menos para él, se sube sobre el rairo, aumentando así su peso al entregarlo. De esta manera la ganancia del minero es mayor, pues trabaja a tanto la arroba.

Pero, ¡pobre del minero que le sea infiel con otra mujer! La Caá Yarí despechada, no perdona, mata.

Y cuando algún minero guapo muere en los yerbales de cualquier enfermedad, si él ha sido de carácter taciturno, los compañeros se susurran al oído: Traicionó a la Caá Yarí.

La Caá Yarí se ha vengado (1).

Esta leyenda, mezcla de profano y de sagrado, salta a la vista que, en su origen, no debió ser así, pues la primera parte ha de haber sido agregada posteriormente.

El bosque se presta para las leyendas, y raros son los países en que él abunde y no posean algunas, y hasta una misma se modifica muchas veces de provincia en provincia. Así, por ejemplo, esta de la Caá Yarí, en el Brasil toma el nombre de Caá-Porá, y sin variar el nombre sufre modificaciones considerables, según las distintas regiones.

La *Caá Yarí* es uno de tantos *genius loci* que, como la *Caá-Porá*, podrían pertenecer al mismo grupo que la *Pacha-Mama*, o madre o dueña de

---

(1) Inútil es decir que el que tiene pacto con la Caá-Yarí, guarda el más profundo secreto.

los cerros o de la tierra, que domina en la Región Montañosa de la República.

II.—La Caá-Porá (Fantasmón del Monte)

En la provincia de Río Grande del Sur, la Caá-Porá es también una mujer: la dueña de todos los animales del monte, una especie de Diana que, cuando el cazador le cae en gracia, le facilita los medios de encontrar la presa, y cuando no, detiene los perros que garrotea invisiblemente, haciéndolos revolcar de dolor (1), y dando tiempo así a que la caza se ponga en salvo.

En la provincia del Paraná, la Caá-Porá es un hombre velludo, gigantesco, de gran cabeza, que vive en los montes, comiendo crudos los animales que el hombre mata y luego no encuentra.

La imaginación exaltada de los montaraces ha de dar formas humanas a troncos de árboles retorcidos, secos, cargados de musgo y parásitos, que, colocados en ciertas condiciones de luz, favorecen a la fantasía, como sucede en muchas leyendas europeas y asiáticas, en particular del Japón, donde también se transforman los árboles en seres fantásticos.

---

(1) Los perros, al correr dentro del monte, persiguiendo la caza, suelen a veces pisar un isipó rastrero espinoso, medio oculto entre las otras hierbas, que causa unas heridas muy dolorosas que les hacen lanzar agudos gritos. Tal vez sea ésta la explicación de la garroteadura invisible.

En Goyaz, según me comunicó mi amigo el señor teniente del ejército brasileño Edmundo Barros, hijo de aquella provincia, los indios tienen también su leyenda sobre la Caá-Porá. Cuando encuentran una piara de cerdos silvestres y los exterminan, se les aparece, montado en el último cerdo, el Caá-Porá de la figura del anterior, a cuya vista los matadores quedan idiotizados para toda la vida, de modo que se guardan muy bien de acabar las piaras, y siempre dejan algunos vivos. Esta última leyenda es muy sabia, porque trata de poner freno a la destrucción completa de un animal que les proporciona abundante alimento.

Para otros el Caá-Porá es también un hombre velludo que fuma en una pipa formada por un cráneo humano y una tibia, y devora a la gente chupándola, menos los intestinos, que deja desparramados.

En otras personas, el Caá-Porá se transforma en simple *Porá*, o fantasma que se aparece en el monte, ya sea en forma de cerdo o perro, y lanzando llamas por la boca, asustando así a los animales.

Otras veces es invisible, y en medio de una marcha manea a la mula, que se para temblando, sin poder seguir por un rato, mientras en el monte se oye como un tropel de animales que disparan.

He recogido también una leyenda que se refiere a la Caá-Porá; pero bajo el nombre de *Petey*, es decir, *Uno*.

Un gran cazador se separó de sus hijos, y siguió entre el monte por un gran trecho, cuando sintió una voz que decía: *Petey*. Intrigado, empezó a buscar y se encontró con una especie de trozo de madera lleno de pelos, que venía rodando, y no tenía forma definida, ni adelante ni atrás. Apenas tuvo tiempo de trepar a un árbol, dejando caer la lanza que llevaba: el *Petey* se quedó al pie del árbol y nuestro hombre no se atrevió a bajar.

Como no volviera a su casa, uno de sus hijos, también muy valiente, lo buscó al rastro, hasta que se acercó al árbol donde estaba su padre, quien al verlo le gritó que no podía bajar, porque estaba el *Petey*.

El hijo le dijo que sería *Porá* (visión o fantasma); pero el padre le respondió que el *Petey* era un animal feroz.

Diciendo el hijo que estaba dispuesto a pelear con el mismo diablo, atropelló al *Petey*, a quien atravesó de un lanzazo, dejándolo muerto. En seguida, lo abrió y encontró que tanto el corazón como todo el interior del *Petey* estaba cubierto con pelos.

El viejo y el muchacho eran grandes cazadores de cerdos jabalíes (*Dicotyles tayazú*) y en algunas cacerías se les habían escapado muchos heridos, sin poderlos capturar.

Ambos, al regresar del suceso del *Petey*, se extraviaron por el monte; ya con hambre, a los tres

días llegaron al rancho de un viejecito que estaba dando de comer a unos lechoncitos.

Le pidieron de comer y el viejecito les contestó que él era el dueño de los cerdos y que se los iba a juntar, para lo cual tocó una flautita y todos acudieron a este llamado.

Cuando estuvieron reunidos, les hizo elegir el más gordo, recomendándoles que no le lastimaran los cerdos inútilmente y que en adelante sólo mataran los necesarios para su sustento, pues harto trabajo tenía en criarlos para que todos los hombres pudieran aprovecharlos (1).

En seguida, como nuestros hombres andaban perdidos, preguntaron al viejecito qué camino debían de tomar para llegar a sus casas, y él les mostró dos caminos: uno seguía para sus ranchos, y el otro a un potrero, recomendándoles que no siguieran este último porque allí se hallaba el *Mboi Moné,* que era una serpiente negra muy peligrosa.

A pesar de esta advertencia, erraron de nuevo el camino y salieron al potrero, aunque se acordaron a tiempo y dieron vuelta antes de ver a la serpiente. Sin embargo, por el sòlo hecho de haber salido al potrero, murieron todos, hasta los perros.

---

(1) Compárese esta leyenda con las similares del *Llastay* con las vicuñas del Folk-lore Calchaquí y se verá que obedecen al mismo principio de la conservación de las especies animales.

III.—La leyenda del Ahó-Ahó

A don Patricio Gamín, respetable vecino del pueblo de San Lorenzo o Güirapaí, sobre el Alto Paraná, debo la siguiente leyenda de los indios de las misiones jesuíticas de Jesús y Trinidad, que florecieron en el Paraguay.

Según ellos, el Ahó-Ahó era un animal terrible, parecido a la oveja, con grandes garras, y que devoraba sin piedad a las personas que encontraba en el monte.

La única salvación que había contra este terrible monstruo era el subirse sobre una palmera, pues era árbol sagrado del Calvario. Cualquier otro árbol era cavado por el Ahó-Ahó con sus potentes uñas, y el que había trepado sobre él era devorado inmediatamente.

No hay para qué decir que esta leyenda es de origen jesuítico y que tenía por objeto impedir que los indios salieran fuera del radio que tenían marcado en las reducciones respectivas, a fin de que no desertasen, se perdieran en el monte, se los comiera algún tigre, que entonces eran abundantes, o fuesen víctimas de los otros indios salvajes, que no dejaban de merodear por los alrededores de las misiones.

En cuanto a lo de la palmera, también tiene su razón, pues son árboles muy delgados, muy altos y difíciles de trepar, de modo que los indios no

debían tener mucha fe en esta ancla de salvación.

Don Patricio Gamín me ha referido también que hasta su tiempo, ahora unos cuarenta y cinco años (1), se había conservado esa leyenda entre los habitantes de allí, de modo que una vez se vió en serios apuros para poder seguir más adelante, en una expedición de carácter militar, porque al llegar al salto del arroyo Nacunday, los indios que lo acompañaban no querían continuar viaje y se excusaban gritando: "¡El Ahó-Ahó! ¡El Ahó-Ahó!"

No está demás hacer observar que algunos datos de esta leyenda se encuentran en el cuento del *Petey,* a que nos hemos referido. Ya en él también se salva el hombre, trepándose al árbol, de ese monstruo informe y velludo que resulta ser también un animal feroz.

IV.—El Yasy-Yateré

Hallándome en un galpón de yerbateros, situado cerca del arroyo Itaquirí, en el interior de la jurisdicción de los yerbales de Tacurú-Pucú, de mañana, al levantarme, supe que las mujeres de aquel lugar no habían podido dormir la noche anterior, pues habían oído silbar al Yasy-Yateré.

(1) Hace más de veinte que yo, personalmente, recogí estos datos, de manera que desde los tiempos de Don Patricio hasta hoy han pasado más de 65 años.

No conozco el pájaro que, con su canto, remeda estas palabras. A pesar de todos mis esfuerzos y averiguaciones no he podido ni siquiera dar con su descripción; unos dicen que es del tamaño de una paloma y de plumaje parecido al de las gallinas guineas; otros, en cambio, me han asegurado que es pequeño y de color oscuro, etc., de modo que reina aún entre aquella gente una gran confusión respecto de él.

Acerca de este pájaro corre una leyenda muy difundida, no sólo en el Paraguay, sino también en la provincia de Corrientes; creo que también ésta es de origen guaranítico, pues no existe en otros puntos.

Según cuentan, no es un pájaro el que silba de ese modo, sino un enano rubio, bonito, que anda por el mundo cubierto con un sombrero de paja, y llevando un bastón de oro en la mano.

Su oficio es el de robar los niños de pecho, que lleva al monte, los lame, juega con ellos, y luego los abandona allí, envueltos en isipós (enredaderas).

Las madres, desesperadas al notar su falta, salen a buscarlos, y, guiadas por sus gritos, generalmente los encuentran en el suelo; pero desde ese día, todos los años, en el aniversario del rapto del Yasy-Yateré, las criaturas sufren de ataques epilépticos.

Según otros, el Yasy-Yateré roba a los niños,

no para lamerlos, sino para enseñarles su oficio de raptor. Y no falta también quien asegura que no sólo roba a las criaturas sino también a las muchachas bonitas, las que son a su vez abandonadas, y el hijo que nace de esta unión, con el tiempo será *Yasy-Yateré.*

Esta última versión creo haya sido inventada para justificar ciertos raptos, que no dejan de abundar por aquellas regiones. Si algún mortal puede arrancar al Yasy-Yateré su bastón de oro, adquiere por este solo hecho sus cualidades de Tenorio afortunado.

A pesar de ser invisible el Yasy-Yateré, no faltan algunas personas que aseguren y juren haberle visto en la forma descripta, cuando eran pequeñas.

Había tratado de averiguar el origen de esta leyenda, sin resultado, cuando la casualidad vino en mi ayuda. Conversando me contaron que, hace pocos años, estando acampado en el interior de Tacurú-Pucú un conocido yerbatero, una noche se levantaron sobresaltados por un ruido, notando inmediatamente la falta de una criatura de pecho que dormía en su cuna, mientras distinguieron el barullo de alguien que disparaba. Corrieron a ese punto, y encontraron efectivamente la criatura en el suelo; al día siguiente vieron en ese lugar rastros humanos y como andaban los Guayaquís por allí, pronto se dieron cuenta de que había sido uno de esos indios el autor del secuestro.

La costumbre de los indios, de robar criaturas y mujeres, es, hasta cierto punto, general en todas las tribus y razas, que han considerado siempre a ambos como el mejor botín de guerra.

Además, he sabido que, no hace mucho, un cacique Cainguá pidió, queriéndoselo llevar, a un muchacho en un rancho, para enseñarlo a ser cacique, dando sin querer con esto una prueba instintiva e inconsciente de selección de raza como elemento de superioridad.

Estos hechos demuestran, hasta cierto punto, que la leyenda del Yasy-Yateré debe tener su origen en ellos, ampliada y modificada naturalmente, de un modo fantástico, por pueblos en que la Naturaleza ayuda, en gran parte, a sobreexcitar sus cerebros ignorantes.

V.—El Pombero o Cuarahú Yára (Dueño del Sol)

Según me ha comunicado el señor Agrimensor Nacional Juan Queirel, en algunas partes de Corrientes tienen la leyenda del Cuarahú Yára (dueño del Sol), o Pombero, que no es, a mi modo de ver, sino una modificación de la del Yasy-Yateré, como la del Caá-Porá lo es de la Caá-Yarí.

El Pombero o Cuarahú-Yára es un hombre alto y delgado, que lleva un grandísimo sombrero de paja, y una caña en la mano, y así recorre los bos-

ques a la siesta, cuidando de todos los pájaros, pues es su protector.

Si a esa hora halla muchachos entretenidos en cazarlos los arrebata y se los lleva; de modo que las criaturas, por temor de él, no se alejan de los ranchos y sus padres pueden dormir tranquilamente la siesta, sin cuidado de que nada les suceda.

En el Chaco creen que el Pombero es un compañero invisible con el cual se puede hacer trato, y así él acompañará a su amigo por todo y en todo, librándolo de peligros. Muchas veces, según sea necesario, puede aparecerse en forma de indio, de un tronco, de un camalote, de acuerdo con las funciones que deba prestar.

También silba como pájaro; en cambio es necesario hablar muy poco y en voz baja de él y ofrendarle de noche, dejando fuera del rancho tabaco u otras cosas.

VI.—El Curupí

Aun hay otro personaje, parecido a los anteriores, y que tiene semejanza más bien con el *Yasy-Yateré*: es el *Curupí* y, posiblemente, uno es transformación de otro.

El Curupí es un personaje de cara overa, fortacho y para algunos petizo.

Anda por el monte, casi siempre a la hora de

la siesta; según otros, camina en cuatro pies y se caracteriza por poseer un desarrollo exagerado en su órgano viril que le permite enlazar con él a las personas que quiere llevar; cortando éste, el Curupí se vuelve inofensivo y se salva la persona enlazada.

Persigue generalmente a las mujeres que a esa horas van al monte a buscar leña, y que sólo a su vista se vuelven locas.

VII.—El Yaguareté Abá. — Metamorfosis (El indio-tigre)

El Dr. Lafone Quevedo (1) al hablar de ciertas creencias actuales de la región del noroeste de la República, dice:

"Hasta el día de hoy el pueblo bajo de todos aquellos lugares cree que muchos tigres (Uturuncos) son hombres transformados y para ellos tiene algo de non sancto el que los caza; cuando la fiera llega a mascar, como dicen, a su cazador, parece que causa cierto placer a los que oyen o cuentan el lance". Como puede verse aquí hállase la metamorfosis del hombre en tigre.

Si abandonamos la región occidental Quichua-Calchaquí, y nos dirigimos hacia la oriental Guaraní, veremos con sorpresa campear las mismas

(1) *Londres y Catamarca*, Cartas a "La Nación", 1883-85; páginas 255 y 256. — Imprenta y Librería de Mayo.

creencias respecto de estas curiosas metamorfosis, que se reproducen en la superstición y leyenda de idéntico modo (1).

Los Cainguá del Alto Paraná, cuando ven algún tigre cerca de una tumba creen que no es más que el alma del muerto que se ha reencarnado en dicho animal, y no faltan viejas que con gritos y exorcismos tratan de alejarlos.

Los Guayanás de Villa Azara creen también en la metamorfosis en vida de algunas personas; más de una vez han creído, al encontrarse con uno de estos felinos, que no era sino el alma de mi buen amigo don Pedro Anzoategui, antiguo vecino de allí, a quien respetan mucho y por el que tienen cierto terror supersticioso hasta el punto de llamarlo Tatá aujá, es decir: el que come fuego.

Si a esto pudiera observarse que no es un dato rigurosamente etnológico, puesto que quizás hubieran mediado circunstancias especiales ajenas a sus creencias, como ser sugestiones, etc., no hay que olvidar que los Guayanás actuales han heredado de los antiguos indios de las misiones Guaraníes sus creencias supersticiosas, las que no han hecho otra cosa que revivir en este caso, como se verá más adelante, por lo que se refiere a las mismas.

---

(1) En la región intermedia de Santiago del Estero, el *uturunco* se convierte en el *Tigre Capiango*. De esto me he ocupado en un viejo y ligero trabajo: "La leyenda del *Yaguareté-abá*", en los "Anales de la Sociedad Científica" tomo XLI, pág. 321 y sig., 1886.

En la provincia de Entre Ríos, habitada antiguamente por la nación Minuana, se conserva también una leyenda que he podido recoger, sobre la reencarnación del alma de un hombre en un tigre negro. Naturalmente, con el transcurso del tiempo esta leyenda se ha modificado mucho.

Cuentan los viejos que sobre la costa del río Gualeguay vivía un hombre muy bueno. Cierta noche fué avanzado por una partida de malhechores que lo asesinaron sin piedad para robarlo. Poco tiempo después, de entre los pajonales del río, un enorme tigre negro salió al encuentro de uno de los malhechores que iba acompañado de otros vecinos, y dirigiéndose hacia él lo mató de un zarpazo, sin herir a los otros.

Este tigre negro, con el tiempo, concluyó por matar a todos los asesinos del finado, entresacándolos siempre de entre muchas otras personas, sin equivocarse, lo que dió margen a que se creyera que el tigre negro no era sino la primera víctima, que así se transformó para vengarse de ellos.

Pero la leyenda antigua es la del *Yaguareté abá*, exactamente igual a la de los Hechiceros Uturuncos, citada por el señor Lafone Quevedo.

En Misiones, Corrientes y Paraguay es fácil oir hablar de los Yaguaretés abás, los que creen sean indios viejos bautizados, que de noche se vuelven tigres, a fin de comerse a los compañeros con quienes viven o a cualesquiera otras personas. La in-

filtración cristiana dentro de esta leyenda se nota no sólo en lo de bautizado, sino también en el procedimiento que emplean para operar la metamórfosis.

Para esto, el indio, que tan malas intenciones tiene, se separa de los demás, y entre la obscuridad de la noche, y al abrigo de algún matorral, se empieza a revolcar en el suelo de izquierda a derecha, rezando al mismo tiempo un credo al revés, mientras cambia de aspecto poco a poco. Para retornar a su forma primitiva hace la misma operación en sentido contrario.

El Yaguareté abá tiene el aspecto de un tigre, con la cola muy corta, y como signo distintivo presenta la frente desprovista de pelos. Su resistencia a la muerte es muy grande, y la lucha con él es peligrosa.

Entre los innumerables cuentos que he oído, referiré el siguiente. En una picada cerca del pueblo de Yutí (República del Paraguay), hace muchos años, existía un feroz Yaguareté abá, que había causado innumerables víctimas.

No faltó un joven valeroso que resolvió concluir con él, y después de haber hecho sus promesas y cumplido con ciertos deberes religiosos, se armó de coraje y salió en su busca. Algo tarde, se encontró con el terrible animal, a quien atropelló de improviso, hundiéndole una cuchillada. El Yaguareté disparó velozmente, siguiéndole nuestro caballero

matador de monstruos, por el rastro de la sangre, hasta dar con él a la entrada de una gruta llena de calaveras y huesos humanos roídos.

Allí se renovó la lucha, y puñalada tras puñalada, se debatían de un modo encarnizado, sin llevar ventaja. Ya le había dado catorce, por cuyas anchas heridas manaba abundante sangre, cuando se acordó que sólo degollándolo podía acabar con él. Con bastante trabajo, consiguió separarle totalmente la cabeza del cuerpo, de conformidad al consejo que le habían dado, y recién entonces pudo saborear su triunfo definitivo.

Nuestro héroe se habría evitado tanta fatiga si en cambio le hubiese disparado un tiro con una cuarta de chaira (1), como único proyectil.

VIII.—El Lobisome (2)

Dentro do meu peito tenho
Una dor que me consome;
Ando comprindo o meu fado
En trages de Lobisome.

Los versos anteriores, que oí cantar una vez en la provincia de Río Grande do Sul a un paisano, en un baile, me llamaron fuertemente la atención, sobre todo la palabra "lobisome", cuyo significado

(1) Util de acero, usado para afilar los cuchillos.

(2) Esta leyenda es de origen europeo: es lo que en Francia se llama *Loup-Garou.*

traté de averiguar. Mucha extrañeza causó mi pregunta sobre una cosa tan sabida por allí, y a fuerza de instancia, conseguí se me diera la siguiente explicación:

El ser lobisome es condición fatal del séptimo hijo varón seguido, y si es la séptima hija mujer seguida, será, en vez, bruja.

El lobisome es la metamórfosis que sufre el varón en un animal parecido al perro y al cerdo, con grandes orejas que le tapan la cara, y con las que produce un ruido especial. Su color varía en bayo o negro, según sea el individuo, blanco o negro.

Todos los viernes, a las 12 de la noche, que es cuando se produce esta transformación, sale el lobisome para dirigirse a los estercoleros y gallineros donde come excrementos de toda clase, que constituyen su principal alimento, como también las criaturas aún no bautizadas.

En estas correrías sostiene formidables combates con los perros, que, a pesar de su destreza, nunca pueden hacerle nada, pues el lobisome los aterroriza con el ruido producido con sus grandes orejas.

Si alguno de noche encontrase al lobisome, y sin conocerlo lo hiriese, inmediatamente cesaría el encanto y recobraría su forma primitiva de hombre manifestándole, en medio de las más vivas protestas, su profunda gratitud por haber hecho desaparecer la fatalidad que pesaba sobre él.

La gratitud del lobisome redimido es, sin embargo, de las más funestas consecuencias, pues tratará de exterminar, por todos los medios posibles, a su bienhechor. De modo que lo mejor, cuando se le encuentra, es matarlo sin exponerse a esas desagradables gratitudes.

El individuo que es lobisome, por lo general, es delgado, alto, de mal color y enfermo del estómago, pues dicen que, dada su alimentación, es consiguiente esta afección, y todos los sábados tiene que guardar cama forzosamente, como resultado de las aventuras de la noche pasada.

Esta creencia está tan arraigada entre alguna de esa gente que no sólo aseguran haber visto, sino que también, con gran misterio, señalan al individuo sindicado de lobisome, mostrándolo con recelo y hacen de ese hombre una especie de paria.

IX.—Fantasmas del Agua

Los fantasmas del agua tienen tres denominaciones que parecen representar otros tantos tipos míticos, a pesar de que muchas veces se confunden entre sí.

La más general es *ú-pora,* es decir Fantasma del agua, que se aplica a todo animal fantástico del agua, pero a veces toma la forma antropomórfica.

Se supone que todas las aguadas permanentes, tienen un *ú-pora* que vela por su conservación.

Recogí esta leyenda que se refiere a la forma antropomórfica. Una joven fué a bañarse a una laguna y desapareció; la familia alarmada llamó a un "médico" viejo, quien se acercó a la orilla, pronunció oraciones y efectuó una serie de exorcismos consiguiendo así volver a recobrarla toda rasguñada por las totoras.

Vuelta en sí, la joven confesó que al meterse en el agua se le apareció el ú-pora que era un negro, quien al tomarla y llevársela le dijo que hacía mucho tiempo que la deseaba y estaba acechándola.

Es curioso notar que todos estos mitos cuando toman la forma antropomórfica son mitos fálicos.

El segundo tipo es la del pescado, llamado *Pira-Nú* (pez negro) que se forma de las canoas viejas de timbó que se pierden en las correderas. Este pez es, por consiguiente, de gran tamaño, con la cabeza como la de un caballo, de grandes ojos y nada a flor de agua para echar a pique las embarcaciones.

Este monstruo devora rápidamente a los animales o personas que caen al agua.

El tercer tipo es el monstruo llamado *Yagua-ron*, de coloración semejante a la del burro, pero éste generalmente no se aleja de las costas y es el que

socava las barrancas para hacer caer a los animales que se acercan a la orilla, a los que destripa en un momento para comerles sólo los bofes, es decir, los pulmones.

Cap. III.—Leyendas de la región misionera

Piedras con leyendas. — I. La piedra de Ita-Cuá (Cueva de Piedra). — II. El paredón de Teyú-Cuarí (Cueva que fué del lagarto). — III. El paredón del Suindá-Cuá (Cueva de la lechuza).— IV. Las piedras de Santo Pí-Pó (Manos y pies de santo). — V. La piedra Ita-Guaimí (Piedra vieja).

Lugares con leyendas. — VI. El cerro del Monje. — VII. La isla del diablo. — VIII. El Pueblo Emboré. — IX. El Serpentón de Tucurú-Pucú.

PIEDRAS CON LEYENDAS

I.—La Piedra de Itá-Cuá (Cueva de piedra)

Muy cerca de la ciudad de Posadas, en la costa paraguaya, sobre el Alto Paraná, se levantan unas rocas a pocos metros de la orilla. Son las piedras de Itá Cuá (Cueva de piedra).

El doctor Holmberg, en su "Viaje a Misiones" (1), refiere lo siguiente, a propósito de ellas:

Sentado en aquel momento en la popa de la canoa, manejando la pala que servía de timón, hice

(1) Cap. XXI pág. 358, Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, tomo X, año 1887.

rumbo hacia las piedras con la intención de examinarlas; pero antes de llegar a ellas tuvieron tiempo los peones de referirnos que aquel Altar de Piedra (1) debía su fama a una aparición de la Virgen María, pues cierto curioso, al asomarse alguna vez por una grieta al lado del Naciente, la había visto blanca e inmaculada en el opuesto; que esta aparición no era constante, ni periódica, ni intermitente, sino caprichosa; que otro curioso, deseando darse bien cuenta de aquello y habiendo podido distinguir la imagen, había sometido las piedras a un examen prolijo, hallando una forma particular de abertura o grieta que imitaba en cierto modo el contorno de la Inmaculada Concepción; y que otro individuo, más curioso aún, había encontrado allí muchas lagartijas, explicándose la irregularidad de la aparición por la presencia o falta de ramas o yerbas en la proyección de la imagen, las que en el primer caso alteraban su forma, y en el segundo la dejaban libre.

Y más adelante hace esta pregunta a uno de los peones, recibiendo una respuesta original:

—¿Podremos ver la imagen?

—Cuando uno cree, señor, ve lo que quiere.

Lo escrito por el doctor Holmberg da la verdadera razón de la leyenda de la Virgen de Itá-Cuá,

---

(1) La traducción de Itá-Cuá (Altar de piedra) no es literal, sino convencional en un caso de éstos, porque cuá es cueva.

muy venerada por allí y cuyo origen no hay duda que se remonta a la época de la dominación jesuítica, cuando ellos tenían la reducción de Itá-puá (Punta de Piedra), hoy Villa Encarnación del Paraguay, y que se halla frente a Posadas.

La primera vez que pasé por Itá-Cuá fué de vuelta de mi primera expedición a Misiones, por el Río Uruguay, mientras bajaba el Alto Paraná, después de haber atravesado el territorio de uno a otro río, por la Picada de Paggi, en Enero de 1892 (1).

Mucho me llamó la atención el ver sobre esas piedras algunas mujeres y muchas velas encendidas. Pregunté la causa al señor don Joaquín Aramburú, vecino de Posadas, y uno de los yerbateros más antiguos, con quien veníamos juntos en el vapor, y me refirió exactamente lo mismo que el doctor Holmberg ha escrito en su libro.

Posteriormente, el señor agrimensor Juan Queirel me ha comunicado que las gentes de por allí tienen la siguiente costumbre. Cuando alguno va a rezar y prender velas sobre la roca de Itá-Cuá, principalmente los canoeros, dejan una ofrenda sobre las piedras, que consiste en dinero o cualquier otro objeto, por pequeño que sea, pero que represente algún valor, como ser: anzuelos, víveres, etc.

(1) La descripción de este viaje ha sido publicada en la Revista del Museo La Plata, tomos III, IV, V, Viaje a Misiones Argentinas y Brasileras por el Alto Uruguay.

Esta ofrenda es para que el que vaya posteriormente la recoja y rece por el que la dejó allí.

Es tanta la fe que tienen en ese procedimiento, que una vez varios bandidos, de vuelta de asesinar una familia en Santa Ana, llegaron a Itá-Cuá y dejaron sobre la roca parte de lo que habían robado a sus víctimas, para que la Virgen les fuese propicia en su fuga.

Felizmente fueron apresados en el Paraguay, y como se resistieron a la autoridad pasaron a mejor vida. Este hecho demuestra la intensidad de la superstición religiosa entre esas poblaciones.

II.—El Paredón del Teyú-Cuaré (Cueva que fué del lagarto)

Siguiendo por el Río Alto Paraná al Norte, al pasar la boca del interesante Río Yabebuiry, o de las rayas, cerca del cual se hallan las ruinas del antiguo pueblo jesuíta de San Ignacio, se entra en una inmensa cancha de unos dos mil metros de ancho, que tiene sobre la costa Argentina unos enormes paredones de piedra cubiertos de magnífica vegetación.

A estos se les llama las rocas del Teyú-Cuaré, es decir, la cueva que fué del lagarto (Teyú), y la cancha toma naturalmente el mismo nombre.

Al cruzar delante de ellos, esos paredones, enhiestos en su mayor parte, y de gran altura, no sólo

imponen, sino que ofrecen al que pasa por primera vez por allí, un espectáculo digno de toda curiosidad, rompiendo con su aparición la monotonía del paisaje, si es que puede haberla en aquella tierra maravillosa donde cada rincón es de una belleza incomparable.

Varias veces he pasado por allí y nunca he dejado de admirar esa obra de la Naturaleza, intrigado por la leyenda que corre sobre ella. Conversando más tarde con mi buen amigo don Patricio Gamon, me refirió lo que había oído de boca de un indio viejo, el año 1855, a propósito del Teyú-Cuaré.

En otro tiempo, la tradición colocó entre esas rocas y sobre todo en una de las grandes fisuras que en ellas se notan, a un gran lagarto (Teyú) que era el terror de los navegantes que tenían que cruzar por aquel lugar.

El feroz teyú vivió mucho tiempo, ocasionando un gran número de desgracias, hasta que al fin un día abandonó su cueva, y atravesando a nado el Alto Paraná, fué a formar, en la costa paraguaya, el arroyito que allí existe.

Esta leyenda india no deja de ser interesante, y es muy parecida a la que tienen los paisanos en la provincia de Entre Ríos, de que los primeros que formaron los arroyos fueron los dueños de los huesos fósiles (cuaternarios) que se descubren en las costas lavadas por las aguas, sobre

todo de Gliptodontes, por su semejanza con los Peludos actuales (Dasypus), grandes cavadores a que los comparan, a causa de las corazas (carumbé) que frecuentemente se descubren allí.

¿No tendrán estas dos leyendas el mismo origen?

Mi distinguido amigo el doctor Moisés Bertoni, en la quinta de sus interesantes cartas sobre el Alto Paraná, también da a su vez otra interpretación muy parecida a esta leyenda, que transcribo.

Según la tradición y la creencia arraigada entre guaranís, allí vive el terrible dragón gigantesco, lagarto con alas, con garras y con hálito de fuego. Así lo dice también el nombre: Teyú, lagarto, y Cuaré, gran cueva.

Grandes fueron las desgracias que este monstruo ha causado y numerosas sus víctimas: existen en el país ancianos que saben contar con todos los detalles los horrores de esos naufragios. Sin embargo, bastaba un sacrificio, una oferta cualquiera, un pedazo de carne, o un objeto echado al agua, para calmar esa fiera y pasar seguros.

Con mucha propiedad atribuye el doctor Bertoni el origen de la leyenda a una piedra aislada, situada casi en medio del río, frente al paredón, que vió en una gran bajante, en Octubre de 1886. Y agrega que, como muy raras son tales bajantes, no es extraño que muchos, ignorando su existencia, el día menos pensado puedan dar con ella, lo que causa-

cía necesariamente una catástrofe tan rápida como completa, sin que quede ningún testigo para explicar la súbita desaparición de las víctimas: ese es el dragón tan funesto.

En apoyo de ello, dice, y con razón también, que en otros puntos del Alto Paraná la superstición ha colocado monstruos análogos; y ha observado que en todas esas localidades existe algún obstáculo peligroso para la navegación, el que ha podido producir desgracias y naufragios, los que han sugerido a la imaginación esas leyendas.

Estoy conforme con la versión del doctor Bertoni; pero creo que en la leyenda originaria la forma del monstruo se halla desprovista de las alas y hálito de fuego que lo acercan tanto a los dragones de las fábulas europeas.

III.—El Paredón del Suindá-Cuá (Cueva de la lechuza)

En la Cancha de Trinidad, en el mismo Río Alto Paraná, más al Norte de Teyú-Cuaré, sobre la costa paraguaya se halla otro paredón de piedra que se llama Suinda-Cuá (Cueva de la lechuza) (1), que tiene también su leyenda.

Un día desaparecieron de las reducciones jesuíti-

(1) Suinda en guarany es el nombre de un lechuzón, especie de buho del género *Syrnium*.

cas de Jesús y Trinidad todas las vacas que allí se criaban. Gran clamor levantó entre los indios de allí este acontecimiento, y mucho mayor fué aún cuando supieron que el autor de todo ésto había sido un Santo, que, en vista de que no las cuidaban bien, se las había llevado, castigándolos de ese modo.

Siguiéronles el rastro y llegaron hasta el paredón, a cuyo pie creyeron ver en las rocas, roídas por el agua, las huellas que habían dejado estampadas allí los animales, para eterna memoria de este hecho tan trascendental.

Es indudable que, necesitando los jesuítas extraer esas haciendas, quizá para ir a soçorrer con ellas alguna otra reducción o por cualquier otro motivo, dieron con esta leyenda no sólo una satisfacción a los indios, sino que, al mismo tiempo, según su costumbre, aprovecharon de esta oportunidad para aplicarles una lección de formidable moral práctica para lo sucesivo.

El doctor Bertoni da a ese punto el nombre de Pacú-Cerá y dice que, durante las bajantes extraordinarias del Alto Paraná, tiene poca hondura, en razón de tener el río allí una media lêgua de ancho y cuenta entonces con un banco en medio de la corriente.

Con este motivo, tiene su monstruo sumamente peligroso, que es un buey con cuernos de oro, y no falta quien repita sus hazañas pasadas, puesto

que hoy día, como su compadre el Teyú-Cuaré, ya no hace ningún daño.

Según creo, esta leyenda es una modificación de la descrita más arriba, que don Patricio Gamon recogió de boca de algunos indios viejos.

IV.—Las Piedras de Santo Pi-pó (Manos y pies de Santo)

Cuando se navega aguas arriba en el Alto Paraná, se pasa por el puerto de la antigua misión jesuítica de Corpus y luego se sube la gran corredera o salto del mismo nombre, sobre la costa Argentina, aparece la barra del arroyo Santo Pipó.

Este nombre bizarro tiene su tradición, ligada, en cierto modo, a la tan conocida de la predicación del Evangelio en América en épocas precolombinas, por Santo Tomás.

Santo pi-pó quiere decir literalmente las manos y los pies del santo, y según la tradición dicen que, al pasar Santo Tomás por sobre las piedras que se hallan cerca de la barra de ese arroyo, dejó sus huellas estampadas allí, refiriéndose a unas rocas corroídas por el agua caprichosamente en las que, los que tienen fe, pueden ver todo lo que se les ocurra.

Excusado es decir que el origen de esta leyenda debe ser jesuítico.

V.—La Piedra Ita-Guaimí (Piedra vieja)

En el río Alto Paraná, siguiendo al Norte y pasado el puerto de Pirá-puitá (pescado colorado) sobre la costa paraguaya, que lo es de la aldea que se llama Villa Azara, la barra del arroyo Ituté (salto blanco) que se reconoce por la pequeña y preciosa catarata que desde el río se ve despeñarse graciosamente entre una cortina de magnífica vegetación, y las de los arroyos Iroi-güazú e Iroi-mí (arroyo frío grande y pequeño), sobre las piedras de la playa que quedaban a descubierto, gracias a la bajante que se había producido en la época en que pasamos (Agosto), se hallaba la famosa piedra Ita-guaimí.

Esta piedra es de forma casi ovoidal, gruesa en su mayor porción; tiene, sobre su parte superior, una estrangulación de la que se eleva otra porción pequeña y casi cuadrada, de modo que parece un gran cuerpo, con su cabeza respectiva.

Dada su forma curiosa, tiene también su leyenda, de origen, a mi modo de ver, jesuítico:

Esta piedra, en otro tiempo, fué una muchacha desobediente, mal mandada, y que nunca hacía caso a sus padres, sino que simplemente se dejaba llevar por sus caprichos.

Habiéndola mandado su madre en busca de agua al río, salió con el cántaro en la cabeza, rafunfuñando entre dientes, viendo lo cual Pupá (Dios),

indignado, la transformó en piedra, en el momento que llegaba a la orilla, y desde entonces ha quedado petrificada en castigo de su desobediencia.

No es extraño, como he dicho más arriba, que esta leyenda tan moral,—segunda edición de la de la mujer de Lot, en la que también se castiga la desobediencia,—haya sido sugerida por los jesuítas, que aprovecharon la oportunidad que les ofrecía la Naturaleza, en provecho de sus doctrinas, tanto más que los indios no necesitan de leyendas para hacerse obedecer por sus mujeres e hijas, ya por naturaleza pasivas, y demasiado acostumbradas a otro orden de argumentos más persuasivos y brutales.

Hasta hace poco, y aun hoy, algunos indios, sobre todo los guayanás, al pasar por allí, no se atrevían a tocar la tal piedra, ni hablar fuerte delante de ella, porque tenían la creencia de que la Itaguaimí se enojaba, e inmediatamente sobrevenía una gran tormenta, de modo que ya cerca de allí se decían con aire misterioso: "Chaque Ita-guaimí!!" (Cuidado con la Ita-Guaymí).

LUGARES CON LEYENDAS

VI.—El cerro del Monje

Sobre la costa Argentina del Alto Uruguay, a una legua, más o menos, al norte de la antigua reducción jesuítica de San Javier, cuyas ruinas

aun existen entre el monte, y casi frente a la colonia del Cerro Pelado que se halla en la costa brasilera, se eleva, coronado de esbeltas palmas, el Cerro del Monje.

En su cumbre, y dentro de un círculo formado por esas preciosas palmeras, una pobre capilla de madera, simple y sin más adorno exterior que una pequeña cruz, indica al viajero el santuario que la superstición de los vecinos elevó al milagroso monje.

Según el padre Gay (1) allí se refugió en 1852 un famoso monje italiano que vivía en el Brasil, y que, al querer plantar una cruz sobre el cerro, brotó, del agujero que había cavado el agua milagrosa que hasta hoy surge allí y que es objeto de grandes peregrinaciones de enfermos y creyentes.

A 20 metros al oeste de la capilla, en el centro de una gran piedra, hay un agujero que mide 0.15 de diámetro, cavado cilíndricamente, conteniendo agua hasta 0.40 de profundidad.

Este agujero se halla tapado con una teja de barro y dos jarritos de lata encima; esa es la fuente milagrosa, cuya agua van a tomar los enfermos que esperan curar así sus dolencias.

Para esto es necesario que el que toma el agua, antes de hacerlo, diga al compañero que lleva:

---

(1) Historia da República Jesuítica do Paraguay, trabajo publicado por el Instituto Histórico y Geográfico Brasilero, 1863.

"Deme un poco de agua, por el amor de Dios", sin cuyo requisito esta no surtiría efecto alguno.

Más al oeste de este punto y cerca de allí, hay una caída de agua de cuatro metros, en forma de chorro, que es donde los enfermos que pueden hacerlo se bañan, además de tomar el agua; según cuentan, ésta tiene un gran poder curativo para todas las enfermedades.

Principalmente en los días de la Semana Santa es cuando el peregrinaje es mayor al cerro del Monje; cientos de personas de los pueblos del Brasil (San Luis, San Borja, San Nicolás, etc.), acuden allí, llenos de fe en la eficacia de esas aguas, a depositar su pobre ofrenda a la capilla, que recibe todos los años una mano de pintura costeada por ellos.

Todo ésto es espontáneo pues no tienen por allí sacerdote que los dirija en sus prácticas, de modo que esa pobre gente ha caído, no sólo en la superstición en cuanto a ellas, sino que también éstas son por demás ridículas, según se verá.

En el interior de la capilla hay un altar corrido, tosco, adornado con género, etc., y algunas colgaduras; sobre él se halla un santo de madera de 0.70 de alto, a pesar de estar arrodillado, que representa el Señor de los Desiertos; por su factura se reconoce que ha pertenecido a las ruínas jesuíticas de San Javier, así como también una Virgen María que está en su vecindad.

A un lado, se halla tapado con un paño un cráneo humano, que, según creen, ha pertenecido al primitivo monje.

Como la gente de por allí es muy pobre, sus ofrendas se reducen a velas de cera, adornos de papel picado, manos, pies, cruces y demás objetos de cera y papel, cintas e infinidad de chucherías que los devotos cuelgan a las ropas de los santos.

Pero lo más curioso es la práctica que tienen los que se casan, de ir luego a la capilla, y después de rezar ambos, la mujer deja su traje de novia y los azahares que coloca al Señor de los Desiertos; pero como este se halla ya vestido con otro traje anterior, colocan el nuevo sobre el viejo, de modo que ya tiene como unos diez superpuestos.

Esto lo hacen para que la felicidad no abandone su nuevo hogar (1).

Los peones y canoeros del Alto Uruguay, antes de emprender viaje aguas arriba, van a la capilla, toman agua de la fuente y prenden velas a los santos, rezándoles por un buen rato. Si no tienen muchas velas, por lo menos encienden un cabito, hecho lo cual se embarcan contentos; pero si alguno no lo hace, lo tildan de "masón" y cuando la canoa tropieza sobre las piedras, o sucede algún contratiempo en el viaje, los brasileros sobre todo, re-

(1) Muchos de estos datos los debo a la amabilidad de mi amigo el agrimensor Don Juan Queirel.

funfuñan y con el mayor descontento exclaman: Iso tinha que suceder, meu amigo: co u monje não se joga!

VII.—La Isla del Diablo

Como a una legua al Este de la ciudad de Goya (Provincia de Corrientes) existe una isleta de monte, que se llama Isla del Diablo. Como su nombre lo indica, tiene su leyenda.

La Isla del Diablo, en otra época, fué un islote fantasma; tan pronto amanecía más al Norte, o más al Sur; en una palabra, no tenía paradero fijo. Pero eso no era nada, en comparación a los que la habitaban, espíritus infernales que prorrumpían en gestos y ruidos extraños cuando alguien pretendía acercarse allí.

Esto duró mucho tiempo, hasta que un día llegó un fraile misionero, quien, con gran pompa, y previas todas las ceremonias de exorciones correspondientes, la bendijo; desde entonces la Isla no se mueve más.

Según me comunicó mi amigo el señor Tomás Mazzanti, antiguo vecino de Goya, don Amadeo Bompland creía que el origen de esta leyenda provenía de que la tal Isla del Diablo debió ser antiguamente un gran embalsado que entraba por algún brazo del Río Paraná que existiría allí, tanto más que al arrancar de raíz una planta, se encontró

debajo de ella un anclote de tres puntas, que se cree fuera español. Este anclote me aseguró el señor Mazzanti haberlo visto en poder de un botero el año 1860.

Indudablemente, algo de eso debe haber sucedido; pero el origen de la leyenda debe ser de época remota y trasmitida por los indios de generación en generación, hasta los blancos que, influídos por ella, han seguido viendo el movimiento imaginario de la Isla, aunque ésta ya no intentara cambiar de sitio; más aún, sin tener en cuenta ciertos fenómenos ópticos que debían producirse y que la fe aprovechó a su manera hasta la llegada del misionero, quien cortó de golpe la superstición con el formidable poder sugestivo de la ceremonia religiosa.

Lo que hay de positivo es que, durante mucho tiempo, antes de estar tan destruído el monte, sirvió de guarida a un montón de bandidos, un poco peores que todos los espíritus infernales habidos y por haber.

VIII.—El Pueblo Emboré

Al señor don Pablo Millot, antiguo vecino de las Misiones, debo los primeros datos sobre esta leyenda, que he ampliado durante mis viajes con otros recogidos en todas partes.

Es creencia muy arraigada en las gentes de Misiones que los jesuítas, al ser expulsados amontona-

ron todos sus tesoros en un pueblo que precaucionalmente habían hecho construír exprofeso en medio de la selva virgen y de cuya existencia sólo ellos tenían conocimiento, pues los que actuaron en su construcción desaparecieron.

Este pueblo, llamado *Emboré,* tenía sus casas sin puertas ni ventanas, y la entrada a ellas se hacía por subterráneos, cuyas bocas estaban ocultadas escrupulosamente.

Los que transportaron los tesoros, que según las gentes de allí sobrepasaron en valor y cantidad a todos los que refieren los cuentos de las mil y una noches, desaparecieron a su vez y con ellos los rastros que conducían al famoso *Emboré,* perdido desde entonces entre las sombras de la selva impenetrable y las densas nubes de la leyenda.

A pesar de lo inverosímil de todo ésto, no faltan personas que afirman su existencia, y algunos han llegado a costear expediciones volantes de peones, que se han pasado dos o tres meses batiendo la selva, naturalmente sin dar con el codiciado Emboré.

Una de estas volvió después de una larga peregrinación con la noticia de haberlo hallado, pero no habían podido entrar a las casas herméticamente cerradas, y luego, al volver, habían perdido el rumbo, perdiéndose ellos a su vez.

Claramente se ve que esto no ha sido más que una patraña inventada por los peones para darse

importancia y justificar seguramente su ningún trabajo hecho en ese sentido; lo más probable es que hayan pasado el tiempo en el monte divirtiéndose a su modo, esto es, cazando y jugando; y luego, cuando se les concluyeron las provisiones, volvieron con esa historieta.

El afán de encontrar tesoros dejados por los jesuítas está muy difundido por las Misiones; tan es así que raras son las ruínas que no se hallen llenas de pozos y socavones hechos con ese fin, de extraer los ocultos tesoros.

En el pueblo de San Miguel (Misiones Brasileras) un antiguo vecino tenía ya cavados como treinta pozos en las ruínas de la iglesia y colegio, y todo su afán se reducía a querer encontrar los instrumentos con que habían tallado las piedras, y sobre todo, los sinceles que sirvieron para fabricar los adornos pues no podía creer hubiesen sido de fierro, por la dureza de las piedras; de eso infería que sólo con puntas de brillantes podrían haber hecho ese trabajo, y el hombre buscaba diamantes...

Más aún: sobre la torre de la iglesia de San Miguel se hallaba, a guisa de veleta, un gallo de lata dorada: a los vecinos se les antojó que debía ser de oro, y venciendo mil dificultades, y después de un trabajo ímprobo, lo voltearon, dándose un soberano chasco.

Los cuentos sobre tesoros escondidos son inacabables; hay quien asegura que en tal fecha llegó

un cura y se dirigió al monte y no volvió a aparecer; algunos dicen que otro cura hizo la misma operación y traía un papel con unos signos marcados, y luego, al tiempo, bajó por el río con unas canoas cargadas seguramente con los tesoros.

En cada antigua reducción jesuítica hay centenares de cuentos por el estilo y otros tantos pozos que la codicia ha hecho cavar a esos cándidos, cuyo tiempo perdido y sudor derramado, si lo hubieran empleado en sembrar maíz, habríales producido más de un tesoro.

Pero tal es el poder de la leyenda, y tanto halaga la esperanza de convertirse en Aladino, que pasará mucho tiempo antes de perderse esas creencias relativas a los tesoros acumulados por los jesuítas mediante el trabajo de los indígenas domesticados en sus misiones.

IX.—El Serpentón de Tacurú-Pucú

Muy cerca del Puerto de Tacurú-Pucú, al Norte, y próximas al río Alto Paraná, se hallan perdidas en el monte espeso unas ruínas muy destruídas de una capilla del tiempo de los jesuítas.

Por lo que se ve aún de ellas, restos de muralla y zanja, en la época antedicha este punto debe haber tenido poca importancia material; pero en lo que se refiere a la historia, las ruinas demuestran que allí se establecieron los jesuítas que venían con-

duciendo los restos de las reducciones del Guayra, en la desgraciada retirada que tuvieron que hacer ante los Paulistas y Tupís, en 1631.

Funesta retirada de doscientas leguas rumbo sur, por entre los montes y el Alto Paraná, sin víveres, muriéndose de hambre, acosados en un gran trecho por los tupís, que mataban a los rezagados, cuyos cadáveres cebaban a los tigres que concluyeron por atacar a los vivos! La desesperación de los pobres prófugos llegó a tal punto, que las madres arrojaban a sus hijos de pecho para desembarazarse de la carga; y para completar este cuadro de horrores y de miseria, los remolinos del Alto Paraná tragaron muchas balsas cargadas de indios, y finalmente, una epidemia de disenteria se desarrolló entre ellos matando más de cuarenta personas diarias, cuando llegaron al fin, entre Loreto y San Ignacio Miní.

Más o menos frente a las ruinas, se halla una gran piedra en medio del río, y según la tradición, allí se fueron a pique las canoas que los jesuítas traían cargadas con una parte de los tesoros de las reducciones del Guayra, mientras la otra parte fué enterrada donde hoy existen las ruínas.

Para cuidar esas riquezas, vive allí una gran serpiente que ataca a los que se aproximan, de modo que hay mucha gente que por nada se anima a penetrar en las ruínas.

PARTE II

Folk-lore de los Valles Calchaquíes

A Samuel Lafone Quevedo

Cap. I.—Costumbres y supersticiones de los valles calchaquíes

I. La región calchaquí. — II. La coca y su acción. — III. La Pacha Mama. — IV. Creencias religiosas — V. Enfermedades y modo de curarlas. — VI. Prácticas funerarias. — VII. La siembra. — VIII. La yerra en las cumbres. — IX. Carneada de animales. — X. La caza de Vicuñas. — XI. Apachecha. — XII. El Farol. — XIII. Casamiento y compadrazgo. — XIV. El carnaval. — XV. Toma de posesión de un terreno. — XVI. Nombres de familia.

I.—La región calchaquí

El medio en el cual se practican las costumbres y se hallan arraigadas las supersticiones descriptas en el presente trabajo, es el valle Calchaquí, en la provincia de Salta.

En los valles, que se extienden hacia el sur como continuación de éste y penetran en las provincias de Tucumán y Catamarca, muchas de estas mismas supersticiones y costumbres, forzosamente, deben hallarse más primitivas y depuradas de los agregados que otros hombres y otras

civilizaciones han superpuesto en ellas, alterándolas.

Con ansia espero el prometido trabajo de mi buen amigo y distinguido americanista, señor Samuel Lafone Quevedo, sobre este tema, para poder dilucidar una cantidad de puntos obscuros aún, en el Folk-Lore Calchaquí, trabajo que en mucho ayudará a los aficionados a estas cosas para que puedan darse clara cuenta del pasado de esos indomables indios que supieron luchar con rara energía contra el invasor español.

La población actual de los valles pertenece en su mayor parte a los restos de aquella raza de valientes.

La región calchaquí, como medio, no puede ser más inapta para la lucha por la vida, ingrata como es, con montañas áridas, desoladas, en las que sólo se eleva majestuoso el espinudo cardón (cereus giganteus) de aspecto funerario, y barrida constantemente por vientos furiosos.

En los valles y quebradas de tierra muy fértil se lucha con la escasez de agua, que el hombre debe conquistar a fuerza de múltiples y pesados trabajos.

Los calchaquíes, aislados entre aquellas montañas abruptas, siempre en guerra con los pueblos vecinos, debiendo disputar su alimento a la naturaleza inclemente con sacrificios sin cuento, sufriendo las consecuencias de un clima parco

en lluvias, forzados a trepar cerros, a bordear precipicios cuya profundidad espanta, y siempre pobres, siempre esclavos de esa vida de labor sin descanso, debieron forzosamente ser un pueblo viril y rudo y, por lo tanto, supersticioso.

Vagando por las montañas, oprimido el pecho por la *puna*, cansados sus miembros por el continuo ejercicio entre las breñas inaccesibles, sobrecogidos de pronto por fuertes nevadas que se desencadenan de vez en cuando en las alturas, oyendo el hórrido retumbar del trueno entre los abismos y quebradas, presenciando fenómenos eléctricos o de espejismos y, finalmente, perseguidos sin cesar, por la adversidad en gran parte de sus empresas, los calchaquíes hicieron intervenir en todo esto a la fatalidad sobrenatural, representada por un numen a quien había que conjurar: el *Chiquí* o *Vatí*.

La tendencia del hombre a crear sus dioses según su propio retrato, hizo que el *Chiquí* tuviera los caracteres morales de los calchaquíes y, por esto, lo encontramos vengativo, sanguinario, feroz como ellos, y al que sólo aplacaban conjurándolo con holocaustos sangrientos que le ofrecían, con más o menos abundancia.

Como esto no bastase, y el *Chiquí*, a pesar de todo, continuara inexorable, nació entre ellos la idea, o quizás les fué importada, de propiciarse genios tutelares que tuvieran suficiente poder pa-

ra conjurarlo, y de aquí surgieron prácticas sangrientas, sacrificios de niños, quienes enterrados en preciosas urnas cerca de sus viviendas, velaban por la felicidad general, combatiendo al numen adverso.

La invasión peruana agregó el culto de la *Pacha Mama* y muchas otras prácticas supersticiosas y, finalmente, la dominación española cubrió a todas esas creencias con un barniz católico, que las modificó en parte, pero sin destruirlas del todo.

El presente trabajo trata de las costumbres y supersticiones que he podido recoger sobre las dos últimas épocas, es decir, desde la invasión peruana hasta nuestros días.

Durante seis meses de permanencia en aquellos apartados valles, me he ocupado incesantemente del Folk-Lore, ya sea tomando datos nuevos o verificando los que ya poseía, a fin de depurarlos en lo posible de los agregados posteriores y de aseverarme de su estricta verdad.

Los actuales calchaquíes son muy desconfiados, no gustan hablar de estas cosas, puesto que siempre temen la burla de quien los oye, y porque, en su mayor parte, las ceremonias revisten para ellos un carácter íntimo, que efectúan sólo dentro de su comunidad, para substraerlas a la vista de las personas profanas, de quienes están seguros que no han de recibir aprobación.

En los pueblos, en las iglesias, oyendo a los sacerdotes, niegan la práctica de estas ceremonias, y las ocultan, quizás, hasta en la confesión: puede ser que algunos hagan propósito de enmienda, pero en llegando a sus montañas, colocados de nuevo en su medio ambiente, la herencia vibra otra vez en sus cerebros, el temor a la *Pacha Mama* surge en ellos, y las ofrendas y libaciones en su honor se repiten en cada una de sus faenas, con la persistencia de un rito.

Las prácticas cristianas, aprendidas a medias, y las supersticiones derivadas de ellas, nacen a su vez; y ante este conflicto de lo sagrado y profano, el cerebro inculto del indio no halla otra solución que la de asociar ambas cosas, y de allí esa curiosa promiscuidad de los dos ritos, hallables a cada paso en sus ceremonias.

La tarea de recopilación la he emprendido desde Tolombón hasta Cachí, y no pocas excursiones a los valles interiores de los cerros de los Quilmes he efectuado, sólo con ese objeto.

La más importante y la que mayores datos me dió fué la que hice con mi buen amigo Juan R. Uriburo, al establecimiento llamado del Pucara, de propiedad de su señor padre.

El Pucara se halla situado al oeste del valle Calchaquí.

Se penetra por una quebrada situada frente al establecimiento de la Cabaña, y tomando rumbo

Sur, se llega al Pucara que, más o menos, viene a quedar al O., frente a San Rafael, entre Gualfín y Guasamayo.

Allí, durante la noche, gracias a la buena voluntad de mi compañero, pude obtener varios datos de interés que me sumistraron algunos peones, viendo que su patroncito se interesaba en ello; contribuyó y no poco nuestra liberalidad para obsequiarlos con un poco de coca, cigarros y uno que otro trago de aguardiente.

Asistieron a esta curiosa sesión de Folk-Lore, cuatro hombres y tres mujeres, una de éstas bastante despreocupada, pues había servido durante algún tiempo a una familia del valle, y volvió a Pucara, recién después de casada con uno de los peones; gracias a ella, los demás se franquearon, y pudimos tomar algunas notas curiosas y completar otras que ya poseíamos, como ser las prácticas funerarias, la hierra, etc.

Vueltos a la Bodega, hoy Angostura, la señorita Clara Uriburo, hermana de mi compañero, me tenía reunidos otros datos de interés, los que con rara habilidad había podido obtener de una vieja *médica* de la vecindad, entre otros los que se refieren al abandono del Espíritu, que venían a corroborar los datos recogidos en el Pucara.

Además, previendo nuestra llegada, había citado a la tal *medica*, con la cual tuvimos una nueva sesión de Folk-Lore, en la que volví a rectificar los

datos obtenidos, dilucidando algunas cuestiones de detalle.

En Molinos y Seclantás, recogí mayores informes que completé y rectifiqué, juntos con los demás, en Cachí, donde me fueron muy útiles los que me proporcionara la señora de Mena, la señora de Durán y la familia del señor N. Tedín.

Debo otros datos al señor Mariani, de Molino, y a muchas otras personas; comprobantes de los que había recogido anteriormente, o aclarando algún punto oscuro de los mismos.

Como es de suponer, no me daba por satisfecho con un dato recogido al acaso, que bien podía ser falso o sin importancia; por el contrario, lo anotaba para someterlo a la verificación de varios y fastidiosos interrogatorios a un buen número de indios, peones en su mayor parte, y de distintos puntos.

Así, pues, no es extraño que existan hechos que tengan más de treinta comprobaciones; pues recogidos incompletos en Tolombón, recién los llegaba, a fuerza de trabajo, a completar en Molinos o Cachí, para lo cual había tenido que recorrerme todo el valle Calchaquí.

Para dar una idea de este trabajo paciente de recopilación, citaré un caso.

En Tolombón, tuve la primera noticia del Lavatorio de los bienes del difunto, de un modo vago.

En las Chacras, departamento de San Carlos, supe que se efectuaba a los ocho días, y que lavaban no sólo la ropa, sino también los útiles.

En la Bodega y Pucara tuve conocimiento de que ahorcaban el perro que perteneció al muerto y que quemaban las ropas.

En Molinos y Seclantás, por fin, supe el detalle del caballo y del lavatorio del viudo.

Y así por el estilo.

Esto se comprende fácilmente si se tiene en cuenta que, a medida que subía por el valle, cada vez penetraba más en regiones de menos contacto con la raza blanca.

II. La coca y su acción

Entre los habitantes del valle Calchaquí. se halla muy arraigada la costumbre de *coquear*, es decir, de mascar hojas de coca.

Los peones no emprenden trabajo alguno sin hacer previamente su *acullico*, como ellos dicen, o lo que es lo mismo, ponerse en la boca una cierta cantidad de hojas de coca, que de tiempo en tiempo aumentan con otras más, a lo que llaman *yapar el acullico.*

Los que tienen esta costumbre son llamados *coqueros* y para *coquear* necesitan la *yista* o *djista* o *llicta.*

La *llicta* es una composición de cenizas de cier-

tas plantas, ricas en potasa, mezcladas con un puré de papas hervidas, la que, una vez seca, toma un color gris o negro y una consistencia de piedra.

A ningún *coquero* le falta, y de tiempo en tiempo muerden un trozo, que produce, por ser cáustica, un exceso de salivación y comunica, al asimilarse las sales de potasa y sosa que contiene, con los compuestos de la coca, un sabor *sui géneris,* que ellos reputan el *non plus ultra* de lo agradable.

Como la acción de la *llicta* es cáustica, y atrofia si no destruye a la larga, las papilas del gusto, el *coquero* es casi siempre muy aficionado a los excitantes poderosos: el ají, el alcohol, el tabaco fuerte, etc., porque sólo en ellos puede hallar algún sabor y porque también, a causa de los mismos, puede contrarrestar la acción deprimente de la coca.

Esta acción es de curiosa observación en los individuos por demás enviciados; por lo pronto les produce la anestesia del estómago, de modo que por la coca, pueden pasar algún tiempo sin comer, es decir, sin hambre.

Por esta razón, muchos se alimentan mal, haciéndose la nutrición de un modo irregular; así, es raro encontrar entre los coqueros individuos gruesos.

Los sentimientos afectivos también se atrofian. Entre aquella gente, cual raras excepciones se hallan personas de carácter jovial; sus caras son como las de las estatuas, inmóviles casi siempre, y

sólo en las grandes ocasiones, cuando se encuentran bajo la acción del alcohol, prorrumpen en risotadas intermitentes, pero nunca continuadas.

Un indiferentismo fatalista se apodera poco a poco de ellos, estribando toda su felicidad en poder continuar mascando las terribles hojas, y así se someten incondicionalmente a los más duros trabajos y privaciones, sin tratar de mejorar su suerte, sin hábitos de economía, sin ninguna aspiración, mientras no les falte el *acullico*.

En el *coquetero* se produce el mismo vértigo que en el alcoholista, el morfinómano, el que abusa del *hastchis*, etc.; el sabor amargo de la coca tiene para él un encanto especial, y *yapando* su *acullico* pasa la vida en medio de sus montañas, como un sonámbulo, entregado a sus quehaceres y prácticas supersticiosas; y, si cuando baja a algún pueblo, un chispazo de luz cruza su cerebro adormecido haciéndole dar cuenta de su pobre situación, se apresura a desecharlo, ahogando sus pesares con abundante alcohol.

Los *coqueros* justifican a su modo este repugnante vicio, y hasta *relaciones* en verso tienen para ello, como la siguiente, que es la explicación de este raro placer, con todas sus consecuencias:

Relación para coquear

Jesús, María, coca de Yungas,
Contra matrimonio con Pedro.

Llicta vecino de Estarca,
Si alguno tiene impedimento
Puede manifestarlo con tiempo.
Con la muela mascarte,
Con la lengua arrinconarte,
Con la *llicta misquincharte,*
Con el aguardiente sazonarte,
Con el vino consagrarte,
Con la *chicha* refrescarte,
Con la *aloja* confortarte.
No *coqueo* por vicio,
Ni tampoco por el juicio,
Sino por el beneficio.

La coca, como se verá en el transcurso de este trabajo, juega un gran papel en todas sus prácticas supersticiosas: con ella hacen ofrendas de toda especie, siendo la base de gran parte de sus ceremonias.

Cuando están por emprender cualquier cosa, un viaje o un negocio, por ejemplo, recurren a la coca del modo siguiente: mojan con saliva una hoja entera y se la pegan en la punta de la nariz, luego dan un soplido fuerte y se fijan de qué lado ha caído: si del derecho, es suerte; si del izquierdo, desgracia.

Muchos tienen fe arraigada en la eficacia de este procedimiento y rara vez emprenden algo, si la coca les ha anunciado mala suerte.

Esta costumbre muy antigua es de origen peruano, puesto que en la época precolombiana existían hechiceros que adivinaban las suertes, haciendo saltar la saliva de la mano o el zumo de la coca, hacia donde se hallaba lo perdido; estos sacerdotes se llamaban *Achicchacamac* (1).

Si han parado rodeo de ganado vacuno y ven que faltan algunos animales, los camperos o encargados de reunirlos empiezan a *coquear* y separan del montón tantas hojas grandes o chicas como animales falten, novillos, vacas grandes o terneros, diciendo, al sacar una por una; ésta es la vaca *Jagüané*, éste es el novillo colorado, ésta es la ternera osca, etc., según los colores de cada uno.

De este modo, creen que tales animales no se perderán y caerán pronto al rodeo.

III. La Pacha Mama

La *Pacha mama*, dice, y con razón, el erudito americanista señor Samuel Lafone Quevedo, es el nombre que se da en muchas partes al numen local o *Genius Loci*. Parece que fuera la fuerza femenina del Universo.

Este autor agrega: "El culto de la *Pacha Mama*, fálico como es, simboliza la fe en la fuerza

(1) Véase: Samuel A. Lafone Quevedo — El culto de Tonapa — Revista del Museo de La Plata, t. III, pág. 320 y sig.

reproductiva de la tierra, ideada como en el seno de la mujer".

La traducción de estas palabras es Madre de la Tierra: *Pacha*-tierra; *Mama*-madre; pero todos los calchaquíes de Salta traducen Madre del Cerro o de los Cerros, puesto que creen que ella tiene sentados sus reales en aquéllos.

En el Pucara, preguntando a una mujer, que en esto del Folk-Lore mucho me sirvió, a propósito de lo que era la *Pacha Mama*, me dijo:

Que era una mujer vieja, madre de todos los cerros y también su dueña, pues en ellos vivía.

Si por casualidad algún viajero, andando por los cerros, llegaba a verla, quedaba irremisiblemente en ellos desde ese momento o volvía a su casa tan influído, que el retorno a la mansión de la *Pacha Mama* se hacía rápidamente imprescindible.

La clase de influencia que podía ejercer sobre los hombres no me la supo explicar; pero, mucho me sospecho que esta tenga algo que ver con alguna unión semi-marital, parecida a las que se hallan en algunas leyendas guaraníes (1); total, un algo que apunta hacia lo fálico.

De ese modo se explicaría, que haya tanta gente aficionada a vivir en los cerros y el no retorno de los desaparecidos.

---

(1) Véase nuestro *Folk Lore Misionero*, leyendas de la *Caá-Jarí y Caá-porá.*

Siendo la madre de los cerros, hay que propiciársela en todo tiempo, porque de ella depende el éxito de cualquier faena que esté vinculada con la producción.

Su gran influencia llega hasta las personas, las cuales no comen, ni beben, ni *coquean,* sin antes derramar la parte que corresponde a la *Pacha Mama,* invocándola de palabra o mentalmente, con la frase consagrada: *Pacha Mama—Santa Tierra —Kusiya—Kusiya—*; es decir *Pacha Mama,* tu que eres dueña de la Santa tierra, haz que esto me haga buen provecho, o me vaya bien en la faena que voy a emprender.

En el curso de este trabajo, se verán las ofrendas que se le hacen, en el detalle de las diferentes ceremonias, por las cuales el lector se dará cuenta de la omnipotencia que le adjudican.

Esta veneración por la *Pacha Mama* no tiene límite, y raro es, entre la gente de allí, el que no le haya hecho su ofrenda por cualquier causa.

Si se trata de un viaje, se la invoca; al pasar por ciertos lugares se hace lo mismo, y se deposita el *acullico;* si se extrae arcilla para hacer objetos de alfarería, se la retribuye con cualquier ofrenda, etc.

A propósito de esto último, me ha sido referido que cerca de *Seclantás* hay un gran socavón, del cual, hace años, las mujeres extraen una arcilla baya para fabricar sus tinajas, y que colocadas en las grietas del mismo hay un sinnúmero de ofren-

das, consistentes en pedacitos de trapos, envoltorios de coca, *llicta*, papel, tabaco, cigarros y otros muchos objetos sin valor, puestos por las mismas mujeres.

IV. Creencias Religiosas

El elemento indio de la población del valle Calchaquí puede decirse que no tiene fe religiosa, en el sentido verdadero de la palabra.

Es puntual en la observación de las fiestas y ceremonias religiosas, como también lo es cuando se trata de hacer ofrendas, de invocar a la *Pacha Mama;* de modo que en él, la religión cristiana no ha hecho más que aumentar el número de sus supersticiones, sin disminuirle las muchas que ya tenía cuando los españoles entraron en esa región; lo único que el credo católico ha conseguido allí es simplemente modificar ciertas prácticas crueles y obscenas que en una época, parece, estuvieron muy en boga entre ellos.

El cerebro poco educado, infantil casi, de los indios que me ocupan, demasiado influído por la herencia de sus costumbres primitivas, no podía entrar de lleno en una evolución progresiva hasta poder comprender el ideal religioso, sin tropezar en ese camino con los mil obstáculos que le oponía la fuerza regresiva del atavismo de supersticiones, que pesaba sobre ellos.

Este empacamiento intelectual, diremos, no es

un fenómeno muy raro; por el contrario, todos los días lo observamos aún entre nosotros, en los individuos cuya educación ha sido limitada o carece de una base sólida.

La senda de la evolución religiosa es sumamente difícil de ser recorrida sin una preparación que preste a la mente una serenidad tal que le evite caer en la superstición.

En la clase del pueblo, y aun en la media, no es difícil hallar ejemplos a cada paso, y si así no fuera, no podrían vivir tantos charlatanes, adivinas y demás gentes del oficio, que medran al amparo de la estupidez o credulidad infantil que es inherente a las cuatro quintas partes de la humanidad.

Entre los jugadores y hombres de deporte, aun cuando sean de la mejor clase social, es frecuente también la superstición, y de allí ese cúmulo de mascotas o talismanes que muchos poseen, para propiciarse la buena suerte en sus vicios del tapete verde; todo esto combinado con mil cálculos que todos hacen, sin fijarse que el juego es de azar y desbarata en un momento todas sus ilusiones.

Ahora bien, si la superstición se halla aún arraigada poderosamente hasta en las grandes ciudades, ¿qué extraño tiene que también haya sentado sus reales en el cerebro inculto de los indios?

Además, los indios, subyugados, oprimidos por la codicia jamás satisfecha de los conquistadores y encomenderos, nunca pudieron comprender las

razones del por qué se les predicaban los principios de una religión, los más igualitarios y morales que existen y en los cuales flotan los sentimientos sublimes de amor y caridad, ya que esos principios con ellos no se practicaban.

Faltándoles esta base, los indios no vieron en los sacerdotes sino la continuación de sus agoreros, y en las imágenes otros fetiches menos monstruosos que los que antes adoraban.

Siguiendo las tendencias infantiles, que son inherentes a todos los salvajes, los indios se apasionaron por las imágenes, en las que veían figuras humanas, reconocibles a primera vista, y por las ceremonias religiosas que los imponían con su pompa, y los entretenían con la participación que en ellas tomaban.

El incienso, los ornamentos vistosos de los sacerdotes, la multitud de velas en los altares, las flores, el ornato de los templos, las procesiones con su cortejo de banderas, músicas, cohetes y descargas de fusilería, todo ese conjunto llamativo, debió naturalmente herir su imaginación infantil, y sin esfuerzo alguno abrazaron desde el primer momento una religión que les proporcionaba pasatiempos agradables, pero cuyos principios no entendieron nunca.

Como todo esto era cuestión de exterioridad, conservaron en su ser íntimo la religión de sus abuelos, tanto más fuertemente cuanto que sus prácticas eran prohibidas y vituperadas a *prima*

facie, sin explicaciones, ni razonamientos sencillos y convincentes, resultando con ellos lo que sucede con todos: cuanto más se prohibe una cosa, mayor deseo se tiene de ella.

Todas las familias indígenas poseen, en general, una imagen del santo de su predilección, ya sea pintada, ya *de bulto*: estas últimas de pequeño tamaño.

La mayor parte son importadas de Bolivia, y de una factura generalmente tosca y bizarra.

Casi todos se hallan encerrados en cajoncitos con dos puertas en su parte anterior, de modo que puedan abrirse y cerrarse a voluntad, pintadas con colores chillones.

Algunos de estos cajoncitos tienen tres santos; uno, el principal, ocupa el centro, y los otros dos, de yeso pintado, se hallan pegados en la parte interna de ambas hojas de las puertas.

Cuando no han podido conseguir santos *de bulto* los sustituyen con otros de yeso o pasta en alto relieve, encerrados en relicarios o medallones de lata o metal, con su correspondiente vidrio para que puedan ser vistos.

Para la fiesta del santo, todos los años lo llevan al pueblo más próximo, a fin de hacerle decir una misa, casi siempre cantada, con la procesión de ordenanza.

La conducción del santo se efectúa colocándolo en una angarilla especial, con un toldo que le cubre totalmente, a fin de que no tome sol; cuatro

personas, de cualquier sexo, lo llevan en andas, precedidas por otra, también a pie, generalmente un hombre que, durante la marcha, va tocando la caja o tamboril.

Este personaje o cajero, como allí lo llaman, es indispensable en toda conducción de santos, pues sin este requisito no andaría bien, o no quedarían satisfechos los que lo van a festejar, por creer que él forma parte principal de los honores que se le deben tributar.

El tamboril es circular, y de aro bajo; tiene una vaga reminiscencia con las cajas prusianas de guerra; generalmente lo llevan suspendido con la mano izquierda, o colgado debajo del brazo del mismo lado, y es tocado con uno o dos palillos que tienen en su extremidad una pelotilla de trapo.

De este instrumento se sirven también para acompañarse en sus cantos de carnaval. Casi todos los ranchos poseen uno y son de un peso muy reducido.

Detrás del santo van algunos fieles a pie, rezando el rosario o cualquiera oración, y luego, en larga fila, siguen los demás acompañantes, hombres, mujeres y chicos, encaramados en caballos, mulas y burras, ya solos o con alguno en ancas.

De tiempo en tiempo, los que llevan el santo en andas, se remudan con otros de los que vienen

a caballo, montando los relevados a su vez, para descansar un poco.

Sólo el cajero sigue sin relevo durante toda la marcha, aun cuando ésta sea de diez leguas, fiero de su puesto y gozando al son monótono de su instrumento, el que, difícilmente, cedería a otro.

Llegados al pueblo, se hace repicar para que se reciba dignamente a la imagen, disparándose al mismo tiempo varios escopetazos y habiendo estallar algunas gruesas de cohetes.

Antes de llevar la imagen a la iglesia, se la conduce a casa de alguna vecina, para componerla.

Hay ciertas personas que se ocupan de esto, y tienen ya preparadas varias guirnaldas de flores de trapo y de papel, con que adornan el templete debajo del cual se halla el santo.

Algunas *compositoras* lo hacen por fe religiosa y otras como pretexto para vender algunas tinajas de chicha fabricada *ad hoc* para el consumo de sus numerosos clientes, los que son infaltables en las fechas respectivas.

Compuesta la imagen, hay nuevos repiques, nuevos tiros y nuevos cohetes, y en medio de toda esta batahola se la lleva a depositar en la iglesia, donde queda hasta el día siguiente, colocada a la derecha del altar mayor, sobre una mesa, para decirle su misa correspondiente.

Esa noche los fieles, para empezar a festejar al santo de su devoción, se entregan a libaciones copiosas y a los pintorescos bailes de la tierra, pero

a pesar de todo nadie falta a la función religiosa de la mañana siguiente, pues saben en estas ocasiones conservar su integridad individual en el justo medio.

La fiesta religiosa se compone de una misa cantada, con mayor o menor pompa, según los posibles de los fieles y de una procesión de la imagen alrededor de la plaza, precedida por los que costean la fiesta, que en este caso se llaman *alféreces* y que llevan, el que tiene mayor derecho, una bandera o estandarte y los otros dos que le siguen en contribución, unas cintas que penden del asta de aquélla; además, todos cargan con un cirio encendido.

De tiempo en tiempo estos tres personajes hacen un alto y se dan vuelta, saludando con el estandarte, a lo que llaman hacer la venia al santo.

Delante de todos va la música, generalmente un clarinete y un bombo, y al lado de éstos el cantor de la iglesia que recita unos salmos con acompañamiento de esta singular orquesta, que a intervalos, mientras que aquel descansa, cambia de tiempo, y ejecuta una alegre marcha.

Las campanas continúan repicando durante todo el trayecto, mientras los encargados de la pirotécnica redoblan sus esfuerzos reventando cohetes y descerrajando fenomenales disparos con sus fusiles de chispa o fulminante, cargados con porciones inverosímiles de pólvora.

Una vez vueltos a la iglesia, hacen buena provisión de pólvora, cohetes y alcohol, y con las mismas fórmulas se llevan el santo a sus domicilios, donde se hace el *Misa chico*.

El *Misa chico* consiste en rematar algunos adornos del santo, divididos en porciones diminutas que llevan los asistentes a sus respectivas casas para que les sirvan de reliquias.

Por éstos, cada uno da un tanto en dinero, el que se conserva para ayudar a pagar las costas de la función que le harán el año próximo.

Terminado el *Misa chico,* guardan el santo con quien ya nada tienen que hacer, puesto que han cumplido con él, y al son de la música terminan la fiesta del modo acostumbrado: alcohol y baile.

Esto último demuestra, una vez más, lo ya afirmado sobre las creencias religiosas de aquella gente.

Para ellos todo está en el cumplimiento de las prácticas correspondientes a tal o cual ceremonia; ésta terminada, se consideran tan libres de compromisos religiosos como en el primer día, y se entregan ingenuamente a los mayores excesos, con la tranquila conciencia del deber cumplido.

Hecho curioso fué el ocurrido, no ha muchos años, en el distrito de Payogasta.

Ocurriósele a un señor sacerdote, para redimir almas, organizar una procesión de penitentes con todo su cortejo de flageladores y demás arrepen-

tidos; era como un trozo de la Edad Media transportado a aquel rincón de los valles, en pleno siglo XIX.

Los penitentes se portaron. La mayor parte llevaba pedazos de *cácteas* en la cabeza, sufriendo los pinchazos de las espinas y cargando unas pesadas cruces en los hombros, flagelándose los otros las desnudas espaldas con disciplinas fabricadas al efecto, caminaban algunos a duras penas a causa de los granos de maíz que habían colocado en sus botines, en tanto otros precipitaban los cuerpos contra las zarzas y espinas de los cercos vecinos; y todos, hombres y mujeres, llenos de santo arrepentimiento, lloraban fuertemente dando furibundos alaridos, en la intención, sin duda, de quitar de sus cuerpos los pecados. Marcharon así gran trecho, purgando penas reales o imaginarias, al son del chasquido de los látigos y bajo el peso aplastador de las cruces.

Tarde ya, terminó la procesión. Una hora después, los penitentes, reunidos en casa de una de las *Magdalenas,* que más arrepentimiento y celo demostrara por el llanto vertido y los disciplinazos que se diera, se entregaban a un baile pintoresco y a un beberaje desenfrenado, para resarcirse, quizás, del mal rato pasado cuyas penitencias y mortificaciones parecían haberlos excitado más.

Con respecto a los santos que poseen y por los cuales son tan afectos, tienen también sus ideas raras.

Los más preferidos son los que se hallan representados con animales, de los que los creen protectores, algo así como cuidadores celestiales de los que ellos a su vez poseen.

De aquí que San Marcos presida sus yerras, por estar pintado con un toro. San Juan la marca de corderos, por estarlo con uno de éstos. Santiago, las carreras y todo lo concerniente a los caballos, porque monta uno, y así por el estilo.

En el día de este último hacen hervir el maíz en mazorca, operación que llaman *Tistincha*, y lo comen rezando *padrenuestros* y *credos*.

En muchas casas convidan a los vecinos y hacen galopar a los caballos para que no mueran. Casi siempre hay carreras en esas ocasiones.

Para San Juan, juegan con baldes de agua, como si fuera carnaval, y hacen, en la noche anterior, grandes fogatas, incendiando las plantas secas de las márgenes del río Calchaquí, lo que da por resultado, muchas veces, que ardan grandes extensiones y el fuego se comunique a los numerosos cercos de rama de los potreros vecinos.

Santo con el que no guardan muchas consideraciones, es con San Antonio, quien según ellos necesita mucho rigor.

Invocado cuando se buscan objetos perdidos, es sometido, de no hallárselos, a las siguientes afrentas: Se le tapa la cabeza con un trapo colorado, se le tira o se le clava de cabeza en el suelo, lo arrojan a las tunas y cácteas, lo retan y casti-

gan, le hacen pisar dinero y hasta, por fin, se le pisa en un mortero.

Muchas de estas creencias son de origen español y boliviano; a propósito de ellas referiré una práctica curiosa, ya perdida, pero que hasta el año 1873 ó 74 subsistió cerca de la ciudad de Salta, en un barrio especial llamado del Chañar, en su mayor parte habitado por bolivianos conocidos bajo el nombre de cochabambinos por ser, en su casi totalidad, naturales de la provincia de Cochabamba.

Todos los años hacían una fiesta especial, con el objeto de sacar almas del purgatorio. Colgaban de un alto árbol un columpio, en el que los voluntarios se hamacaban hasta poder alcanzar los gajos superiores. De conseguirlo, el alma salía del purgatorio; de lo contrario, quedaba en él hasta conseguir el éxito en una nueva tentativa.

No es difícil comprender que en este peligroso juego más de uno sufría un buen porrazo, fracturándose una costilla o un miembro cualquiera, sin que por ello la fiesta cesara, antes por el contrario, abundaban los porfiados, que envalentonados por el alcohol ingerido en la jarana general, tentaban su suerte.

Tan singular costumbre, de probable origen remoto, pertenece, seguramente, a la época precolombina; algún día se hallará su razón de ser, por ahora no es posible más que consignar el dato.

V.—Enfermedades y modo de curarlas

Cuando aquella gente se siente enferma, revelando los síntomas de una afección, diagnostican inmediatamente: si el paciente es varón, que se le ha subido el *padrón,* si es mujer, que la *madre* ha cambiado de lugar.

Tanto la *madre* como el *padrón* son órganos especiales que creen que llevan suspendidos en el interior del cuerpo, entre el pecho y el vientre.

Como son sumamente desconfiados, y por lo tanto reacios para tomar medicamentos, llaman a sus *medicas,* a fin de que los curen.

Estas, después de su diagnóstico, les administran brebajes de yuyos silvestres o hacen ciertos exorcismos con cintas o papeles azules.

Muchos, como he tenido ocasión de observar, en Cachi, llevan como preservativo para toda enfermedad y desgracia una pequeña cruz de palitos delgados, cosida en la copa del sombrero y en la parte delantera, a semejanza, aunque más pequeñas, a las llevadas por los soldados católicos en Francia en tiempo de los Hugonotes.

Otros, para vivir muchos años, no trepidan en tomar sangre de cóndor, por creerlo animal de larga vida, y según ellos incorporan así a su economía las propiedades que posee aquella ave.

Esta creencia es común a muchos pueblos y co-

nocida es en algunos la costumbre de comerse, después de un combate, el corazón o parte del enemigo muerto, para incorporarse así su bravura.

Entre los guaraníes se nota el uso o la fabricación de objetos con material animal y con el mismo fin; así entre los yerbateros paraguayos existe las costumbre de hacer las alzas o correas para conducir a hombro la yerba, de cuero de Tapir, pues dicen que, como este animal es de mucha fuerza, las correas se la trasmiten a ellos.

Pero la superstición más curiosa que tienen es la de que, según diagnóstico de la *medica,* al enfermo se le ha ido el *Esperito* (espíritu), cuando se halla en estado comatoso, o medio loco, a causa de un gran golpe o de una formidable borrachera y en cualquier otro caso en que haya algún síntoma mental.

Creen en la existencia de un espíritu o alma, que tiene la facultad de desprenderse del cuerpo, dadas ciertas circunstancias especiales. Propiedad ésta que suponen más desarrollada en los niños, de aquí que haya madres que para evitar que los hijos pierdan el espíritu, los fumigan con basuras que recogen en los cuatro ángulos de la casa, prendiéndolas fuego después de rezar un *Credo.*

Otras, más previsoras, hacen recorrer, además, todas las tardes y por otras chinas, los lugares por donde sus hijos han pasado, con el objeto de que llamen a gritos a los espíritus respectivos dándoles

el nombre de sus dueños; esta prudente medida dificulta la probabilidad de que algún espíritu rezagado y andariego no pueda retornar a su redil.

Entre las personas de cierta edad, hay además la creencia de que cuando duermen sin soñar el espíritu se les ha alejado.

Cuando a un enfermo, en virtud de un síncope, etc., se le ha ido el espíritu, encargan su busca a la *medica,* la que, mediante remuneración establecida, desempeña gustosa el encargo.

La ceremonia, muy interesante, ha de efectuarse de noche o al oscurecer; empieza la *medica* por averiguar el lugar por donde el enfermo ha andado, que ha de ser, sin duda, un cerro, ya que en éste debe hallarse lo que le ha asustado: la visión de la *Pacha Mama,* por ejemplo.

En seguida, y antes de dirigirse al punto indicado, pone una vela encendida debajo de un *virque* o tinajón de barro, en la puerta de la habitación del enfermo, y lleva, si éste es hombre, su faja, y si es mujer un rebozo. Luego, y acompañada por dos hombres, contratados para el caso, que toman a causa de la función que desempeñan el nombre de gritadores y llevan hachones encendidos o tizones ardiendo, marcha la *medica* hacia el lugar do presume encontrar el espíritu calavera.

A él llegada, liba en honor de la *Pacha Mama* y entierra chicha, comida, coca y *llicta,* pronunciando la siguiente oración cristio-pagana:

Pacha Mama-Pacha cauca
Pacha luntu-Señora Santa Ana
Ondura aucu marco
Patrón largapúai
Amacutichipuaicho.

Lo que tiene el significado de un pedido hecho a la Pacha Mama o madre del cerro, para que libere el espíritu y no lo retenga allí.

Después, revoleando sus tizones en el aire, los gritadores llaman al espíritu, pronunciando a grandes voces el nombre del enfermo, al mismo tiempo que dándose vuelta todos acompañan, sin mirar hacia atrás, a la *medica* que arrastra por el suelo la faja o el rebozo hasta llegar a la casa del enfermo en cuya habitación penetran. Retira la *medica* la vela del tinajón y con ella en la mano, después de haber colocado debajo de la cama del enfermo la prenda arrastrada, da vueltas alrededor de aquél, rezando un número conveniente de *Credos*. Coloca asimismo debajo de la almohada la vela apagada y se retiran los presentes de la habitación dejando sólo al paciente hasta el día inmediato, para que pueda, sin ser molestado, retornar el espíritu a su cuerpo.

Tal superstición recuerda el *doble* de los antiguos egipcios, ya que sin darse cuenta, los calchaquíes no identifican el espíritu con el alma, puesto que aquél puede alejarse continuando vivo el individuo, de modo que cabe suponer que para su modo de pensar es una segunda alma, un *doble*.

VI.—Prácticas funerarias

El enfermo está mal, reina en el rancho un profundo silencio, apenas interrumpido por los sollozos ahogados de alguna mujer que presiente un desgraciado fin.

Los hombres, inmóviles los rostros, toman actitudes de estatuas; a veces se nota en ellos el cambio del *acullico* en la boca, o que muerden un pedazo de *llicta*. En tanto que en la cocina hierve en la olla de barro el locro cuotidiano o el yuyo medicinal que ha de tomar el enfermo.

Hombres y mujeres, los sombreros puestos, aguardan con resignación fatalista, sentados o de pie, que el mal tenga su desenlace y vienen o se van, para volver luego, con andares de sombras.

Empieza el delirio agónico. Se miran los circunstantes con angustia, escuchando dolorosamente las frases incoherentes del moribundo. Declara con voz persuasiva un viejo que menea tristemente la cabeza, que todo está por concluirse porque al enfermo le ha abandonado el espíritu para recorrer en esos momentos los lugares familiares y despedirse de ellos y los amigos que allí tuvo.

El período del estertor sobreviene, el enfermo se muere, razón más que suficiente para que sin aguardar el último suspiro, después de cubrirle la cara con un pañuelo, se alejen los suyos dejándole morir en paz.

Tal abandono que a muchos parecerá crueldad inconcebible, representa, sin embargo, un progreso moral en los calchaquíes actuales, ya que no hace aún muchos años los agonizantes eran *despenados,* y en prueba de ello transcribo un párrafo del señor Lafone Quevedo (1) que habla de tan bárbara costumbre.

"En aquellos tiempos, cuando recién llegué al país, había ciertas mujeres que solían ser llamadas para ultimar, como enfermeras, a esos desgraciados que prolongaban demasiado la agonía de la muerte.

"Los curas y las autoridades perseguían esta horrenda costumbre, pero se hacía con gran sigilo; la del hecho no creía pecar ni venialmente, y muchos infelices anticipaban su viaje a la eternidad, con un movimiento de artista que le quebraba el espinazo.

"Es horrible este cuadro, pero, más tarde, los llorones, a gritos, hacían honor al muerto, y el padre nuestro y otras oraciones cantadas antifónicamente reproducían ceremonias del tiempo de la idolatría, vestidas con algo de los símbolos del cristianismo que ponía remedio al mal".

Al día siguiente, al llevarlo a enterrar, los deudos prorrumpían en gritos, la viuda, destrenzada y con el pelo suelto, marchaba delante del ataúd lanzando gemidos y llorando copiosamente. De no

(1) Londres y Catamarca. Cartas a "La Nación", 1883-85. Imprenta y Librería de Mayo, 1888, pág. 124.

ser así, los encargados del transporte del cajón no podrían efectuarlo, porque aumentaría de peso extraordinariamente (1).

Al depositarlo en la fosa, el cónyuge sobreviviente derrama sobre el cajón en forma de cruz un puñado de tierra, los demás se despiden del mismo modo y la llenan clavando sobre ella una cruz de madera. Dentro del cajón una mano piadosa ha colocado un atadito de coca y llicta.

Han pasado ocho días y aun la viuda continúa con el cabello suelto.

Los parientes y amigos vuelven a reunirse en la casa mortuoria para proceder al *lavatorio,* para lo cual la noche anterior han velado las ropas del muerto, colocadas en una mesa o en el suelo, pero de modo que imiten la forma humana.

Al día siguiente y temprano, se dirigen todos hacia el río o arroyo más próximo, llevando el caballo ensillado, el perro y todos los objetos pertenecientes al finado, sin olvidar las ropas, el arado, la pala, en una palabra, todo lo que en vida usó (2).

Una vez allí, los amigos comienzan por lavar a la viuda haciéndola bañar y luego, ya bien lavada la cabeza, la peinan (3).

---

(1) Cuando se trata de personas casadas, es de práctica que el que queda viudo encabece el acompañamiento, porque si no dicen que el cadáver no quiere ir al cementerio.

(2) Si la muerta ha sido mujer, llevan sus husos, peines, lizos y demás piezas del telar, ollas y todos los objetos que le pertenecieron.

(3) En Molinos últimamente lavaron a un viudo de 70 años, quien cogió, de resultas del baño, una neumonía que lo mató.

Terminada esta operación, proceden al lavaje minucioso de todos los útiles; al caballo, después de lavado, lo tuzan y componen, largándolo en seguida.

Al perrito, luego de realizado el indispensable lavaje, le dan de comer bien, concluído lo cual lo ahorcan y entierran junto al sitio del baño para que su alma sirva de cabalgadura a la del finado.

Vueltos a la casa mortuoria, planchan, si es posible con toda prolijidad, la ropa lavada y algunos la queman, seguramente para que vaya también a reunirse con su antiguo dueño, mientras otros la guardan hasta el cabo de año, para usarla recién después de la ceremonia que entonces efectúan.

Para esa época, vuelven a reunirse los parientes y amigos, si les es posible, para dirigirse al pueblo más próximo donde harán oficiar una misa por el descanso del alma. Terminada la cual retornan a la casa mortuoria, prorrumpiendo, al llegar, en grandes gritos y lamentaciones a los que hace coro la desolada viuda.

Se sientan, luego al rededor de la casa y conversando en voz baja se entretienen en *coquear* y tomar *chicha* u otras bebidas alcohólicas hasta las doce de la noche, hora en que la viuda aparece de pronto, vestida con un traje de color rojo que indica la terminación del luto y entonces los presentes abandonan su compostura e inician un baile

que se prolonga hasta el día siguiente, en medio de sendas libaciones y gran algazara.

Llega el 1.o de noviembre, día de todos los santos, en el cual en todos los hogares se prepara la cena de las almas de los que murieron, la que ha de efectuarse en esa noche, como víspera del día de difuntos. Para ello los deudos, vestidos de luto, matan cabras, corderos, gallinas, etc., que cocinan esmeradamente.

Preparan una mesa, colocando tantos platos como muertos haya habido en la familia y un número igual de velas encendidas, lo mismo que las primicias de las frutas secas conservadas para el acto, los primeros quesillos, la primera *chuchoca* (1), la mejor coca, cigarros, abundante aguardiente, chicha y *aloja* de algarrobo, preparada al efecto, en una palabra, todo lo mejor de que disponen en comestibles, bebidas y vicios. Cierran entonces las puertas para no penetrar en el cuarto hasta el día siguiente.

Rezan durante la noche el rosario y velan al exterior del cuarto, esperando que las almas, que ellos suponen de viaje, vengan a servirse sus porciones.

A las doce del otro día, abren las puertas, y después de haber enterrado en el fogón parte de las vituallas o de arrojar, como hacen otros, las provisiones de los muertos al fuego, se reparten el res-

(1) Chuchoca es el choclo o maíz verde secado al horno, para ser empleado después como el maíz común en el locro.

to entre los asistentes, quienes, a la salud de los que fueron, se entregan a las libaciones acostumbradas, en medio de una general jarana terminada algunas veces con bailes y cantos.

Tan curiosa costumbre de indudable origen indígena se asemeja, por sus ofrendas de alimentos a los muertos, a las prácticas antiguas y análogas de los egipcios. Lo que más la distingue es la idea formada respecto al medio de supuesta comunicación con los extintos.

El fuego es el vehículo comúnmente de mayor empleo, pasando por él la ropa, los útiles, la comida, etc., para que en la forma espiritual de humo se eleven hasta las regiones do suponen que las almas moran; no es extraño así que en otro tiempo al sacrificar un animal lo hayan también quemado, práctica hoy interrumpida, como se vió cuando del sacrificio del perro nos ocupamos, sin duda a causa del tiempo que demandaba y por tratar los calchaquíes actuales de abreviar sus ritos en el deseo de ocultarlos mejor al conocimiento de los profanos de quienes temen ser juzgados idólatras.

Pero de cualquier modo. este culto a los muertos no deja de tener un gran fondo de sentimiento, afirmando de un modo indiscutible que los calchaquíes creen en la inmortalidad del alma.

VII.—La siembra

Para las siembras, de igual suerte que para las siegas, trillas, deshojamientos de maíz, y demás faenas rurales, si son hechas en casa de pequeños propietarios, no faltan comedidos que a ella voluntariamente se presten, gracias a las fiestas sucedáneas o inherentes a las ceremonias que con tal motivo se practican.

Para iniciar la primera, el dueño de casa se provee de dos toritos de barro cocido y de color rojo, ya sueltos o sobre una plancha de arcilla del mismo color, los que deben tener dos aberturas, una en la boca y otra en el lomo y un tamaño que varía entre veinte y treinta centímetros. Dentro de uno de ellos echan aguardiente y del otro *chicha* de maíz.

Hacen, además, otro torito de *llicta*.

Llegado el momento de la siembra y hallándose reunidos todos los participantes, adornados con cintas, flores y moños de diversos colores, sean hombres o mujeres, el dueño de la casa *carnea* el torito de *llicta* y reparte los trozos para que *coqueen*.

Se dirigen luego al lugar en que se hallan amontonadas las espigas de maíz destinadas a proporcionar el grano que ha de sembrarse, hacen derramar sobre ellas, por la boca de los toritos, el aguardiente y la chicha, al par que hacen lo propio con cierta cantidad de coca y de *llicta*.

Para que en tal ceremonia no falte la faz cristiana vuelcan también agua bendita, mientras los presentes bendicen la semilla.

Terminadas estas prácticas, las mujeres se reparten las semillas, en tanto los hombres se hacen cargo de los arados, uncidos a los cuales se hallan bueyes con los cuernos adornados con pañuelos de colores, coronas de flores, ramas de sauce, etc., empezando la apertura de los surcos, dentro de los cuales las mujeres derraman semillas desgranadas de las espigas que llevan.

Concluída la siembra vuelven todos a la casa habitación para *chancar* el gusano, esto es, hacer una merienda menudeada de chicha y terminada por un baile.

En la quebrada de Humahuaca, provincia de Jujuy la siembra se efectúa con otras ceremonias.

Ante todo, en una olla especial, cocinan un locro de maíz y librillo de vaca que llevan al rastrojo, y allí con unos platitos gemelos sacan parte de aquél y lo derraman sobre las espigas de maíz destinadas a la siembra; igual cosa hacen con *chicha* y aguardiente que previamente han colocado en dos *Yuritos,* cántaros pequeños de boca angosta y también gemelos a los que llaman *Kospanchar.*

El resto de la comida y bebida, conjuntamente con los platos y *yuros,* es enterrado en el centro del rastrojo con un poco de coca y llicta, diciendo,

mientras derraman la bebida, el encargado de la operación, que es el más viejo, las siguientes palabras sacramentales:

Pacha Mama, Santa Tierra
Kusiya Kusiya

Invocación hecha a la *Pacha Mama* para que proteja la operación.

Luego comen todos en el mismo rastrojo para continuar la siembra en la misma forma descripta en la del valle calchaquí. El mismo viejo de la invocación monta a caballo y desparrama, cantando y gritando, los marlos del maíz sembrado y en el borde del rastrojo a fin de preservar la futura sementera del avance de los loros.

Concluída la siembra empieza el *Güaipancho*, que consiste en correrse mutuamente, para tirarse al rostro barro de diversos colores, blanco, negro, colorado y amarillo del que cada uno ha hecho una provisión previa.

Como las sementeras tienen a menudo que hacerse a orillas de ríos y arroyos, en atención a las condiciones del suelo y a la escasez de agua, y aquéllos fácilmente llevan con el ímpetu de sus crecientes porciones de tierra cultivada, fabrican reparos de ramas o de piedras para desviar las corrientes o amortiguar sus choques. Sin embargo no creen en la eficacia de los mismos si no se ha puesto en sus cimientos cabezas de chancho y cáscaras de huevo con sal.

Cuando efectúan la trilla de trigo, operación que realizan las yeguas pisoteando en la era y siendo necesario aventarlo para separar la paja del grano, si no corre el viento indispensable, abrigan la superstición de que llamándolo acude solícito y para ello levantan un pañuelo sobre un largo palo dando silbidos prolongados y hasta, según creo, ciertas palabras misteriosas que no he podido recoger.

Procedimiento es éste casi idéntico al empleado por algunos marinos de veleros, lo que no haría difícil que tal superstición fuera de origen español. Cuando se desencadena alguna tempestad cargada de granizo, enemigo mortal de las cosechas, los perjudicados no hallando otro medio de anularlo hacen cruces de ceniza en el suelo y echan a rodar huevos de gallina para aplacar de algún modo la furia de los elementos.

VIII.—La yerra en las cumbres

Cuando se va a señalar las cabras, entre las gentes de los cerros se hace una gran fiesta; el dueño de los animales prepara bastante bebida y comida, invitando a todos los amigos y parientes para el día indicado.

Si alguno de los invitados tiene un San Marcos o un San Juan, lo lleva a la fiesta para que sirva de protector a la majada, por ser abogados

de los animales, según ellos, como ya se ha dicho en el capítulo de las *Ceremonias religiosas.*

Una vez reunidos, se sientan alrededor de una mesa, sobre la cual hay puesta abundante coca. Cada uno dice: "con permiso" y se sirve una porción, empezando por separar las hojitas enteras. Todos hacen lo mismo hasta que ya no queden más sobre la mesa.

Entonces, cada cual procede al recuento de las hojitas que ha separado y contando cien por cada hoja las entregan al dueño de la casa diciéndole: "En nombre de San Marcos le doy trescientas, cuatrocientas, etc." con lo que quiere significar el deseo de ver aumentada la majada.

El dueño de la casa recibe estas hojitas en su *chuspa,* que es la bolsa en donde coloca la coca para su uso.

Estos ofrecimientos, generalmente, se hacen con relación, es decir, con versos dirigidos al dueño o a la dueña de casa, mientras todos los concurrentes *coquean.*

Terminado este acto se dirigen al corral para dar comienzo a la señalada; los compadres del dueño de casa, encargados de la operación en tales casos, eligen una pareja de cabritos, un cordero y una oveja o un ternero y una ternerilla, según la clase de hacienda que ha de marcarse, con el objeto de casarlos.

Los adornan para ello con flores y borlitas de lana de diversos colores colgados al cuello o de los

cuernos y tomando uno la comadre y otro el compadre, los hacen *abrazar*, dándoles un poco de *chicha* y aguardiente y poniéndoles en la boca unas hojas de coca. Con un poco de tierra tomada del corral les hacen una cruz en la frente y les dan la bendición con estas palabras: "En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo, que Dios te haga buen cristiano y te dé su santa bendición".

Concluído tan curioso casamiento, reminiscencia de los idénticos que en otra época practicaban con las llamas, los compadres señalan las cabras y con la sangre que mana de las ovejas mutiladas mojan la cara de la dueña de la casa, para que, según dicen, gane en salud ella y la majada.

Entonces el dueño de la casa, dirigiéndose a los presentes, habla en estos términos:

"Señores: servicio tero huahaíchi túcui"
"cáibi tiahjcuna yanapahuaíchi"
"sisachaita."

Cuya traducción es la siguiente:

Señores: todos los que están aquí háganme el servicio de ayudarme a florear (1).

---

(1) Esta palabra florear, es decir adornar, es seguramente la que empleaban antiguamente cuando procedían a señalar las llamas, a las que sólo perforaban las orejas, al objeto de colocarles un adorno de lana, coloreada según el gusto del dueño del rebaño. Por costumbre la han aplicado también a las señaladas de cabras.

Dicho lo cual, todos empiezan el trabajo de señalar, entregando al dueño de casa los pedazos de las orejas, las que va guardando dentro de la *chuspa* de coca.

Cuando terminan la *señalada,* hacen aspersiones con aguardiente y *chicha,* dando todos vuelta alrededor del corral; luego, de rodillas y con los brazos en cruz, rezan el credo; sueltan después el ganado hacia el lado por donde aparece el sol, así aquél se multiplicará pronto, tirándoles piedras, el *acullico* de coca, y gritando a la vez: "tropa, tropa, tropa, tropa".

Se arrodillan nuevamente para rezar otro credo y levantar cada uno una piedra del suelo, haciendo con ellas un montoncito en el lugar en que se han detenido después de haber acompañado a la tropa, media cuadra, más o menos.

Hecho el montón de piedras se dan todos la mano y felicitan al dueño de casa haciendo votos por que en el año venidero haya aumentado su ganado y retornan a la habitación, en donde les espera abundante *chicha* y baile.

En el día siguiente, el amo de casa, acompañado de los que aún quedan, busca un hormiguero para enterrar las orejas y las hojas de coca obsequiadas en el festín del día anterior.

En algunos puntos, como ocurre en *Amblayo,* cuando de marcar animales grandes se trata, acostumbran, una vez terminado el trabajo, hacer acostar en el suelo a hombres y mujeres, de a pa-

rejas por vez, en forma que el hombre cruce la pierna por sobre la de la mujer.

El marcador, con la marca empapada en pintura roja, se les acerca y se la aplica, ya sobre la ropa, ya sobre un trozo de cuero traído exprofeso.

Además de esta ceremonia que tiene mucho de inmoral, tienen otras del mismo género como la de derribar al dueño de casa y simular que se le castra, echando a rodar grandes zapallos para figurar con ellos los testículos extraídos y volcándole botellas de bebidas que ofician de sangre derramada en la operación, todo esto, como es de comprender, en medio de risotadas generales.

Costumbres obscenas que son con seguridad rezagos de algún culto fálico al cual no serían extrañas ciertas bacanales de color más subido de las hoy practicadas y que debieron tener lugar en la época en que necesitaban ayudar a las llamas en sus funciones reproductivas. Algo debe referirse a esto cierta pastoral que un obispo de Chuquisaca, según creo, lanzó allá por los tiempos coloniales, prohibiendo bajo pena de excomunión mayor, la intervención de los hombres en la faena antedicha.

En todas estas yerras separan también los *illas*, que son animales machos castrados, destinados a servir de mascotas al rebaño y a los que difícilmente matan por creerlo perjudicial para las tropas o majadas.

Los *illas* pueden también ser objetos: así, guar-

dan religiosamente parte de la lana de la primera vicuña cazada en el año, lo mismo que la del guanaco, el cuero de la primera chinchilla, las plumas de ciertas aves, etc., que conservan en ataditos junto con un poco de coca, para que les sirva de talismán.

Lo mismo hacen con las cabezas de los animales que cazan, los cuernos de las cabras que carnean y las primeras mazorcas del maíz recogido, sobre todo si éstas tienen *guachos,* es decir, si están rodeadas por otras abortivas.

Además, cada dueño de rebaño no deja de tener algunos fetiches de piedra, los cuales representan toscas figuras de animales, que son de importación boliviana, pues los *coyas junqueños* que bajan con remedios para la venta, son los que los traen vendiéndolos a buenos precios.

IX.—Carneada de animales

Para la gente de los cerros reviste suma importancia el acto de carnear un animal vacuno o cabrío. Como ellos viven, puede decirse, en íntimo consorcio con sus animales, les toman un cariño entrañable; así, no es raro lloren, sobre todo las mujeres, cuando sacrifican alguno.

Es imposible conseguir de ellos la venta de un animal, una cabra, por ejemplo; siempre hallan algún pretexto para la negativa; si la tropa as-

ciende en número a cincuenta, los cincuenta tienen algo que alegar en su favor, unas porque son las *illas* del rebaño, otras por ser *huachas,* criadas por la cabrera o la dueña de casa, tal por ser hija de tal cabra sin más hijos que ella, etc., las que restan por ser propiedad de un hijo o haberse criado en compañía de él. De modo que no queda más remedio, a menos de quedarse sin comer, que matar de un tiro al que se apetezca y pagar luego su importe, evitando rodeos y discusiones (1).

Esta repugnancia para la venta y el sacrificio de las cabras se explica fácilmente cuando se observa el modo que tienen de criarlas. En los cerros se encuentra a cada paso las pastoras constantemente detrás de las cabras, de cuya leche y un poco de maíz que traen del bajo se alimentan.

A la oración, después de juntar el rebaño lo encierran en el corral y pasan en él la noche, sintiendo el bucólico balido de los chivos que a tales horas parecen dialogar.

De tal suerte las pastoras se familiarizan con sus cabras que éstas las reconocen y se dejan im-

---

(1) El señor Lafone Quevedo en su libro "Londres y Catamarca" pág. 117, refiere lo siguiente:

"Los indios tienen una superstición que los indispone a vender cabritos o corderos, sea porque no quieren vender o porque realmente creen que así sucediera, lo cierto es que ellos invocan la disculpa que si sacan un animal de éstos a la tarde, irá a menos la majada, y con ello por pretexto no venden nada."

punemente coger, lo que no harían tratándose de otra persona.

Durante la época de la parición, a la caída de la tarde, se les ve llegar en pos de su rebaño llevando en sus brazos a los cabritillos recién nacidos, a los que con toda solicitud hacen amamantar por las madres, que en siendo primerizas son algo casquivanas y poco amantes de sus crías.

Separada de su rebaño la pastora, sufre su nostalgia de inmediato; así en un lugar llamado *Cachi adentro*, cercano del pueblo de Cachí, hube de conocer una pastora que relevada después de diez años de servicios, se había afectado de tal suerte que caminaba todas las tardes legua y media, hasta la casa de una tía, al sólo objeto de acostarse cerca del corral, pues de otro modo no conciliaba el sueño.

De aquí que la muerte de una cabra produzca un gran dolor entre gente tan sencilla. Para carnearla la colocan de este a oeste, mirando hacia el primero, dejándole las patas sueltas, a fin de que pueda moverlas con soltura, por creer que así el espíritu va a reunirse más ligero con la majada y el procreo no mengua.

Tratan al degollarla de cerrarle la boca para evitar los gritos, pasándole por la cara, a fin de que no vea, la primera sangre que sale. Al mismo tiempo, la mujer que eso ha hecho hace aspersiones de sangre a los cuatro vientos, diciendo unas palabras que no he podido conocer, habiendo úni-

camente averiguado que tienen por fin el aumento del rebaño.

Ya por expirar el animal, le acerca la *chuspa* de coca a la boca para recoger en ella su último suspiro.

Interesante costumbre, por la que parece creyeran incorporar a la suya el alma de la cabra, en la coca que luego han de mascar.

Si el animal sacrificado fuera grande, un vacuno, después de realizadas las mismas ceremonias, manchan las puertas del rancho con la sangre, pintando una cruz; otros entierran además, en los cuatro ángulos de la casa una porción de sangre, por creer que aquélla es muy hambrienta y hay que darle alimento para que nunca falte allí.

X.—La caza de vicuñas

Para cazar tan gracioso rumiante, los calchaquíes tienen un sistema curiosísimo.

Llegada la época, los cazadores se reunen formando compañías mandadas por capitanes elegidos por ellos y a los que obedecen ciegamente.

El capitán pasa revista a su gente y después de haber constatado cuáles son los cerros más ricos en caza, la dirige a ellos; cada uno de los hombres marcha provisto de un atado conteniendo estacas y una larga cuerda de lana, de la que cuelgan, de trecho en trecho, cintas de colores vivos.

Formados los cazadores al pie del cerro, el ca-

pitán hace un agujero en el suelo, en donde todos depositan una ofrenda de coca, cigarros y *llicta*, en tanto que el primero, derramando un poco de aguardiente, invoca, para que le sea propicia en la cacería, a la *Pacha Mama*, en la siguiente forma:

Pacha Mama-Santa Tierra.
Kusiya Kusiya
Vicuñata cuay
Amá-mi-uaicho
Kusiya Kusiya

Cuya traducción libre es:

Madre del Cerro y de la Santa Tierra
Haz tú que nos vaya bien,
Danos vicuña y no nos las mezquines,
Danos fortuna y no nos hagas enfermar (apunar)
Haz tú que nos vaya bien!
Haz tú que nos vaya bien! (1).

Concluída la invocación, se deshace la *Kacha*

(1) Esta invocación debería hacerse más bien al *Llastay*, que es el dueño de las Aves, nombre genérico que aplican a toda clase de caza. En el valle Calchaquí de Salta, parece que el *Llastay* ha sido poco a poco suplantado por la *Pacha Mama*, y se comprende, puesto que el *Llastay* es más bien númen de la llanura, según se ve en lo publicado por el señor Lafone Quevedo, en su interesantísimo "Culto de Tonapi":

"Llastay, en los llanos y valles, es el que preside en todo y es *dueño de Aves* y amigo del cazador que lo propicia con coca, maíz, tabaco, *llicta*, con harina de chaclión o maíz de escobas."

"Así, pues, en aquellos parajes, no es extraño oír su invocación a algún paisano, con estas palabras: *Viditay el Llastay*, cuando cerca de él aparece algún avestruz, liebre o guanaco."

Kuna o formación y cada uno levanta sus estacas, cuerdas de lana, boleadoras y demás útiles de caza, que previamente habían colocado en tierra, en torno del ofrendario para mayor solemnidad de la ceremonia.

El agujero es tapado, y los hombres, de acuerdo con las órdenes del capitán, ocupan sus puestos respectivos en la guerrilla en que despliegan a los pies del cerro. Así distribuidos, todos, a una señal dada, empiezan a trepar y llegados a cierta altura clavan las estacas tendiendo las cuerdas para formar un inmenso corral, dentro del cual quedan aprisionadas las vicuñas que se hallan en las cumbres.

Como en una evolución militar, el cerco se estrecha paulatinamente. Ariscas como son, las vicuñas, huyen de los que se aproximan, pero al llegar a las cuerdas, asustadas por los colgajos coloridos que flotan al viento, retroceden sin animarse a salvar la frágil valla.

Cerrado el círculo, penetran en él los cazadores, a pie o jinetes en mulas y lanzan las certeras boleadoras, abatientes de desgraciadas vicuñas, que son de inmediato degolladas.

Al final de la matanza, el capitán reparte equitativamente las presas, cuyos cueros son vendidos a los acopiadores o bien beneficiados por los mismos cazadores, quienes hilan la delicada lana y fabrican con ella los renombrados ponchos de vi-

cuña. La carne que *charquean* es conducida a los hogares para alimento de las respectivas familias.

Como en la invocación a la Pacha Mama piden los libere de enfermedad, ha de entenderse que se refieren a la puna, enfermedad conocida con el nombre de mal de la montaña, esto es, la perturbación ocasionada por el enrarecimiento del aire y que en tales alturas agravadas con los ejercicios violentos realizados por los cazadores, puede tener hasta la muerte como consecuencia.

Para contrarrestar su influjo, además de la coca usan frecuentemente el ajo, que suponen remedio eficaz y del que siempre llevan una cabeza; otros al notar los primeros síntomas se arrojan de bruces y comen tierra o se restregan las manos y las tibias con tierra sacada de debajo de las piedras.

XI.—Apacheta

Viajando por los cerros, se notan en las abras (1) ciertos montículos de piedra, en los cuales se ven abundantes hojas de coca que se sabe arrojadas allí por los viajeros.

A estos montículos se les da el nombre de *Apachetas* y raro es el viajero calchaquí que al pasar por delante de ellos no se despoje de su *acullico* y allí lo deposite.

(1) Abras es el nombre que dan a los cuchillones altos de los portezuelos de los cerros y que dividen las aguas en dos vertientes.

Si en ese momento el viajero no viene *coqueando,* levanta una piedra del camino, y con ella aumenta el montículo de la Apacheta. Tal ceremonia, que tiene por objeto propiciarse un feliz viaje, me llamó fuertemente la atención, pues es idéntica a la practicada entre el pueblo guaraní del Paraguay; en éstos las apachetas se han cristianizado, puesto que se forman siempre al pie de las cruces que orlan los caminos y debajo de las cuales hay enterrado alguno.

Los viajeros, al pasar por ellas, no dejan de depositar un guijarro a fin de tener un buen viaje, allanadas las dificultades por el alma del muerto.

En Salta, en el abra de las Tres Cruces de la quebrada de las Conchas, he observado también la cristianización de una *apacheta.*

En ella parece que alguien, *in illo tempore,* depositó una pequeña cruz, quizás con la intención de desviar hacia el lado cristiano esa práctica pagana; pero sucedió con esto el fenómeno más curioso de pertinacia, pues todos los viajeros ya no lanzaron sobre ella su *acullico* ni pusieron más piedras, sino que cada uno colocó allí una pequeña cruz de palito; por eso hoy ese punto se llama las Tres Cruces, aun cuando haya más de 500 sobre la tal *apacheta* y en su mayor parte destruídas, pues los elementos pudren el hilo con que unen los palillos y el transversal cae, encargándose el viento de derribar el vertical que de pie quedaba.

¿Esta curiosa costumbre y otras semejantes observables en Salta y en el Paraguay, no serán rastros dejados por una de esas invasiones caríbico-guaraníes entradas a estas regiones?

Ya que de supersticiones relativas a viajes se trata, hay que hacer notar, que mucho antes de emprenderlos, hacen una invocación a la *Pacha Mama* con las libaciones y la ración de coca correspondiente.

Otros hacen la *Cachápaya,* baile que se efectúa la noche víspera del viaje.

Algunos hay que si en el viaje se les aparece un zorro del lado derecho, lo creen de buen augurio, pero si acontece lo contrario afirman la seguridad de una mala suerte, no faltando quien renuncia al viaje, retornando por estar convencido de que la fatalidad había de pesar sobre él de continuarlo.

En el libro de Wiener encuentro algo parecido a la práctica de arrojar el *acullico* sobre las *apachetas;* me refiero al pasaje en que el autor cita su viaje a las ruinas de Tiahuanaco, al tratar sobre la cabeza monolítica de pórfido que se halla entre ese punto y La Paz.

Según él, es cosa acostumbrada entre los de allí arrojarle un puñado de lodo para conjurar la influencia maléfica que le adjudican.

Las *apachetas* actuales, ¿no serán, a su modo, altares elevados inconscientemente a genios adversos que suponen morar en las abras y molestar a los viajeros?

Fuera interesante averiguarlo; por mi parte hube de renunciar a ello, debido al poco éxito que obtuvieron mis preguntas, sin más respuesta que la de que si arrojan el *acullico* es por costumbre, lo que aun siendo probable no satisface como razón.

XII.—El Farol

En todo el valle Calchaquí existe la creencia arraigadísima de la presencia de fabulosos tesoros escondidos o *Tapados,* como entre ellos llaman.

Historias complicadísimas sobre ellos corren de boca en boca y de pueblo en pueblo; tapados hay que se han hecho famosos, como el de las Casas Blancas, cerca de Cafayate; el de Zorito, en la quebrada de las Conchas; el de la Pirgüa, en Pampa Grande, el de las Flechas, en San Carlos y Molinos, y un sinnúmero de otros que no bastarían a ser llenados con todo el oro y la plata del mundo entero.

Muchas personas, llenas de candidez y deseando hacer rápidamente su fortuna, han invertido importantes capitales en su busca y, como es natural, sin resultado.

Las leyendas sobre ellos toman generalmente su origen en un negocio que parece haber estado muy en boga en el Perú años atrás.

Los troperos y vendedores de mulas que llevaban sus arrias y mulas a vender en aquella república, cuando había mayor comercio de ellos, antes de la construcción del ferrocarril de Antofagasta, eran en su mayor parte *Vallistas,* esto es, habitantes del valle Calchaquí.

Realizadas las mercancías y en víspera del regreso, no faltaba algún amigo que dijera conocer cierta persona que poseyendo el secreto de un Tapado y en la imposibilidad de ir personalmente a extraerlo, deseaba efectuar su venta a un precio módico.

En él había treinta cargas de plata y dos o tres de oro, según rezaba en el derrotero que cierto fraile donara a una vieja y que ésta legara a los suyos y éstos a otros, pasando así sucesivamente a poder de varias personas que nunca tuvieron tiempo para ir un momento y desenterrarlo.

¿Quiénes eran los autores del entierro?

Naturalmente, los españoles siempre! Estos algunas veces, conduciendo caudales para el Rey de España, no quisieron exponerlos a que cayesen en manos de los patriotas sublevados y por eso los enterraron.

Los cándidos troperos, con las cabezas llenas de estas leyendas, oídas referir desde su niñez y sin reflexionar un instante en que tales historias sólo podían ser unas patrañas, porque los caudales reales llevaban buena escolta, porque secreto que tantas personas habían conocido dejó por ello de

serlo y, finalmente, por la imposibilidad de que entre tantos no se hubiera hallado uno capaz de resolverse a emprender el viaje necesario; todo esto sin tener en cuenta las mil razones que oponen la historia y el buen sentido, acariciando la idea de dar con un rico filón de Fernandinos y onzas de oro, caían en el garlito y por 300, 400 ó 500 pesos que desembolsaban gustosos, se hacían dueños del mugriento papel ofrecido bajo el nombre seductor de derrotero.

Ahora bien, todos los tapados, según ellos, emiten una luz especial, especie de fuego fatuo, producto de gases exhalados por las riquezas enterradas y a ella dan el nombre de farol.

El día de San Bartolomé es el más propicio para verlo, puesto que en tal fecha es cuando más alumbra, sin duda por la influencia del diablo, ya que es creencia general que tal día es el único en que Lucifer se ve libre de los *detectives* celestiales y puede hacer impunemente de las suyas.

La luz del Farol es temida por los indios, porque imaginan ver en ella el alma de algún difunto. Con los metales tal luz no tiene nada que ver, ya que la química no ha descubierto hasta ahora gas alguno que puedan emitir los tesoros enterrados; pero la superstición popular así lo cree, asociando en un conjunto abigarrado, el ansia de la riqueza, el temor de los fuegos fatuos, fenómenos eléctricos de las alturas, fosforescencias, insectos

luminosos, etc., cuyo producto ha dado en sus cabezas la idea del farol.

No sólo en los valles calchaquíes hay esta creencia sobre el famoso gas; en el Paraguay muchas veces se nos ha hablado de él, pero allí la superstición le ha adjudicado otro rol: el de ser venenoso.

Cualquier entierro, nombre que allí dan a los Tapados, debe tomar aire antes de ser extraído, pues el tufo que despide al principio, necesariamente mata.

A pesar de sus diversos efectos, el gas de los Tapados existe en la superstición de los dos pueblos y sería interesante averiguar cuál es el origen de esta creencia. Supongo que no debe ser otro que el deseo de salvaguardar de la profanación los restos mortales de los antepasados.

La conseja calchaquí de que los cerros se enojan y desatan temporales y nevadas, cuando se va en busca de tesoros, es igual a la que tienen cuando de remover huacas o sepulcros se trata.

El gas calchaquí que alumbra persiguiendo a los atrevidos que se acercan a sus dominios es sinónimo del otro gas, prohibitivo también de los guaraníes, que mata al desenterrar las botijas de metal, que resultan ser, casi siempre, urnas funerarias conteniendo restos humanos.

Estas ideas antiguas de respeto a las huacas o sepulcros, tanto calchaquíes como guaraníes, los que no conocían el valor de los tesoros, se desper-

taron después de la llegada de los españoles, ávidos de ellos, y se adjudicaron, por fuerza de la herencia, a los tapados o entierros.

XIII.—Casamiento y compradrazgo

Los casamientos se efectúan con pocas ceremonias. Concluído el acto religioso, los padres y padrinos abrazan a los novios y en seguida montan a caballo para dirigirse adondé se ha de festejar el acontecimiento.

El novio para ese día ha ensillado su mejor caballo con las prendas de plata que posee, y generalmente lleva a su novia en ancas.

El cortejo, casi siempre numeroso, marcha llevando buena provisión de cohetes de la China, para quemarlos al llegar a la casa.

Cerca ya, salen otros invitados a recibirlos, todos en caballos que lanzan a gran carrera, en medio de una gritería infernal yendo y viniendo desde la casa a los novios, siempre con la misma furia.

De ellos, unos llevan pañuelos de colores, atados a unos palos, que hacen revolear a guisa de banderas y otros, trayendo bajo el brazo un gallo o una gallina, los hacen gritar arrancándoles puñados de plumas, que lanzan entre descomunales vivas a los novios.

Los gritos, los vivas, el ruido de las carreras de los caballos, el polvo que levantan, los vivos colores de los trajes y banderas, todo mezclado al

estampido seco y continuado de los cohetes, forman un conjunto pintoresco y original.

Al mismo tiempo, dos personas a pie se adelantan sosteniendo un arco adornado con cintas y flores bajo del cual se colocan los recién casados, marchando hacia el interior de la habitación destinada a la fiesta, donde se sientan, siempre bajo el arco que los ha acompañado, permaneciendo allí ante la expectación de todos, quienes los felicitan y se divierten a su salud, bailando zamacuecas o gatos al son de un bombo, o haciendo libaciones repetidas con la aloja o chicha que se ha preparado al efecto y uno que otro trago de aguardiente.

En el aniversario del casamiento y más especialmente en el día del santo de alguno de los cónyuges, éstos acostumbran a colgarle del cuello al padrino un rosario, cuya aceptación importa el compromiso de dar y sufragar una fiesta, en la que los gastos de chicha, aloja, aguardiente y vino, dependen de los posibles del padrino.

Entre los parientes no falta también alguno que, entusiasmado por cualquier causa, eche su gallo, contribuyendo con su cuota pecuniaria al mayor desarrollo de la jarana.

Inútil es decir que tanto el padrino, que ostenta la condecoración del rosario colgada del cuello, como el otro sufragante, son objeto de mil cuidados y atenciones por parte de los festejados y festejantes, sobre todo por los últimos, que cada mo-

mento les brindan bebidas con obligos repetidos (1).

Los compadres observan entre ellos una ceremonia muy interesante a la que dan el nombre de *Topamiento.*

Los dos jueves anteriores al carnaval son los indicados para el *topamiento,* el primero para los compadres, el segundo para las comadres.

Prevenida con anterioridad e indicada la casa en que debe efectuarse el topamiento, se hacen los preparativos para la fiesta.

Arman un arco, que adornan con flores y yerbas del cual cuelgan quesillos y rosquillas de formas diversas, algunas imitando pájaros, etc., adquiriendo la chicha y demás bebidas necesarias en tales ocasiones; prepárase asimismo, una opípara comida para obsequiar a los contertulios. Entre los preparativos no deben ser olvidadas ciertas coronas de masa, que los compadres llevarán puestas en ciertos momentos.

A la llegada de éstos, se inicia un movimiento de jinetes que ofician de heraldos destinados a anunciar la llegada de los esperados y corren y se desempeñan en forma semejante a la ya descripta en la recepción de los novios.

Cuando están cerca, salen los otros compadres a recibirlos, cambiándose tres saludos o venias co-

(1) El *obligo* consiste en tomar, invitando a otra persona a beber la misma cantidad, con estas palabras: *tomo* y *obligo,* a lo que contesta el invitado: *pago.*

mo allí se les llama. Dos mozos solteros salen con el arco y se arrodillan a cierta distancia, lo propio hacen los cuatro compadres, debajo del arco y frente a frente, las cabezas cubiertas por las coronas citadas que cada compadre coloca a la comadre respectiva y recíprocamente.

A este topamiento sigue una gritería atronadora de todos los presentes; mientras que los compadres, allí arrodillados, aprovechan la ocasión para manifestarse mutuamente, los motivos de queja que tenga cada uno del otro.

Luego se abrazan todos arrojándose, antes de levantarse, almidón y polvos de colores al rostro. Al ponerse de pie los compadres, los festejantes se lanzan sobre el arco y arrebatan los quesillos y rosquillas suspendidas.

De inmediato se inicia la comida y la fiesta concluye como todas, en medio de cantos, golpes de tambor y bombo, baile y copiosas libaciones. ¡Es así como se topan los compadres!

XIV. — El Carnaval

En el valle Calchaquí el carnaval se festeja con mucha sencillez. La gente se reune en grupos, más o menos numerosos de hombres y mujeres, muchos de ellos provistos de cajas o tamboriles y precedidos por banderas de cualquier color se dirigen de casa en casa a cantar lo que ellos llaman el carnaval, especie de vidalita.

Los versos se cambian todos los años y siempre son de la misma construcción; los adjuntos pueden dar una idea de ellos.

La música es de un ritmo cadencioso, que acompañan golpeando las cajas y que nunca varían, a pesar de los años que transcurren. En ella se nota un aire de tristeza infinita, y, en ciertos momentos, parece, más bien que el resultado de mucha alegría, la queja de todo un pueblo que lamenta su pasado.

El sabor indígena se nota de inmediato en esta melodía y no es extraño que, dada la persistencia con que siempre se canta, sea, en su origen, la misma que en otro tiempo servía para referir las hazañas de sus guerreros o intervenía en las diversas ceremonias del antiguo pueblo Calchaquí.

Cuando se viaja, no es raro oir este canto, y allá, entre los cerros, produce una extraña sensación de melancolía.

Hombres y mujeres cantan en coro y pasan las horas entretenidos en esto, repitiendo siempre la misma música, mientras hacen rodar de mano en mano los yuros de chicha o de aguardiente, habiéndose previamente empapado a baldes de agua, o desfigurado las caras y vestidos con puñados de almidón, harina, pintura de colores y otros proyectiles por el estilo con que juegan al carnaval.

Ejemplo de los versos cantados en el valle Calchaquí:

Que lindo es ver una moza
"La luna y el sol"
Cuando la están pretendiendo
"Alegrate corazón".
Se agacha y quiebra palitos
"La luna y el sol"
Señal que ya está queriendo
"Alegrate corazón".

La chicha es buena bebida
"La luna y el sol"
El vino es mucho mejor
"Alegrate corazón".
Y cuando veo aguardiente
"La luna y el sol"
Se me alegra el corazón
"Alegrate corazón".

Las espinas de la higuera
"La pura verdad"
Con las hojas del cardón
"Vamos vidita debajo el nogal"
Dicen que es santo remedio
"La pura verdad"
Para el mal del corazón.
"Vamos vidita debajo del nogal".

Miren, allá viene el agua
"La pura verdad"
Alegando con la arena
"Vamos vidita debajo el nogal"

Así han de alegar por mí
"La pura verdad"
Cuando me pongan cadenas
"Vamos vidita debajo el nogal".

Antes cuando yo te quise
"La pura verdad"
Eras una flor morada
"Vamos vidita debajo el nogal"
Ahora que ya no te quiero
"La pura verdad"
Sois una cola pelada
"Vamos vidita debajo el nogal".

XV. — Toma de posesión de un terreno

El señor Arturo Laspiur, domiciliado en Cachí, me refirió la siguiente ceremonia que presenció en el departamento de Guachipas en un lugar llamado *Otorunco*.

Se trataba de poner a una pobladora en posesión de una pequeña finca que había heredado.

Para este acto habían sido citados todos los arrendatarios de la finca, para que conocieran a la nueva propietaria.

Luego que el representante de la autoridad hubo terminado de leer el auto judicial y se retiró, el capataz de la finca dijo solemnemente: *ésta es la patrona nueva*. Todos entonces se sacaron el sombrero respetuosamente.

Contestando a tanta cortesía, la nueva propietaria les dijo imperativamente: *váyanse de aquí,* siendo obedecida al instante. Cuando los arrendatarios estuvieron a cierta distancia los llamó con estas palabras: *vengan hijos;* regresaron aquélos y le dieron la mano pidiéndole la bendición.

Después de haberlos bendecido cariñosamente, hizo extender un poncho en el suelo y se echó sobre él, revolcándose varias veces, al par que arrancaba yuyos y piedras que arrojó en diversas direcciones.

Supongo esta ceremonia de origen español, puesto que los indios no deben haber tenido otras similares.

XVI. — Nombres de familia

Como dato filológico de nombres de familia de origen quechúa o calchaquí, a continuación van algunos que recomiendo a los filólogos para su traducción.

Todos pertenecen a los valles calchaquíes de Salta, sobre todo en la parte norte, Molinos y Cachí, siendo apellidos de familia:

Kakis, Guaimás, Aramadjo, Djapura, Puka Puka, Mamaní, Guitian, Korimadjo, Likin, Kuru Kuru, Sajoma, Choke, Tarki, Guari, Pos Pos, Sulka, Kolki, Taritolai, Chiliguai, Adjón, Djonar, Kala, Kipildor, Kondorí, Djampa. Vilte, Kari, Vilka,

Tokonar, Guamuko, Kadjodja, Umakata, Djoruko.

Para estos nombres indios, empleo la ortografía aconsejada por los filólogos: K.=Q. C.=Dj. (*y* nuestra en yuyo, etc.)

PARTE III

Folk-Lore de las pampas

Cap. I.—Supersticiones gauchas

I. La región. — II. Supersticiones populares acerca del sapo y sus numerosas aplicaciones terapéuticas. — III. Veterinaria campestre; supersticiones relativas al caballo, sus enfermedades y su tratamiento. — IV. Otras supersticiones: signos de lluvia, signos de visita, signos de desgracia, el basilisco, la luz mala.

I. — La región

Estos apuntes se refieren a la región del gaucho, tal como la entienden aquellos que han leído el *Martín Fierro*, de Hernández, las obras de Hidalgo, Ascasubi, Del Campo, las de Eduardo Gutiérrez, etc. Tienen referencia, por lo tanto, al gaucho de la provincia de Buenos Aires, sin sangre guaraní ni quichua, y que la fué desalojando poco a poco para poblar la Pampa y los Territorios Nacionales del Sur, aun cuando tenga vinculaciones en las provincias limítrofes: Entre Ríos, Santa Fe, Córdoba y San Luis.

He agrupado los datos recogidos en diversas secciones, de las que publico tres de las más interesantes.

II. — Supersticiones populares acerca del sapo y sus numerosas aplicaciones terapéuticas.

Tan inofensivo batracio, con su aspecto chato y pustuloso, y desagradable, capaz de hacer crispar los nervios de las personas sensibles, especialmente de las señoras y niñas, desempeña un papel importante en la campaña, donde, ya como remedio, ya como instrumento de superstición, es muy empleado por nuestros gauchos, que hacen de él un animal casi sagrado.

Contados son los paisanos que se atreven a darle muerte, cuando sus prácticas así no lo exigen, considerándolo siempre de gran utilidad.

Su zona terapéutica de acción no queda limitada al hombre, extendiéndose a muchos animales, constituyendo un artículo indispensable en la veterinaria campestre.

Durante mis viajes he recogido, verificándolos siempre, innumerables datos que al objeto se refieren, y ellos informan el presente trabajo que, naturalmente, está muy lejos de ser completo.

El empleo del sapo, en la medicina popular, varía según la índole de las enfermedades a que se aplica.

Para el dolor de cabeza. — En ciertos puntos de la provincia de Entre Ríos se suele llevar en forma de vincha un cuero de lomo de sapo, de suerte que su parte interna toque la frente.

Para el dolor de muelas. — Su uso es diverso, a saber:

1.° Se coge un sapo vivo, apretándolo fuertemente con la mano derecha, hasta hacerle abrir la boca, dentro de la que se escupe.

2.° Limpiando un fémur de algún sapo hallado muerto, se fabrica con él un escarbadiente que se ha de emplear a menudo y que sirve, asimismo, como preservativo.

3.° Cogiendo un sapo en la forma descripta en el 1.° se pasa tres veces su barriga, en cruz, sobre la parte afectada.

4.° Se le mata, cortando de inmediato un trozo que, después de bien calentado al fuego, se muerde con la muela dolorida mientras se puede aguantar.

Para las mordeduras de víboras. — Se suele emplear un sapo vivo, abierto en cruz por el lomo, que se coloca sobre la herida. La fe en la eficacia de este expediente se funda en una conseja muy acreditada entre la gente a que aludimos, la que refiriéndose a la antipatía que media entre los sapos y los reptiles, cuenta que cuando uno de aquellos encuentra una víbora dormida, traza a su alrededor un círculo de babas, luego se pone a cantar para despertarla, pero ésta, no pudiendo franquear el misterioso cerco, se pone rabiosa, matándose a golpes contra el suelo.

Para la culebrilla (Herpes Zona). — Esta enfermedad común entre la gente del campo, ca-

racterizada por vesículas llenas de un líquido amarillento que, bajo la forma de media cintura, se manifiesta en el pecho, los hombros o el vientre, acompañada de dolor y comezón, es, según los paisanos, originada por el paso de una culebra pequeña, que ha dejado un rastro venenoso, ya sobre la parte afectada, ya sobre las ropas de uso interior. La temen muchos por considerar que, a medida que se desarrolla, va adquiriendo la forma del animal que la causó, y de juntarse la cabeza con la cola el caso es fatal.

Para evitarlo es menester tomar un sapo vivo, por el lomo y frotar con su barriga la parte enferma en sentido contrario al progreso de las pústulas. Afirman que durante esta operación el desgraciado sapo enrojece, grita y se hincha; y a pesar de ponérsele vivo en libertad, muere al rato a causa del veneno de la culebrilla, absorbido por la barriga.

No falta, sin embargo, quien cure la culebrilla, cuando de sapo no dispone, escribiendo sobre las pústulas, con tinta y letras chicas, las palabras: *Jesús, María, José.*

Para la disentería. — Hay regiones de Entre Ríos donde se toma una disolución de cáscaras de huevo de sapo, previamente secas y pulverizadas.

Los tales huevos no son de sapo sino de un caracol muy común de agua dulce, del género *Ampullaria;* se ofrecen como un racimo de color rosa-

do vivo, adherido a *los tallos de las plantas acuáticas.* Sin embargo, los paisanos los atribuyen a los sapos y en ello fundamentan su eficacia.

Supongo que estas creencias no son genuinamente indígenas, en razón de existir en España otras semejantes de las que sin duda provienen, por haberlas recibido los nuestros de los inmigrantes primitivos y aun de los modernos.

A mi me ha contado, con la mayor buena fe, un paisano español de Pontevedra (Galicia) que en su pueblo se curan las verrugas frotándolas con la barriga de un sapo vivo, que es ensartado luego en una caña hasta secarse, despareciendo, entonces, las verrugas.

No he podido conseguir todavía los magníficos trabajos folk-lóricos realizados en España en los últimos tiempos, pero creo que consultados no dejarían de indicarnos el origen seguro de muchas de nuestras prácticas supersticiosas.

En la veterinaria popular se usa el sapo:

Para la renguera (o desortijamiento, según el término criollo) de los caballos, es remedio muy acostumbrado, que abierto por la barriga se le coloque sobre la pata enferma, pero cuidando de no dejarlo más de veinticuatro horas, ya que suponen tan poderosa su acción, que de excederse puede secar el miembro.

Para los gusanos. — En el campo, cuando no se cuidan los animales lastimados, las moscas, particularmente en el verano, depositan sobre las he-

ridas sus huevos, que convertidos en larvas inician la putrefacción. Entre los varios medicamentos que para prevenir esto se emplean, no podía faltar el sapo, que es colgado vivo y por la pata al cuello del animal enfermo. Tan seguros están de la eficacia de esta práctica que a las pseudos sabias objeciones puebleras contestan con una mirada llena de sorna y conmiseración que parece decir: ¡Qué ignorante!

La influencia de este batracio extendiéndose en múltiples órdenes, se emplea asimismo:

Para la extirpación de las vinchucas. — (Conorhinus infenstans) realizada por cuatro sapos vivos que se cuelgan en el interior y en los cuatro ángulos del rancho.

Para que los jagüeles conserven agua. — Se arrojan sapos vivos al interior, volviéndolos a él cada vez que salen en los baldes, por ser ellos los que cavan las vertientes.

Para que llueva, cuelgan, en la provincia de San Luis, al aire libre, de un árbol o de un palo cualquiera, un sapo vivo por la pata. En Entre Ríos lo estaquean, con la barriga hacia arriba, clavándolo con espinas de naranjo, sobre una cruz de ceniza hecha en el suelo.

Conocida es la creencia general que predice lluvias cuando los sapos gritan pidiéndola.

Estoy seguro de que este animal tiene muchas más aplicaciones en la veterinaria y la clínica campestre, que trataré de averiguar para completar

el presente trabajo, fruto de los ocios de fogón durante mi último viaje a la Pampa Central.

III. — Veterinaria campestre

En nuestra inmensa campaña, dedicada como está en su mayor parte a la industria pastoril, el caballo es el brazo derecho del paisano, que sin él no podría llevar a cabo los variados trabajos de campo, ni franquear como está obligado a hacerlo cuotidianamente, las grandes distancias que separan un punto de otro.

De aquí el gran cariño que profesa por los caballos propios, a los que cuida, curándolos cuando se le enferman, con procedimientos y remedios tradicionales, bárbaros casi siempre y mezclados a prácticas de superstición pura, pero que le merecen la mayor fe.

Veterinarios rurales se hallan generalmente en casi todos los pueblos de campaña, y son casi siempre personas de edad; les atribuyen cualidades curativas superiores y pueden también, en algunos puntos, pertenecer al sexo femenino; pero casi siempre desempeñan gratuitamente sus servicios, a título de amistad o de retribución de servicios.

Algunos remedios (como se llaman vulgarmente las operaciones) los hace cualquiera, el mismo dueño del animal, siempre que, como ellos dicen, no necesiten *palabras*: frases misteriosas pronunciadas y sabidas solamente por los entendidos,

quienes las reservan con gran secreto para trasmitirlas, recién cuando se hallan muy viejos, a los que deben reemplazarlos, ya que al hacerlo pierden la capacidad curativa que queda en poder del neófito. De aquí la imposibilidad en que me he hallado para recogerlas; supongo, sin embargo, serán invocaciones de carácter religioso a Dios u otro santo.

Tema tan interesante y halagador, es de desear sea completado en lo posible, para que puedan compararse estas costumbres con las de otros pueblos jinetes como los árabes, que han de registrarlas, sin duda, parecidas; posiblemente se determinarían grandes analogías explicables como una herencia recibida por nuestros paisanos, a través de los españoles meridionales, que formaban la mayor parte de los contingentes coloniales en la época de la conquista.

Las creencias relativas a la influencia del color, (o pelo, en lenguaje campero) del animal, se aproximan a las de los pueblos citados; así, es común sentirles decir, refiriéndose al pelo tostado (colorado oscuro): *Tostao antes muerto que cansao,* para significar la resistencia que tienen los caballos de ese color.

Otra superstición muy arraigada entre el paisanaje, es la de que: "el que quiere conservar un buen caballo no debe dejarlo montar nunca por mujer alguna", y mucho menos en *cierta época,*

pues suponen que, por ese hecho, se le cae el pelo al caballo o pierde sus condiciones de resistencia.

Un peón de la provincia de San Luis me refirió que hallándose en el rancho de unos compadres, prestó su caballo, por el que sentía gran estimación, a la comadre que debía hacer un corto viaje — cedióle, pues, el caballo, vista la imposibilidad de negarse, sin recordar en ese momento, la superstición aludida. Grande fué, al día siguiente cuando reanudó la marcha, su asombro al notar que el animal había perdido sus cualidades resistentes; pocos días después se le caía el pelo, quedando totalmente pelado.

Consultado el curandero, diagnosticó: "A este animal lo ha montado una mujer con la luna". Curada mucho tiempo después la cabalgadura, tuvo ocasión de averiguar que su comadre, el día del préstamo, había estado efectivamente bajo la influencia de aquella molestia. Esta coincidencia, si la hubo, hace que, aun cuando la enfermedad del caballo hubiera sido sarna, su dueño crea en la sabiduría de su superstición.

Hechos como éste he sentido referir muchísimos, cuya relación omito por larga.

Los procedimientos curativos, muy interesantes, varían con las diversas enfermedades.

Nubes en los ojos. — En los trabajos de rodeo, aparte de ganado, etc., lanzados los caballos a toda furia, bajo la azotaina inclemente de los jinetes, suelen recibir un golpe sobre los ojos, cuya conse-

cuencia puede ser una nube, consecuencia evitable si el gaucho, bajándose del animal, escupe en la lonja del rebenque y se la pasa en cruz sobre los ojos.

Ya producida la nube, no queda más remedio que llenar las cuencas que los caballos tienen sobre el ojo, con excremento humano; pero más habitualmente se quema corteza de sauce joven (*Salix Humboldtiana*), y cuando está carbonizada, se pulveriza y coloca en un cartucho de papel, que soplan sobre el ojo enfermo, para que luego, con el frote del parpadeo, el polvo vaya limpiando la nube hasta hacerla desaparecer; también con el mismo objeto suele usarse sal o semilla de zapallo mascada.

Gusanos. — Los animales *agusanados* o *enmoscados,* son curados de diversos modos, ya colgándoles del cuello un sapo vivo, un cráneo de perro, una pata de oveja: un pedazo de cuero sobrante, de lo que llaman garra, que lleva un agujero en el centro, por donde pasa el tiento que lo sujeta o ya un collar de paja trenzada.

Como se ve, todo se reduce a un colgajo, cuyo influjo ha de hacer caer los gusanos, dejando luego los animales en libertad. Muy empleado es también el procedimiento de dar vuelta la pisada del animal enmoscado, pero entonces es menester que el que practica sepa decir las palabras necesarias. Hecho andar el animal enfermo, el operador elige

una pisada, hace con el cuchillo una cruz encima y luego, dando un corte, da vuelta el trozo de tierra, al par que entre dientes pronuncia ciertas palabras.

Se me ha referido que en Corrientes, donde el operador era una mujer, ésta tomó una paja entre las manos y, pronunciando unas frases misteriosas, la rompió arrojándola violentamente hacia atrás. Algo asqueroso es la práctica en uso en la Pampa: enlazado y bien sujeto el animal, se le extrae tres de los gusanos más grandes, que el operador divide con los dientes y arroja hacia atrás; la dificultad está en hacerlo sin descomponerse del estómago, porque el remedio no surtiría efecto.

Todos estos sistemas, que les merecen gran fe, están eminentemente basados en la superstición; dejan que la Naturaleza o el animal obren de por sí en pro de su conservación, ya que las larvas de las moscas, desarrolladas lo bastante, tienen que abandonar el medio en que se han criado para transformarse en pupas, a fin de concluir la metamorfosis; por otra parte, como he tenido ocasión de observar en Entre Ríos, los animales enmoscados se revuelcan en el barro para cubrirse las heridas agusanadas con él, determinando así la asfixia de las larvas.

Pero los paisanos, que no paran mientes en estas cosas, siguen atribuyendo gran eficacia a sus remedios supersticiosos.

Mordedura de víbora. — Contra accidente tan común en los sitios donde abundan los reptiles, hay quienes efectúan, sobre la parte picada, una ligadura con paja *Cortadera* trenzada en tres, mientras otros se conforman con colgar del pescuezo de los animales un collar hecho de paja *vizcachera.*

Para evitar las mordeduras en animales de aprecio, acostumbran colocarles collares de cuero de venado (*cervus campestris*), porque afirman que, siendo este animal enemigo acérrimo de la víbora, a la que marea con su olor nauseabundo para matarla luego a pisotones, su cuero, en el que persiste dicho olor, debe forzosamente alejarlas.

Deslomadas. — Cuando observan que un caballo va aflojando el espinazo, lo que ocurre cuando se le empieza a ensillar muy joven, emplean, para evitar que se deslome, un tratamiento de poco seguro resultado.

Enlazado y hecho caer el animal, le manean las patas y lo castigan para que trate de levantarse, sin conseguirlo a pesar de hacer esfuerzos de arqueos desesperados e inútiles, que es precisamente lo que desean, ya que hinchando el lomo, según ellos, queda arreglado el espinazo.

Descogotadas. — A los que las sufren, se limitan a colgarles del cuello una garra de cuero fresco, remedio que no debe dar tanto resultado como fe les merece.

Manquera del encuentro. — Esta enfermedad, que suele ser ocasionada en los caballos por algún paso en falso dado en sus carreras o galopes, y puede ser considerada como un recalcadura que inutiliza frecuentemente al noble bruto, dándole un andar insoportable, siendo como es, para el paisano propietario del animal, una gran calamidad, da origen a que agote para curarla todo su bagaje veterinario.

Los remedios son variados y bárbaros. Se atan las manos al animal y corriéndole de atrás se le obliga a trabajar con todo el cuerpo, sin dejarle descansar hasta que sude para bañarlo inmediatamente.

Otro procedimiento parecido al anterior dispone que monten y corran en el animal enfermo, que luego es maneado y colgado de un árbol, en forma que sólo sus patas traseras se apoyen en el suelo; colocado en tal posición hace naturalmente para escapar una serie de esfuerzos que cuando no consiguen curarlo, por lo menos lo empeoran.

Para manqueras viejas, entre los varios tratamientos, goza especial crédito la labradura, operación que consiste en aplicar un cauterio que puede lo mismo ser un hierro candente que agua hirviendo. La quemadura es, a su vez, curada con grasa de potro. Succedánea de la labradura suele ser la aplicación de un cáustico cuya receta dice: "*Bicho moro, seco y pisado; jabón pisado, partes*

iguales. Mézclese bien y aplíquese en el encuentro":

Ahora bien, como el bicho moro es un escarabajo, del género *Lytta*, es fácil prever sus efectos.

También suele emplearse para curar la manquera un cedal hecho con cerdas del mismo animal y que mezcladas con sebo y sal se aplican en el encuentro, haciéndole correr diariamente.

Rengarse de la pata. — *Desortijarse* es el término técnico que en la veterinaria campestre designa esta enfermedad, y como en la anterior los remedios son diversos:

El más común consiste en atar, con cerdas de la cola del caballo enfermo, la pata contraria por arriba del nudo; como el dolor que le ocasiona pisar con ella, le obliga forzosamente a hacerlo con la enferma, creen que trabajando ésta se compone.

Otros reemplazan las cerdas de la ligadura por una trenza hecha con trozos de una enagua de mujer.

Finalmente los hay que aplican sobre la parte dolorida un sapo abierto por la barriga, remedio que no deben llevar más de una noche, por ser tanta su fortaleza que si se deja más tiempo seca la pata.

Vejigas en las patas. — Para extirparlas se pasa generalmente por ellas una aguja con una cerda que dejan dentro, a modo de cedal. Otros las extraen a cuchillo, las cauterizan y aplican sobre

ellas grasa caliente de potro, envuelven la pata enferma con lana y la hacen pisar sobre bosta de vaca hecha brasa. Esta operación puede ser cambiada por una untura de grasa de zorrino (*Mephitis suffocans*) sujeta por un trapo negro de lana.

Tratamiento, sin embargo, de índole más supersticiosa, es el que prescribe envolver la pata avejigada con un cuero de zorrino, cazado de noche y desollado vivo.

Enfermedad del vaso. — Tratándose de un hormiguero, nombre que dan a cualquier foco purulento en esa región, después de una limpieza previa, cauterizada con un clavo enrojecido, recubren con sebo la lastimadura, pero si se trata de *mal del vaso,* lo lavan con salmuera y punzan en la parte superior, o bien lo frotan con excremento humano solamente.

Moquillo. — Es, según creo, una especie de catarro que ataca a los caballos en cierta época.

Entre los numerosos tratamientos que emplean los paisanos para curarlo, amén de la consabida dosis de salmuera por la boca, imprescindible, según ellos, para toda enfermedad interna, hay dos que, como suele ocurrir en Medicina para ciertas enfermedades, son preconizadas por dos *escuelas* que cuentan con gran número de partidarios.

Uno es el sahumerio; sus adeptos lo aplican a las narices del animal enfermo, haciéndole respirar el humo de un trapo usado por hombres; una

brasa dentro de un atado de lana negra (San Luis), o una bayeta colorada en otros lugares.

La otra escuela pretende hacer reventar el moquillo obligando a los pobres animales a efectuar grandes esfuerzos, y así les dan grandes galopes para que suden copiosamente y tratan de extrangularlos con un lazo, para que los movimientos que determina la asfixia acaben por reventar el moquillo. Otros, con idéntico fin, atan al animal de la cola a un poste y tiran del bozal en sentido contrario.

Mal de orina. — Este es el nombre que dan los paisanos a la retención de orina que suelen sufrir los caballos por alguna *galopeadura* violenta o cualquier otra causa. Es bastante común y variadísimos los métodos curativos.

Cortan unos, los pelos de las ranillas de una pata y una mano, alternadas; dan tres puñetazos en el ijar del enfermo, sangrándolo, luego, en el paladar.

Otros, después de hacerlo galopear largo rato, desmontan e imitan con la boca el ruido de una ventosidad, a lo que no falta quien agregue la colocación de un poco de ají en el pene del animal.

También es de práctica ceñirle la cola con dos vueltas de cerda, para dejarlo luego a soga larga, sin alimentos ni bebida hasta que orine, práctica que suele completarse dejándolo en un corral de ovejas, por atribuir al olor amoniacal que despi-

den los excrementos la virtud de favorecer la orina.

Se usan, asimismo, diversos expedientes, tales como el de atravesarles las orejas con una aguja enhebrada dejándole el hilo, o hacerle oler un trapo de camisa masculina (falda).

Práctica en la que entra, más de lleno, la superstición, es la que aconseja dar un buen galope al caballo y luego, con una mano de mortero o con el mango de un talero, hacerle tres cruces en la barriga o bien arrojarlo simplemente el mismo número de veces por debajo del animal.

Completan la clínica de esta enfermedad, variada y curiosa y sin más inconveniente, si es que puede tal cosa serlo, que el poco agrado con que acojan los enfermos sus prescripciones, los siguientes remedios, que pueden utilizarse:

Se baten las *berijas* con ortiga, se raya con un cuchillo y por el lado interior, las orejas del cuadrúpedo, se le sahuma con lana negra quemada o, finalmente, se le da a oler un trapo sucio de cocina.

Mal de chucho. — Enfermedad que presenta como síntoma principal el que encabeza el párrafo; es muy común en las sierras de San Luis y se la combate poniendo un trozo de tabaco negro en la *coscoja* del freno, o bien, y con menos frecuencia, se les raja las orejas y ahuma con un trapo.

Empacho. — Suele ser muy frecuente en los

terneros de las tamberas, debido a que los animales, muertos de hambre, comen y tragan muchas cosas en lugar de la leche materna, aprovechada por los dueños. Diagnosticada esta afección, con más o menos acierto, introducen al animal, en el ano, un pedazo de vela de sebo.

Mataduras. — ¿Quién no ha visto las *mataduras*, a veces horribles, que muestran los pobres *mancarrones* que se hallan en manos inhumanas, lejos de la vigilancia del dueño interesado en su conservación?

Para hacerlas desaparecer los remedios más usuales son: aplicaciones de grasa de puchero mezclada con tizne de olla; rociarlas, en verano, con agua de jabón y en invierno con grasa de potro. Pero, sobre todo y en cualquier época, orines humanos descompuestos.

Conservación de la cola. — La gente paisana, que a la inversa de lo que ocurre en las ciudades, donde se priva por lujo de ese espanta insectos que tan generosamente otorgó la Naturaleza a los caballos, cifra su coquetería en que el redomón de su pertenencia ostente una larga y tupida cola, coloca a tal objeto en ella, con frecuencia, grasa de potro.

Animal cansado. — Cuando carnean un animal cuya captura ha exigido se le canse enormemente, para que la carne quede buena y no haga daño su comida, antes o después de degollarla le cortan

la punta de la lengua, el tronco de la cola y le rajan en cuatro las pezuñas.

IV. — Supersticiones varias

El gaucho, supersticioso como todo campesino, lo es en mayor medida cuanto más aislado se halla de los centros populosos y más solitariamente se desenvuelve su vida.

Su bagaje de creencias, siempre abundante, ha podido ser en parte aquilatado por las descripciones que relativas al sapo y a la veterinaria campestre acabo de terminar.

Obligado por la Naturaleza a ser muy observador, sus facultades se han acrecentado ante esos dos maestros irreemplazables: la necesidad y el ejercicio. Todo lo ve, mira y escudriña; dotado de gran memoria archiva todos los hechos, que trata de correlacionar en cuanto las circunstancias parezcan exigirlo; mas no pudiendo, siempre, darse una explicación satisfactoria y natural de los hechos, víctima de una imaginación riquísima a la que no son extraños los elementos étnicos de herencia supersticiosa que contiene, hace intervenir de inmediato lo sobrenatural, para revestir, así, sus concepciones de ingenua poesía.

Persisten ellas, aumentando de la propia suerte su número, cada vez que un hecho nuevo se produce.

Como todos los temas ofrecidos al estudio del Folk-Lore, es éste en grado sumo interesante, presentando múltiples fases y diversidad de asuntos, que se han de coleccionar lentamente para que, clasificados por modo metódico, sea posible, ya reunido el material disperso, dar cima al trabajo completo.

Signos de lluvia. — Es indudable que para el habitante de la campaña es la cuestión del agua de una importancia, si no única, absoluta y primordial. De aquí la espectación con que siempre se halla aguardando la caída de ese maná líquido, irreemplazable fuente de vida en y para toda la Naturaleza.

¡Cuántas angustias! ¡Cuántos sinsabores! ¡Cuán amargos momentos han experimentado en épocas de sequía las gentes de los campos!

¿Qué no hubieran dado en ciertos momentos, frustrados sus trabajos, decepcionados en la legítima esperanza de obtener una recompensa a su labor, por el providencial chaparrón, siempre distante?

Y en medio de tan desesperante vida de espera, alternadas por ansiosas observaciones y largas miradas a los cielos inmutables, las conversaciones sobre el tema de la lluvia, informan una sola expectativa lo mismo en el campo que en las casas, en el sembrado y en las pulperías.

Un día llega a una reunión, desmontando del

rápido corcel, un paisano que, sin poder disimular el júbilo que lo embarga, exclama: Va a llover pronto. Acabo de ver en tal parte, donde suele reunirse tal majada, al *toro overo* de la tropilla de X que se *revolcaba como caballo.* No es extraño, entonces, que intervenga uno de los presentes para agregar a su vez haber visto en su casa al *perro negro* (1) que dormía *patas pa arriba,* sin duda porque pedía agua.

No faltará, asimismo, quien afirme haber contemplado, a su vez, ya a *los potrillos retozando y pateando en la loma;* ya a los *corderos, también retozando, cortados en tropilla* por los caminos. Como habían tenido ocasión de oir al *chajá* emitiendo su grito *especial a las doce del día* o quizá y a la misma hora al *Pasa-calle* (especie de becasina) *cerca de algún zanjón.*

En el capítulo concerniente al sapo, ha podido verse algunas de las herejías que con él se realizan para obtener la lluvia.

Signo de agua segura, de gran crédito entre el paisanaje, es el que la anuncia; *cuando cantan mucho las perdices y el sol se entra en las nubes.*

La fe que el canto de las perdices inspira, ha quedado consagrada en innúmeros refranes versificados semejantes a los siguientes, que debo a la

(1) Los paisanos al hablar de un animal, nunca dejan de dar sus señas particulares y sobre todo el color del pelo. Lo mismo acontece tratándose de lugares; siempre han de localizarlos relacionándolos con otros puntos. Así dice: *El zanjón que está a la derecha de la loma pasando por donde hay dos árboles.*

amabilidad del señor Demetrio Correa Morales, conjuntamente con otros interesantes datos recogidos para éste y otros trabajos:

Cuando la perdiz canta
Ñublado viene;
No hay mejor señal de agua
Que cuando llueve.

Cuando la perdiz canta
Y el sol se ñubla,
Dicen las puebleritas:
"Agua segura".

Entre los refranes que sin mencionar las perdices se refieren a la lluvia, cabe citar los siguientes:

Norte claro y sur oscuro
Aguacero seguro.
Cielo empedrado
Suelo mojado.

Signos de visita. — Para la aislada vida campesina, una visita es un acontecimiento de poca frecuencia. Separados los ranchos por distancias considerables, las familias salen muy poco, pasando sus años entregadas a las labores propias del hogar, que requieren la continua vigilancia del fo-

gón, reducidas como están a la cocina y a la preparación del mate.

La presencia de muchachas jóvenes en el rancho altera el aislamiento. Los gauchos mozos, atraídos por sus encantos, no titubean en galopar largas leguas para visitarlas con más o menos honradas intenciones; pero de cualquier modo, ellas tendrán novio y la visita de éste será siempre esperada con ansiedad, tanto en la Pampa como en el Africa Central. Verdad es que ellos, teniendo también sus ocupaciones, no pueden menudear y ser puntuales en sus visitas. De ahí surge la necesidad de signos característicos que predigan el día feliz en que el ser amado, no trepidará en hacer sudar al noble bruto en un prolongado galope amoroso.

La ausencia de mozas en el rancho, no invalida la eficacia de las prediciones y ante éstas, hombres y mujeres se preguntan: ¿quién vendrá?

Tal interrogación corresponde: cuando *"pasa un teru-turu* gritando sobre el rancho"; cuando *vean "al gato que se lava la cara"*; cuando *al "gallo de la casa se le ocurre cantar parándose en la puerta"*; todas las veces que *"al prender el cigarro en las brasas del fogón quede adherida alguna a él"* o cuando cebando mate *"se pegue una al fondo de la caldera"*.

¡Cuántas alteraciones en el latir de los campestres corazones femeninos no serán causadas, aun hoy día, por estos inocentes signos de visita!

Signos de desgracia. — ¿Quién creyera que las encargadas del odioso papel de anunciar las malas nuevas fueran las aves más serviciales que el hombre cría: las gallinas?

Mal rol les asignan los paisanos no satisfechos con comerse los huevos y sacrificarlas constantemente en aras de su nunca desmentido buen apetito.

Pero la superstición así lo ha querido y: *cuando la gallina canta como gallo, o el gallo canta entre 8 y 10 de la noche, siendo sus cantos impares, o antes de entrarse el sol canta tres veces,* una nube pasa por la frente del paisano y con suprema angustia, que en algo aminora el fatalismo atávico, se pregunta vislumbrando una desgracia: ¿Qué sucederá?

El Basilisco. — Ser tan fantástico, compañero de otro que lo es tanto, *La Culebrilla,* inspira a los paisanos, sobre todo a las mujeres, por creerlo causa de muchos males, especialmente del *daño,* un gran temor.

El origen de tal superstición, siendo evidentemente europeo, ha tomado en la campaña caracteres diversos en sus efectos y modos de aparición.

Las gallinas viejas, algunas espolonadas ya, son las sindicadas de poner los huevos de que nace este terrible animal.

Tales huevos son los que se llaman ordinaria-

mente hueros, es decir, sin yemas y cuando sospechan que alguno lo es, lo entierran profundamente, apisonando la tierra y haciendo sobre ella una cruz con un palo o cuchillo.

Si en alguna nidada por casualidad encuentran un huevo vacío, creen que de allí ha salido un basilisco, y se lanzan a buscarlo; excusado es decir que cualquier larva o gusano que encuentren por las inmediaciones es, de no conocerlo, arrojado al fuego, sin más trámite.

Tiene, según los paisanos, la forma de una víbora pequeña, con un solo ojo en la frente, cuya mirada daña a las personas.

Una vez salido del huevo, trata de penetrar en el rancho para esconderse en el techo o las paredes y ejercer así, desde allí, su maléfica acción.

Fantástico cual lo forja la imaginación campestre, tiene en la Naturaleza, cosa curiosa, un inofensivo símil en la larva de una mariposa crepuscular (Sphingidæ) *Phillampellus Labruscæ,* llamada vulgarmente *bicho de parra,* que posee en la parte antero-superior del cuerpo un disco que se dibuja en la piel con toda la forma de un ojo, y que es, creo, la que ha inspirado la figura de víbora que atribuyen al basilisco nuestros paisanos, puesto que en Europa se le da la forma de una largatija.

Al basilisco se le inculpa la producción del *daño.* Esta enfermedad, bastante común en las mujeres,

no es sino una forma de histeria, a veces complicada con epilepsia.

Los síntomas son por demás conocidos y se hallan bien descriptos en los tratados correspondientes, para que los enuncie aquí; me limitaré al procedimiento curativo del *daño* causado por el famoso basilisco.

La enferma, ya diagnosticada la dolencia por alguna comadre o médica rural, manda comprar, si, cosa imposible en una mujer, no tiene, un espejo, con el cual se coloca de espaldas a la nidada, presunta cuna del basilisco y se queda durante un par de horas diarias mirándola por el espejo. Tratamiento que se continúa por el espacio de días necesarios para la curación.

La razón de mirar la nidada es la de romper la *presión* de la mirada del basilisco, que es posible aún reste allí.

He dicho antes hasta que se curan, y ello ocurre en muchos casos, porque las dos horas diarias de sesión proporcionan a la paciente, sin que lo aperciba, un tratamiento auto-hipnótico que, unido a la fe en el remedio, da una suma importante de factores de curación.

Luz mala. — Todo el mundo conoce los fuegos fatuos y su origen; éstos son los que los paisanos denominan *luces malas* o la *luz mala.*

El gaucho más valiente no pasará cerca de una de ellas, que en ciertas noches se elevan en algu-

nos puntos, sin sentir un terror supersticioso que le hará sacar el sombrero y rezar por el alma del finado que por allí supone se halla enterrado, todo sin ocurrírsele que pueda proceder de algún caballo muerto o de cualquier substancia orgánica en descomposición.

Según ellos, la *luz mala* procede de un alma que se halla en pena por cualquier motivo, y dicen que rezando por ella la luz no los sigue, que es a lo que tienen miedo.

Si por el sitio de la aparición se halla alguna tumba, creen que el difunto quiere se lleven sus despojos a lugar sagrado, esto es, a un cementerio.

La fantasía de la gente del campo ha creado un sinnúmero de leyendas relativas a la *luz mala* que, generalmente de noche, mientras el mate pasa de mano en mano, se refieren, en tanto que los párpados se van cerrando poco a poco en busca del reposo necesario después de las duras tareas del día.

Historias tétricas y lúgubres, que dichas allí mientras las sierpes de las llamas sustituyen a intervalos con su claridad a la luz mortecina de las brasas, que sólo alumbra al círculo central de oyentes, hacen erizar los cabellos y deslizarse un escalofrío por la espalda cada vez que un nuevo episodio es relatado.

De ahí que cualquiera de los presentes que en-

cuentre en sus andanzas un fuego fatuo sentirá, recordando todo aquello, que vuelven a funcionar las células cerebrales antes impresionadas por los relatos citados, y entonces, espantado, sintiendo la piel de gallina por todo el cuerpo, se sacará trémulo el sombrero y recogiéndose en sí mismo, mientras los labios balbucean una plegaria, mirará con ojos azorados la *luz mala*.

NOMINA DE LOS TRABAJOS PUBLICADOS

POR

JUAN B. AMBROSETTI

1.—*Fauna de Entre Ríos.* — Publicada en el Cap. IV de la "Descripción Física y Estadística de la Prov. de E. Ríos", por Cayetano Ripoll. — Paraná 1887. 23 págs.

2.—*Observaciones sobre los reptiles fósiles oligocenos de los terrenos terciarios antiguos del Paraná.* —Bol. de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, 1890, t. X, págs. 408 al 26. — Buenos Aires.

3.—*Rápida ojeada sobre el Territorio de Misiones.* — Bol. del Inst. Geográfico Arg. 1892, t. XIII, pág. 168 al 180. — Buenos Aires.

4.—*Población de Misiones - Colonias militares.* — "La Prensa", diciembre 21|1892, y Bol. Inst. Geográfico Arg. 1892, t. XIII, pág. 504-06. — Buenos Aires.

5.—*El Museo de Entre Ríos.* — Bol. Inst. Geográfico Arg. 1893, t. XIV, pág. 131-41. — Buenos Aires.

6.—*Notas Biológicas.* — (Sobre: I Cardenales; II Cuervos negros; III Vizcachas; IV Nutrias y Carpinchos; V. ¿Qué comen los monos aulladores?) — Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires, 1893, t. I, Entrega II, pág. 39 a 52. — Buenos Aires.

7.—*Viaje a la Pampa Central.* — Bol. Inst. Geográfico Arg., 1893, t. XIV, págs. 292 a 368. — Buenos Aires.

8.—*Contribución al estudio de las Tortugas fluviales oligocenas de los terrenos terciarios antiguos del*

Paraná. — Bol. Inst. Geográfico Arg., 1893, t. XIV, págs. 489 al 99, con grabados. — Buenos Aires.

9.—*Viaje a las Misiones Argentinas y Brasileras por el Alto Uruguay.* — Rev. del Museo de La Plata, 1894, t. III, págs. 417 a 48. — La Plata.

10.—*Un viaje a Misiones.* — (Fué la primera conferencia con proyecciones luminosas que se dió en Buenos Aires. Tuvo lugar en el teatro Nacional con motivo del 22.° aniversario de la fundación de la Sdad. Científica Arg. Mereció los honores de la transcripción en "La Tribuna", núm. 990 y sig. y en los Anales de la Sdad Rural Arg., t. 29, núm. 12,) — Anales de la Sociedad Científica Arg., 1894, t. 37, pág. 33 a 52, con grabados. — Buenos Aires.

11.—*Segundo Viaje a Misiones, por el Alto Paraná e Iguazú.* Bol. Inst. Geográfico Arg. 1894, t. XV, Buenos Aires, págs. 18 a 304, con láminas y un plano de las Cataratas del Iguazú.

12.—*Notas biológicas* (cont.) — (VI Los chanchos jabalíes y el tigre). — Rev. del J. Zoológico de Buenos Aires, 1893, t. 1 entrega VII, págs. 198 a 205. — Buenos Aires.

13.—*Notas Biológicas* (cont.) — VII (El tapir en Misiones. - VIII El tigre negro). — Rev. J. Zoológico, B. Aires, 1893, t. I, entrega 11 págs. 341 a 52. — Buenos Aires.

14. — *La región vinícola de la Prov. de Salta.* — (Transcripta en octubre 1895, por el Bol. del Departamento Nacional de Agricultura, t. XIX y "El Tiempo", núm. 10 a 13). — Bol. Inst. Geográfico Arg. 1895, t. XVII, págs. 645 a 62. — Buenos Aires.

15.—*Tercer Viaje a Misiones.* (En él va incluída una carta publicada el 29 de agosto de 1894 en "La Prensa", sobre la plantación y germinación de la yerba mate). — Bol. Inst. Geográfico Arg., t. XVI, págs 391 a 523, con 8 láminas y un plano del Alto Paraná, 1895. — Buenos Aires.

16.—*Notas Biológicas* (cont.) — (IX La resistencia a la sed de algunos animales; X El jaguar o yaguareté). — Rev. Jard. Zoológico de B. Aires, 1895, t. II, entrega II, págs. 39 a 53. — Buenos Aires.

17.—*Un paseo a los Andes.* — (Transcripta en "La Enseñanza Argentina, t. XLII, entrega IV. págs. 264 a 77, con grabados. 1896 — Buenos Aires

18.—*Por el Valle Calchaquí.* — (Conferencia con proyecciones luminosas en las bodas de plata de la Sociedad Científica Argentina) — Anales de la misma, t. XLIV, 1897, pág. 299 a 305, con grabados. — Buenos Aires.

19.—*Decadencia industrial en el litoral e interior.* — Rev. Derecho, Historia y Letras, julio 1900, t. VII, pág. 92 a 100. — Buenos Aires.

20.—*Por Córdoba y Salta.* — Anales Sociedad Científica Arg. 1900, t. L, pág. 67 a 85 (con grabados). Buenos Aires.

21.—*La hacienda de Molinos.* — Valles Calchaquíes, Prov. Salta. (Ensayo Arqueología Colonial) — Rev. "Estudios", núm. 22, diciembre 1903, 23 págs., con grabados. — Buenos Aires.

22—*Viaje a la Puna de Atacama.* De Salta a Caurcharí. — Bol. Inst. Geográfico Arg., 1904, t. XXI, pág. 87 a 116, con grabados. — Buenos Aires.

23.—*La República Argentina.* Sunto storico, geografico. descrittivo. — 2.º Capítulo de la obra "Gli Italiani nell' Argentina", 30 págs. con láminas.

24.—*Descripción de algunas alfarerías Calchaquíes* depositadas en el Museo de Entre Ríos. — Rev. del Museo de La Plata, 1892, t. III, págs. 65 a 80, con 7 láminas. — La Plata.

25.—*Sobre una colección de alfarerías minuanas,* recogidas en la Prov. de Entre Ríos. — Bol. Inst. Geográfico Arg., 1893, t. XIV, con grabados, págs. 247 a 65. — Buenos Aires.

26.—*Materiales para el estudio del Folk Lore Misionero.* — (I Fantasmas del bosque; II Piedras con leyendas; III Metamorfosis; IV Prácticas funerarias; V Supersticiones relativas al amor sexual; VI Supersticiones diversas) — Rev. del Jardín Zoológico de B. Aires, 1893, t. I, entrega V, págs. 129 a 60. — Buenos Aires.

27.—*Apuntes para un Folk Lore argentino* (gaucho) — (I El sapo en la medicina y supersticiones populares; II Veterinaria campestre; III Supersticiones diversas). — Rev. del Jardín Zoológico de Buenos Aires, 1893, t. I, entrega 12, págs. 367 a 87. — Buenos Aires.

28.—*Apuntes sobre los Indios Chunupíes* y pequeño vocabulario. — Anales Sociedad Científica Argentina, 1894, t. 37, págs. 150 a 60. — Buenos Aires.

29.—*Los paraderos precolombianos de Goya* (Corrientes). — (Descripción de los mismos y de las alfarerías ornitomorfas allí encontradas, relacionadas con las del Túmulo de Campana). — Bol. Inst. Geográfico Arg., 1894, t. XV, pág. 401 a 22 con 1 lámina. — Buenos Aires.

30.—*Los Indios Cainguá del Alto Paraná.* (Misiones). —Bol. Inst. Geográfico Arg., 1895, t. XV, pág. 661 a 744, con grabados. — Buenos Aires.

31.—*Los Indios Caingangues de San Pedro* (Misiones). — (Descripción de la tribu, usos y costumbres y un largo vocabulario, recogido en mis viajes). — Rev. del Jardín Zoológico de Buenos Aires, 1895, t. II, entregas 10 a 12, 83 páginas con figuras. — Buenos Aires.

32.—*Materiales para el estudio de las lenguas del grupo Kaingangue.* Alto Paraná. — (Estudio de 4 vocabularios de los indios costaneros del Alto Paraná, llamados Guayanás, comparados con el Kaingangue). — Bol. de la Academia Nnal. de Córdoba, 1896, t. XIV, págs. 331 a 80. — Buenos Aires.

33.—*Los cementerios prehistóricos del Alto Paraná* (Misiones). — Bol. Inst. Geográfico Arg. 1895. t. XVI, págs. 227 a 263, con grabados. — Buenos Aires.

34.—*Las grutas pintadas y los petroglifos de la P. de Salta.* (Transcripto en el "Globus", de Braunschweig, Alemania). — Bol. Inst. Geográfico Argentino, 1895, t. XVI, págs. 311 a 55, con grabados y 1 lámina en color. — Buenos Aires.

35.—*Costumbres y supersticiones en los Valles Calchaquíes.* — Anales Sociedad Científica Argentina, 1896, t. 51, págs. 41 a 85, con grabados. — Buenos Aires.

36.—*Un flechazo prehistórico.* (Continuación de la Paleontología Argentina). — Bol. Inst. Geográfico Argentino, 1896, t. XVI, págs. 555 a 58, con 1 grabado. — Buenos Aires.

37.—*La leyenda del Yaguareté Abá.* (El Indio Tigre

y sus proyecciones entre los guaraníes y charrúas). (Transcripta en el "Globus"). — Anales Sociedad Científica Argentina, 1896, t. XLI, págs. 321 a 334, con grabados. — Buenos Aires.

38.—*El Símbolo de la serpiente en la Alfarería Funeraria de la Región Calchaquí.* — Bol. Inst. Geográfico Argentino, 1896, t. VI, págs. 219 a 31, con grabados. — Buenos Aires.

39.—*Los Monumentos Megalíticos del Valle de Tafí.* (Tucumán). — (Publicado en "La Nación" 21-12 1896; transcripto en el "Globus", de Braunschweig, Alemania, t. 31, 1897 y en el "Journal de la Societé des Américanistes de París" por el doctor Hamy, t. I.) — Bol. del Inst. Geográfico Arg., 1896, t. XVII, págs. 105 a 116, con grabados. — Buenos Aires.

40.—*La antigua ciudad de Quilmes.* (Valle Calchaquí). — Bol. Inst. Geográfico Argentino, 1897, t. 18, págs. 33 a 72, con grabados. — Buenos Aires.

41.—*El Diablo indígena.* (Ensayo de mitología argentina). — Conferencia dada en el Ateneo y publicada en "La Nación", 16-6, 1897. — Buenos Aires.

42.—*La Civilization Calchaquí.* (Région préandine des provinces de Rioja, Catamarca, Tucumán, Salta y Jujuy, Republique Argentine). — Síntesis presentada a la XII reunión del Congreso de Americanistas de París en Septiembre 1900 y publicada en sus Comptes Rendus.

43.—*Notas de Arqueología Calchaquí.* (Primera serie). — Bol. Inst. Geográfico Argentino, 1897-99, ts. 17, 18, 19, 20, págs. 415 a 59, 351 a 66, 193 a 228 y 162 a 187, respectivamente. — Buenos Aires

44.—*Rastros etnográficos comunes en Calchaquí y México.* — Anales Sociedad Científica Argentina, 1901, t. LI, págs. 5 a 14. — Buenos Aires.

45.—*Noticias sobre la alfarería prehistórica de Santiago del Estero.* — Anales Sociedad Científica Argentina, t. LI, págs. 164 a 76, con grabados, 1901. — Buenos Aires.

46.—*Hachas votivas de piedra.* (Pillan Toki) y datos sobre rastros de la influencia araucana prehistórica en la Argentina. — Anales del Museo Na-

cional de Buenos Aires, t. VII, págs. 93 a 107. — Buenos Aires.

47.—*Un nuevo Pillan Toki.* — Rev. del Museo de La Plata, t. X, pág. 65 a 69, con una lámina, 1902. — La Plata.

48.—*Algunos vasos ceremoniales de la región Calchaquí.* — Anales del Museo Nac. de B. Aires, t. VII, págs. 125 a 33, con grabados, 1902. — Buenos Aires.

49.—*El sepulcro de La Paya.* — Anales del Museo Nacional de B. Aires, t. VIII, págs. 119 a 148, con grabados, 1902. — Buenos Aires.

50.—*Datos arqueológicos sobre la Provincia de Jujuy.* (Antigüedades calchaquíes). — Anales Sociedad Científica Argentina, 1902, ts. 53 y 54, págs. 81 a 96 y 64 a 87, respectivamente. — Buenos Aires.

51.—*I Calchaquí.* (Conferencia dada en Roma ante la Sociedad Geográfica Italiana, en misión especial del Ministerio de Instrucción Pública, publicada en el Boletín de dicha sociedad, cuaderno I, año 1903, con grabados y 18 págs. — Roma 1903.

52.—*Las grandes hachas ceremoniales de Patagonia* (Probablemente Pillan Tokis). — Anales del Museo Nacional de B. Aires, t. IX, pág. 40 a 52, con grabados, 1903. — Buenos Aires.

53.—*Antigüedad del Nuevo Mundo.* (Crítica a un artículo de igual nombre, del doctor Latouche Treville, aparecido en la "Revue des Revues". — Revista de Derecho, Historia y Letras, t. XVI, págs. 284 a 97, 1903. — Buenos Aires.

54.—*Los pucos pintados de rojo del Valle de Yocavil.* —Anales del Museo Nacional de B. Aires. t. IX, págs. 357 a 69, con grabados, 1903. — Buenos Aires.

55.—*Cuatro Pictografías de la región Calchaquí.*—Anales de la Sociedad Científica Argentina. t. LVI, págs. 116 a 126, con grabados, 1903 — Buenos Aires.

66.—*Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehisto de los Indios Jivaros del Ecuador.* — Anales del Museo Nacional de B. Aires, t. IX, pág. 519 a 23, con una lámina, 1903. — Buenos Aires.

57.—*Insignia lítica de mando de tipo chileno.* (Descripción de una especie de maza de piedra del Sud de Mendoza). — Anales del Museo Nacional de B. Aires, t. XI, págs. 25 a 33, con grabados, 1904. — Buenos Aires.

58.—*Informe del Delegado de la Universidad de Buenos Aires al XIII Congreso de Americanistas en Nueva York.* — Rev. de la Universidad de B. Aires t. I, págs. 248 a 59, 371 a 86 y 490 a 501, con 4 láminas, 1904. — Buenos Aires.

59.—*Apuntes sobre la Arqueología de la Puna de Atacama.* — Rev. del Museo de La Plata, t. XII, págs. 20 a 49, con 4 láminas, 1904. — La Plata.

60.—*El bronce en la región Calchaquí.* — Anales del del Museo Nac. de B. Aires. t. XI págs. 163 a 312, con grabados, 1904. — Buenos Aires.

61.—*¿Qué es un tacurú?* — Rev. del Jardín Zoológico, t. I, pág. 115, 1893. — Buenos Aires.

62.—*Missiones par Jean Queircl.* — Bol. del Inst. Geográfico Argentino, t. XIX, págs. 139 a 41, 1898. Buenos Aires.

63.—*Ramón Lista. Llegada de sus restos. El entierro.* — Bol. del Inst. Geográfico Argentino, t. XIX, págs. 145 a 46, 1898. — Buenos Aires.

64.—*Exploraciones arqueológicas en la Pampa Grande.* (Prov. de San Luis). — Facultad de Filosofía y Letras. Publicaciones de la Sección Antropológica, núm. 1, B. Aires, 200 págs., 1906. — Buenos Aires.

65.—*El hacha de Huaycama.* — Anales del Museo Nacional de B. Aires, t. XVI, págs. 15 a 23, 1906. — Buenos Aires.

66.—*Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de La Paya.* (Valle Calchaquí, Prov. de Salta). — Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de B. Aires; publicaciones de la Sección Antropológica, núm. 3, 534 págs., 1908. Buenos Aires.

67.—*La bolsa de una médica prehistórica?* (Vinchina - Rioja). Nota arqueológica.—Anales del Museo Nac. de B. Aires, t. XVII, págs. 215 a 23, 1908. — Buenos Aires.

63.—*Clava lítica de tipo peruano del Territorio de Neuquén.* — Anales del Museo Nac. de B. Aires, t. XVII, págs 229 a 31, 1908 — Buenos Aires.

69.—*La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de B. Aires y los estudios de arqueología americana.* — Rev. "Anthropos", t. III, págs. 983 a 987, 1908.

70.—*La question calchaquíe et les travaux de la Faculté de Philosophie et Lettres del' Université de Buenos Aires.* — Verhandlungen des XVI Internationalem Kongresses Wien, 1908.

71.—*Congreso Internacional de Americanistas - Viena, 1908* (Memoria del delegado de la Universidad Nac. de B. Aires. — Rev. de la Universidad, t. XI, págs. 87 a 115, 1909. — Buenos Aires.

72.—*Un objeto raro de alfarería de Misiones.* — Apuntes de Historia Natural, t. I, págs. 124 a 126, 1909. — Buenos Aires.

73.—*Un documento gráfico de etnografía peruana de la época colonial.* — Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de B. Aires; publicaciones de la Sección Antropológica, núm. 8, 27 págs., 1910. Buenos Aires.

74.—*Idolo zoomorfo del Alto Paraná.* (Contribución a la etnología americana). — Anales del Museo Nac. de B. Aires, t. XXI, págs. 385 a 93, 1911. — Buenos Aires

75.— *Nuevos restos del hombre fósil argentino.* (Presentación de dos cráneos del hombre de Guerrero, B. Aires). — International Congress of Americanist Proceedings of the XVIII sesion, págs. 5 a 8, 1912. — Londres.

76.—*Memoria del Museo Etnográfico 1906 a 1912.* — Facultad de Filosofía y Letras—Universidad de B. Aires; publicaciones sección Antropológica, núm. 10, 47 págs., 1912. — Buenos Aires.

77.—*Doctor Florentino Ameghino* - 1854 - 1911. — Anales del Museo Nac. de B. Aires, t. XXII. (Reproducido por la Rev. de la Academia de Filosofía y Letras, 1914, t. II, págs. 201 a 47) págs. 11 a 45, 1912. — Buenos Aires.

78.—*El Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras* como auxilar en los estudios de ornamentación aplicables al arte en general. — Rev. de Arquitectura, I, núm. 1, julio de 1915. — Buenos Aires.

79.—*Prof. Pedro Scalabrini* - 1849 - 1916. — Anales del Museo Nac. de B. Aires, t. XXVIII, págs. 227 a 239, 1916. — Buenos Aires.

INDICE

Págs.

Juan B. Ambrosetti 4
Ambrosetti y su obra científica, por Salvador Debenedetti 7

PARTE I

Folk-Lore de la región misionera

Cap. I. — Las supersticiones de la región misionera: — I. El payé. — II. Prácticas funerarias. — III. Supersticiones relativas al amor sexual. — IV. Supersticiones relativas a los animales. — V. La "hormiga de corrección". — VI. Supersticiones relativas a las faenas rurales. — VII. Supersticiones relativas al juego. — VIII. Supersticiones relativas a los vegetales. — IX. Supersticiones terapéuticas. — X. La bendición. El Compadrazgo y la Leyenda del Mboi-Tatá (Víbora de fuego) 39

Cap. II. — Fantasmas de la selva misionera: — I. La Caá-Yarí (Abuela de la Yerba). — II. La Caá-Porá (Fantasmón del Monte).— III. La leyenda del Ahó-Ahó. — IV. El Yasí-Yateré. — V. El Pombero o Cuarahú-Yará (Dueño del Sol). — VI. El Curupí. — VII. El Yaguareté-Abá (El indio-tigre). — VIII. El Lobisome. — IX. Fantasmas del Agua. . 85

Págs.

Cap. III. — Leyendas de la región misionera: — *Piedras con leyendas*: — I. La piedra de Itá-Cuá (Cueva de Piedra). — II. El paredón de Teyú-Cuarí (Cueva que fué del lagarto). — III. El paredón del Suindá-Cuá (Cueva de la lechuza). — IV. Las piedras de Santo Pí-Pó (Manos y pies de santo). — V. La piedra Itá-Guaimí (Piedra vieja). — *Lugares con leyendas*: — VI. El cerro del Monje. — VII. La isla del diablo. — VIII. El Pueblo Emboré. — IX. El Serpentón de Tucurú-Puaí 109

PARTE II

Folk-Lore de los valles calchaquíes

Cap. I. — Costumbres y supersticiones de los valles calchaquíes: — I. La región calchaquí. — II. La coca y su acción. — III. La Pacha Mama. — IV. Creencias religiosas. — V. Enfermedades y modo de curarlas. — VI. Prácticas funerarias. — VII. La siembra. — VIII. La yerra en las cumbres. — IX. Carneada de animales. — X. La caza de Vicuñas. — XI. Apachecha. — XII. El Farol. — XIII. Casamiento y compadrazgo. — XIV. El Carnaval. — XV. Toma de posesión de un terreno. — XVI. Nombres de familia . . . 131

PARTE III

Folk-Lore de las Pampas

Cap. I. — Supersticiones gauchas: — I. La región. — II. Supersticiones populares acerca del sapo y sus numerosas aplicaciones terapéuticas. — III. Veterinaria campestre; su-

Págs.

persticiones relativas al caballo, sus enfermedades y su tratamiento. — IV. Otras supersticiones: signos de lluvia, signos de visita, signos de desgracia, el basilisco, la luz mala 199

Nómina de los trabajos publicados por Juan B. Ambrosetti 227

Propiedad de Juan Pagés

Tall. Gráf. L. J. Rosso y Cía
Belgrano 475 — Buenos Aires

Revista de Filosofía

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACIÓN

Publicación trimestral dirigida por JOSE INGENIEROS

APARECE EN VOLÚMENES DE 150 A 200 PÁGINAS

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica. No edita artículos literarios, políticos, históricos ni forenses.

Desea imprimir unidad de expresión al naciente pensamiento argentino, continuando la orientación cultural de Rivadavia, Echeverría, Alberdi y Sarmiento.

Ha publicado artículos de *Florentino Ameghino, José M. Ramos Mejía, Agustín Alvarez, Joaquín V. González, Rodolfo Rivarola, Angel Gallardo, Pedro N. Arata, Jorge Duclout, Carlos O. Bunge, Francisco de Veyga, J. Alfredo Ferreyra, Víctor Mercante, Julio Méndez, Enrique Martínez Paz, Gregorio Araoz Alfaro, Carlos Ameghino, Alvaro Melián Lafinur, Cristóbal M. Hicken, Lucas Ayarragaray, Rodolfo Senet, Alberto Williams, Carlos Sánchez Viamonte, Aberto E. Castex, Raquel Camaña, José Oliva, Eduardo Acevedo, Julio Barreda Lynch, Martín Doello Jurado, Salvador Debenedetti, Juan W. Gez, Ricardo Rojas, Maximio S. Victoria, Alfredo Colmo, Alicia Moreau, Emilio Zuccarini, Augusto Bunge, Vicente D. Sierra, Raúl A. Orgaz, Teodoro Becú, Ramón Melgar, Julio Cruz Ghio, Nerio A. Rojas, A. Alberto Palcos, José M. Monner Sans,* etc., etc.

Las personas estudiosas que deseen recibir la REVISTA deben remitir el exiguo importe de la suscripción anual estrictamente reducido a los gastos tipográficos y postales. En esa forma simplificarán la tarea administrativa.

Suscripción anual: 10 $ m/n.
Exterior, anual: 5 $ oro.

Redacción y Administración: CALLE VIAMONTE 743

BUENOS AIRES

"La Cultura Argentina" Ediciones de obras nacionales

Biblioteca formato mayor: $ 2 m/n.

Mariano Moreno	—	Escritos políticos y económicos.
Domingo F. Sarmiento	—	Conflicto y armonía de las razas.
Juan M. Gutiérrez	—	Origen y Desarrollo de la Enseñanza Pública Superior.
Florentino Ameghino	—	Filogenia.
José M. Ramos Mejía	—	Las Neuroses de los Hombres célebres.
Martín García Mérou	—	Alberdi - Ensayo crítico.
Bartolomé Mitre	—	Rimas.
Amancio Alcorta	—	La instrucción secundaria.
Vicente Fidel López	—	Manual de la Historia Argentina.
Juan B. Alberdi	—	Estudios económicos
Gral. José María Paz	—	Campañas de la Independencia -- Memorias Póstumas - Primera Parte.
Gral. José María Paz	—	Guerras Civiles — Memorias Póstumas - Segunda Parte.
Gral. José María Paz	—	Campañas contra Rosas — Memorias Póstumas — Tercera y última parte.
Vicente F. López	—	La Novia del Hereje o La Inquisición de Lima.

Biblioteca formato menor: $ 1 m/n.

Esteban Echeverría	—	Dogma Socialista y Plan Económico.
Bernardo Monteagudo	—	Escritos políticos.
Juan B. Alberdi	—	El crimen de la guerra
Juan B. Alberdi	—	Bases.
Juan B. Alberdi	—	Luz del día.
Juan B. Alberdi	—	Cartas Quillotanas.
Domingo F. Sarmiento	—	Facundo.
Domingo F. Sarmiento	—	Recuerdos de Provincia.
Domingo F. Sarmiento	—	Argirópolis.
Domingo F. Sarmiento	—	Las ciento y una
Juan B. Lamas	—	Rivadavia
Gregorio V. Andrade	—	Poesías completas.
Lucio V. López	—	Recuerdos de viaje.
Ricardo Gutiérrez	—	Poemas.
Ricardo Gutiérrez	—	Poesías Líricas
Hernández, Ascasubi y del Campo	—	Martín Fierro, Santos Vega y Fausto.
Nicolás Avellaneda	—	Escritos literarios.
Francisco Ramos Mejía	—	El Federalismo Argentino.
Florentino Ameghino	—	Doctrinas y descubrimientos.
Agustín Alvarez	—	La Creación del mundo moral.
Agustín Alvarez	—	¿Adónde vamos?
Agustín Alvarez	—	Manual de patología política
Vicente G. Quesada	—	Historia colonial argentina
Martín García Mérou	—	Recuerdos literarios.
Martín García Mérou	—	Estudios Americanos.
J. I. de Gorriti	—	Reflexiones.
Juan Cruz Varela	—	Poesías completas.
Francisco J. Muñiz	—	Escritos científicos.
Raquel Camaña	—	Pedagogía Social.
Florencio Sánchez	—	Barranca abajo — Los Muertos
Esteban Echeverría	—	La cautiva — La guitarra — Elvira.
Miguel Cané	—	Juvenilia — Prosa ligera.
José Mármol	—	Armonías.
José Manuel Estrada	—	La política liberal bajo la Tiranía de Rosas.
Miguel Cané	—	Charlas Literarias.
Evaristo Carriego	—	Misas Herejes — La Canción del Barrio.
Agustín Alvarez	—	Educación Moral — Tres Repiques
Miguel Cané	—	En Viaje (1881-1882)
Juan B. Alberdi	—	Derecho Público Provincial Argentino.
Alejo Peyret	—	La evolución del Cristianismo.
Pedro Goyena	—	Crítica literaria.
José Mármol	—	Cantos del Peregrino.
Juan B. Ambrosetti	—	Supersticiones y Leyendas.

Pedidos a la Administración general:

CASA VACCARO -- Av. de Mayo 646 - Buenos Aires